

PASTOR. MUÑOZ
ENCUADERNADOR
Plaza de Santa Maria
JAÉN

82
LAM
cur

Sala a
Estante 23
Tabla 5-16
N.º de Orden 3962

2

42
LAM
cur



836
BIBLIOTECA ECONÓMICA DE ANDALUCIA.

CURSOS

FAMILIARES DE LITERATURA.

POR

LAMARTINE,

(TROZOS ESCOGIDOS.)

TOMO II.



SEVILLA.

E. PERIÉ Y COMPAÑÍA, EDITORES,

calle de Jimios número 26.

1868.

CURSOS

FAMILIARES DE LITERATURA

CURSOS

FAMILIARES DE LITERATURA.



CURSOS

FAMILIARES DE LITERATURA.

SEVILLA.--Imp. de la BIBLIOTECA ECONOMICA DE ANDA-
LUCIA, calle Pedro Miguel. 34.

B-2426

LAMARTINE.

CURSOS

FAMILIARES DE LITERATURA.

TRADUCCION

DE JOAQUIN GUICHOT.

TOMO II.

Reg.^o 11.833



SEVILLA.

E. PERIÉ Y COMPAÑIA. EDITORES.

calle de Jimios número 26.

1868.

LAMARINE

COURS

FAMILIERS DE LITTÉRATURE

FRANÇAIS

DE JOUQUIN GUICHOT

TOME II

Rec. M. 333



PARIS

LIBRAIRIE DE LA RUE DE LA HARPE

1841

1841

CONFERENCIA DE LAMARTINE.

I.

Interrumpámonos en un momento para responder á esa sorda murmuración del siglo, que hoy como en todos los tiempos sale del seno de las medianías para acusar á nuestra época y á nuestra nación de esterilidad y de decadencia. Habiendo probado hasta ahora nuestra admiración casi filial por la antigüedad, y estando dispuestos á probarla muy luego al tratar de la literatura de la China, así como nos complaceremos en rendir culto á la de Persia, Grecia y Roma, séanos permitido confesar ese mismo culto á la inmortalidad de la inteligencia en el presente y en el porvenir.

II.

La inteligencia humana no sigue una marcha

eternamente progresiva y ascencional, como lo sostiene en contra de mi opinion y en contra de la evidencia de los hechos un literato amigo nuestro en sus bellísimas *Cartas á un hombre caído*, (mejor hubiera dicho) *á un hombre emancipado*.

Empero la inteligencia humana, como todas las cosas humanas, no sufre tampoco un eclipse permanente. Así como el astro que anima la luz material, que es su imágen, así la inteligencia humana tiene crepúsculos, auroras, medio dias, puestas del sol y horas, en una palabra, dias y noches; pero no tiene noches ni dias eternos. Es constantemente vieja y constantemente jóven. Esta caducidad la impide el confundirse con la Divinidad de la cual es obra y obrero á la vez, mas nunca igual y semejante á ella. Hé ahí el error de esos *guebros*, modernos adoradores del fuego intelectual, inestinguible cuya luz aumenta incesantemente. Perdonémelo esos buenos amigos: amistosamente hablando está uno obligado á tener siempre el mismo corazon que sus amigos, pero no todas las noches de la misma manera.

III.

Ademas, esa eterna juventud del espíritu humano renovada de generacion en generacion y de raza en raza, le impide caer en el desaliento de sí mismo y en esa difamacion de su época, que es un

error muy comun, pero menos noble que el delirio del progreso continuo, ilimitado é indefinido sobre la tierra. *Aquel* que hizo los dias y las noches para el globo terrestre, hizo tambien el dia y la noche para la inteligencia humana. La humanidad tuvo un principio; Mr. Pelletan y sus amigos lo confiesan. ¿El mundo tuvo comienzo en la claridad del dia ó en la oscuridad de la noche? Creemos que comenzó por una aurora. Esos filósofos creen que empezó por las tinieblas. Cuestion insoluble y pueril....! ¿El espíritu humano empezó por la imbecilidad ó por la barbarie, ó por la inteligencia? Creemos, sin afirmarlo, que empezó por la inteligencia. Cuestion de gusto, de imaginacion y de preferencia....! Pero el espíritu humano ¿ha caminado sin solucion de continuidad, sin decadencia, sin vicisitudes, sin caída y recaída, sin eclipse de progresos ilimitados en progreso ilimitado, hasta su progreso supremo, que es su divinizacion sobre la tierra...? Cuestion de naturaleza, de historia y de evidencia, que la naturaleza, la historia y la evidencia resuelven, desgraciadamente, por el derrumbamiento y el renacimiento perpétuos de todas las cosas humanas y contra ese hermoso sueño de esos filósofos de la ascension continua. La escala de Jacob era tambien un hermoso sueño; pero solo se subía por ella estando dormido, y ademas á aquella escala le faltaba un paso..... el que ascendia de lo finito á lo infinito. ¡Dichosos los hombres que creen haberlo encontrado! En cuanto á nosotros.

permanecemos tristes y affigidos al pié de la escala, convencidos de que se apoya en falso y que en su estremidad superior se encuentra el vértigo.

IV.

Pero si bien no creemos absolutamente en un progreso continuo, ilimitado é indefinido para una criatura tan precaria, tan limitada y tan finita como el hombre, tampoco creemos en esas decadencias irremediables, en esas tinieblas crecientes y en esa debilidad orgánica del espíritu humano que se verifican anticipadamente.

Todos los dias se nos dice de palabra y por escrito lo siguiente:

»Cómo intentais acometer un trabajo de profunda crítica literaria en un siglo y en un país que ya no tienen literatura; en una nación que ha agotado, estinguido sus grandes ingenios durante dos siglos verdaderamente grandes, el décimo séptimo y el décimo octavo, siglos franceses por excelencia; y esto en una época en que la decadencia intelectual y moral caminan en sentido inverso al progreso material é industrial? ¿en una época en que todo se trasforma en materia y se petrifica á consecuencia de no fijarse mas que en la piedra, en el hierro y en los tejidos? ¿No observais como baja el nivel de las in-

»teligencias en Europa en proporcion á lo que se
 »difunde la inteligencia entre las masas, y á me-
 »dida que deja de reconcentrarse en las eminencias?
 »Los valles aparecen más iluminados, pero las
 »alturas tienen menos luz. La democracia, prin-
 »cipio santo y moral, porque es principio de la
 »justicia, es innoblè literalmente considerada,
 »porque es la medianía; tiene el sentimiento de
 »lo útil, pero no se ha formado todavía el senti-
 »miento de lo bello. Dejad la poesía, la palabra y
 »la filosofía! tal cual lo habeis dicho en el siguien-
 »te verso desconsolador:

»*Dejad al mundo en su fangosa corriente.*»

»El dia declina en Europa, y sobre todo en
 »Francia. Cubrios el rostro, como César moribun-
 »do, para no ver morir la literatura francesa.
 »Estamos en un período de impotencia y decaden-
 »cia; la inteligencia humana se vá, como se ha
 »dicho de los dioses y de los reyes. No nos ocupe-
 »mos ya de ella!

V.

Yo contesto:

¿Está probado que la inteligencia literaria
 disminuye de intensidad á medida que se propaga
 entre la mayor multitud de séres que piensan, y
 que la democracia sea la extincion del génio de
 las letras? Si fuera cierto, nos veríamos obliga-

dos á maldecir la democracia, porque el génio es el sol que alumbra los pueblos en tanto existen, así como circunda su memoria con una aureola de esplendor. El pensamiento espresado, ó mejor dicho, la literatura, siendo la mas noble funcion del hombre, hace que en un siglo un solo grupo de pensadores valga mas para la historia que las muchedumbres que siembran y que pacen:

—Ite, ite, Fruges consumere nati!

Ademas, si quereis permitirnos emplear á título de poeta una imágen nada nueva, pero muy gráfica, os responderemos, que esa supuesta disminucion de luz intelectual y moral á consecuencia del mayor número de hombres que participan ó entre quienes se respeta la luz, es pura y simplemente una ilusion óptica. En efecto, creéis ver menos claridad en las cumbres, pero es porque os deslumbra la que baña las llanuras. Un gusano de luz atrae mas la mirada durante la noche que los millones de estrellas que existen en el firmamento durante el dia. Al amanecer, cuando el disco del sol aparece suspendido un momento encima de los Alpes, deslumbra al viajero maldrugador que lo contempla apareciendo á su vista mil veces mas sentelleante que á la hora del medio dia cuando sus torrentes de luz penetran en las gargantas mas oscuras de los montes y bañan todo el emisferio en un océano de claridad uniforme. ¿Podremos deducir de este fenómeno, que el sol difunde mas luz cuando aparece en la línea del horizonte, que cuando ilumina, algunas horas

mas tarde la universalidad del espacio? No; deduciremos solamente, que el contraste de la oscuridad de los valles, en la hora del amanecer, con el centelleo de las cimas, hace aparecer mas luminoso el astro y mas espléndida la luz de las alturas: la verdad es, que hay infinitamente mas luz sobre la tierra al medio dia que al despuntar el sol.

Esta imagen es un argumento concluyente. La democracia intelectual y literaria os deslumbra menos de lo que debiera, porque repercute casi uniformemente y de todos los puntos donde produce la luz; pero en realidad no puede negarse que existe mas inteligencia humana distribuida entre las numerosas multitudes de un pueblo, que en una academia de hombres instruidos.

VI.

En cuanto á la posibilidad de una decadencia final para un siglo, para una nacion, para una lengua ó para una literatura, no la niego en principio. Si la negara, la historia del género humano se alzaría delante mí, como se alza delante de los partidarios del progreso indefinido, para dar un mentís á las especulaciones de la imaginacion presentando la triste y descarnada realidad de los hechos. Caminamos en el pasado pisando solo las cenizas de las lenguas muertas con sus obras maes-

tras, y el cadáver de las literaturas. El mundo todo se compone de estas dos palabras; PROGRESO Y DECADENCIA. El error de los optimistas consiste en leer solo una de ellas, PROGRESO, y el de los pesimistas en leer únicamente DECADENCIA. Leámoslas ambas y estaremos dentro de la verdad histórica y del destino del género humano así en literatura como en política.

VII.

Pero si es cierto que la Europa, y que la Francia en particular, deban entrar un dia en el período fatal de la decadencia en materia de génio, de lengua y de literatura, ¿lo es tambien, ó al menos, es verosímil que ese triste momento haya llegado ya para la Europa y para la Francia? Puesta la mano sobre el corazon y protestando que no queremos adular á nadie, y menos á nuestro amor propio, decimos que no lo creemos. Creemos mas bien que esas hermosas porciones del todo viviente del mundo, no han alcanzado todavía su estado de madurez, y que lanzan, como decimos los que nos estaríamos contemplando las olas del mar, la inconstante espuma de su prolongada juventud. Si; estos tiempos que nos parecen viejos, son jóvenes todavía.

¿Qué síntoma lo manifiesta? se nos pregunta. Vamos á indicarlo.

Primeramente; la prodigiosa fecundidad de la naturaleza humana, que se manifiesta en nuestros dias en Europa, Asia y América. Cuando la naturaleza quiere morir en algunos pueblos, no los fecundiza con esa prodigalidad; por el contrario, permanece en reposo como la ancianidad, se debilita, languidece y se torna estéril, ó á lo menos produce abortos ó mónstruos. Esto es lo que hemos visto en la India cuando Alejandro I y despues Gengiskan, ó Timur acudieron á ella desde el fondo de la Macedonia ó de la Tartaria, con sus enjambres de bárbaros, como las hienas atraídas por el olor de los cadáveres.

Esto lo hemos visto en Grecia, en Egipto y en Persia, cuando los romanos, esos bandidos del universo fueron allá para barrer tronos y repúblicas carcomidas, y llevarse sus despojos á la vasta guarida de Rómulo.

Lo hemos visto cuando los emperadores trasformaron á Roma de libre en esclava, de esclava en cobarde, hasta la inundacion de Roma y de Bisanio por las huestes bárbaras de Atila, que sustituyeron á los bárbaros veteranos de Mário.

Lo hemos visto en la edad media, cuando la inteligencia humana desorientada por la desaparicion del universo antiguo religioso, intelectual y político, se refugió en las tebaidas de Oriente y en los monasterios de Europa para suicidarse allí místicamente con el desprecio de la vida y los estremecimientos de la eternidad.

Verdaderamente, el género humano tuvo en

aquellas épocas grandes sorpresas, cansancios, deterioros y decadencias literarias, durante las cuales hasta las lenguas se anonadaron con las ideas. Compréndese que los hombres que vivieron en aquellos años estériles de Europa creyeran en tales momentos en la esterilidad final, y en la caducidad irremediable de las literaturas.

Los siglos posteriores, siglos de Carlo Magno, de Cárlos V, de Leon X, de Luis XIV, el décimo octavo y el décimo nono, nos han enseñado y nos enseñan todavía que no hay progreso continuo ni decadencia irremediable del espíritu humano. Lo que hay es esa intermitencia, esa alternativa, esa juventud y esa ancianidad, ese fin y ese empezar de nuevo que son la condicion y la ley de todas las cosas intelectuales y materiales. Este mundo que tuvo un comienzo, tendrá un fin, porque tuvo principio; pero nadie conoce su vejez en el pasado ni su duracion en el porvenir, escepto *Aquel* que cuenta el número de las revoluciones del sol en los cielos, y el de las pulsaciones de la sangre en las arterias del hombre.

VIII.

Mas si no podemos sustituir nuestros cálculos al cálculo divino, ni decir con certeza «La noche se aproxima puesto que la luz disminuye en las inteligencias» podemos, al menos, hacer uso

de nuestra razon, de nuestra experiencia histórica, y conjeturar con mas ó menos verosimilitud si nos encontramos al despuntar ó al declinar de una época:

«LA HORA QUE SEÑALA EL RELOJ DE LAS EDADES.

Pues bien; cuanto mas examino la marcha del minuterio del espíritu humano sobre esa esfera, tanto menos comprendo á esos profetas de desgracias que amenazan á la Europa literaria con la edad de la vejez y de la decrepitud, del silencio y de la esterilidad.

¿En dónde descubren esos síntomas de decadencia?—En las revelaciones intelectuales, dicen, esas grandes perturbaciones del mundo.—Mas esas revoluciones intelectuales, ¿no son, por el contrario, impulsos, esfuerzos que el espíritu humano hace para dar á luz con trabajo y con dolor el fruto que lleva en su seno? Tanto valdría llamar decrepitud y esterilidad los estremecimientos que imprime al fecundo claustro materno la criatura que quiere nacer. Todo el mundo conoce que la Europa se encuentra en estado de alumbramiento, pero todos ignoran qué fruto saldrá de sus entrañas; los unos dicen, un prodigio; los otros dicen, un mónstruo. En cuanto á nosotros no creemos en el mónstruo, porque la Europa está fecundada por el espíritu divino.

Sin decir aquí (por no ser este el lugar) lo que entrevemos acerca del resultado de este alumbramiento de muchos siglos, estamos convencidos

que la Europa sufre para dar á luz ¿qué? Lo que existe ya, es decir, el eterno recién nacido del espíritu humano, que se llama, la razon: la razon algo mas desarrollada en las cosas divinas, algo mas esplicada en las cosas humanas, algo mas asociada á la ley en la política; en una palabra, una revelacion por el simple sentido comun. *Ni más, ni menos*, como decía un oráculo de la tribuna hace algunos años; pero ese *mas* será un aumento de luz en el cielo y sobre la tierra, y ese *menos* será un aumento de tinieblas. Sin embargo, insistimos en preguntar, ¿qué razon hay para que caminemos hácia las tinieblas? Cierto es que se atraviesa una nube y la claridad disminuye, pero no se acerca la tarde, ni tampoco una nube es la noche.

Luego mientras mas se estiende el reinado de la razon tanto mas crecerá la verdadera literatura, que es la espresion del pensamiento humano en obras de todo género, y en ellas las habrá que merecerán el nombre de obras maestras. Ni la filosofía ha pronunciado su último axioma, ni la poesía ha cantado su último himno.

IX.

Considerad con una sola y rápida mirada y sin precisar ni detallar nada, todo lo que viene protestando desde hace un siglo solamente en Euro-

pa contra esa supuesta decrepitud del espíritu humano. Tomad el pulso al mundo intelectual, y decid si lo considerais próximo al sepulcro.

Hace apenas un siglo que Goethe, el Orfeo y el Horacio aleman reunidos en un mismo hombre, atrajo hacia esa Alemania, muda desde los *Niebelungen*, la atencion y el entusiasmo de toda la Europa. Lo hemos visto en nuestros dias envejecer sin debilitarse, como los dioses del Olimpo, y luego transformarse, mas bien que morir, en gloria nacional, de tal manera divinizado por sus compatriotas, que se siente uno impulsado á buscar su sepulcro entre las estrellas del firmamento antes que bajo los cipreces de Weimar.

Klopstock y Schiller, uno el Homero de la *Mesíada* y otro el Eurípides de la escena alemana, formaban su cortejo, y vivían todavía cuando nacimos. Estos génius fraternales agrupados en un espacio de pocas leguas cuadradas de la Alemania del norte ¿son acaso un síntoma de consuncion sobre aquella tierra en la que todo lugarejo es una Atenas?

No hace todavía treinta años que lord Byron en Inglaterra, hombre tan grande por sí solo como toda la literatura de su pais, esceptuando á Shakspeare demasiado injente para ser medido, no hace todavía treinta años, repetimos, que lord Byron producía estremecimientos vertiginosos en la imaginacion de toda la Europa con cada uno de sus versos, que cruzaban el océano como lenguas de fuego repercutidas sobre los

gredosos muros de su isla.

No hace todavía veinte y cinco años que Walter Scott, ese *trovador póstumo* de nuestro siglo, ese Bocacio grave y épico de nuestra edad, escribía sus cien novelas tomadas en la historia de Escocia, por las que mereció el nombre de prosista épico de la Gran-Bretaña.

Dickens y Thackeray, sus émulos, viven y producen en el día nuevas obras maestras de descripción, de costumbres y de sensibilidad. El génio humorístico de Sterne y el talento patético de Richardson aparecen en aquellas obras para escitar la risa ó provocar las lágrimas de toda la Europa. En un género mas monumental cual es la historia, se nos ofrece Macaulay, redactando mas bien que gravando los anales de su país. Historiador demasiado parlamentario, segun mi juicio, Macaulay ha adoptado las formas de la escuela dogmática de Francia, y en tal virtud, mas bien discute que narra, instruye mucho mas que conmueve al lector; construye sistemas en lugar de hacer dramas; dirígese á la inteligencia mas bien que al corazon, y presenta pruebas en lugar de testimonios. Esta historia razonada y sistemática ocupará un segundo lugar en la narracion de las cosas humanas; desaparecerá con los sistemas, las sectas y las teorías que representa. Solo la naturaleza es eterna; la historia es una relacion y no una polémica trasladada desde la tribuna á la biblioteca. Macaulay escribe la historia para sus amigos de cierta bandería política, en lugar

de escribirla para el género humano: pero no por ese su libro deja de ser una grande manifestacion en la vida literaria contemporánea de la Gran-Bretaña. Inglaterra merece tener su Shakspeare en historia como lo tiene en el drama.

X.

En España, el heroismo y la poesía caminan de consuno tanto por lo grandioso del carácter como por el orientalismo de la imaginacion. Hace mucho tiempo que enmudecieron sus cantores del Cid, sus Cervantes, Calderon y Lope de Vega. El quietismo soñoliento de su corte y de sus conventos mantuvo entorpecido y aletargado el génio nacional; pero la irritante invasion de su territorio en 1810 por Bonaparte despertó su patriotismo provocando su indignacion. Sus cortes le devolvieron la libertad; sus sacudimientos revolucionarios de 1820, y las repercusiones de aquellos sacudimientos, prolongados hasta nuestros dias, le han devuelto lo que recobra inmediatamente todo pueblo que se exalta, la elocuencia. Los oradores preceden á los poetas; la poesía renace; porque la libertad una vez conquistada y funcionando con regularidad fecundiza al génio. Este no había muerto en España, dormía... ¡Ha despertado al fin! Preparémonos á presenciar grandes cosas no solo en la España continental, sino

tambien en las Américas españolas: estas se parecen á aquellas colonias griegas del Asia, que se hicieron libres pero permaneciendo griegas por la virilidad del carácter y por la elegancia del génio natal.

Lo mismo acontece respecto al Portugal y al Brasil. Allí una imaginacion mas latina y una lengua mas hermosa todavía que la española, la de las *Lusiadas*, espera otros Camoens, cuyos cantos serán repetidos en dos mundos, desde *Cintra á Rio-Janeiro*.

XI.

La América del Norte, absorvida hasta aquí por los esfuerzos de la conquista y por los trabajos del desmonte del nuevo mundo, no había alcanzado todavía la edad literaria; edad de madurez y de sosiego que viene en pos de la del desarrollo en los pueblos nuevos. Mas ya se acerca á ella por medio de la ciencia, de la historia, de la poesía y de la novela que es la poesía doméstica. Los nombres de sus publicistas, de sus oradores, de sus hombres de Estado, de sus poetas y de sus novelistas nacientes y rivales ya de sus modelos del mundo antiguo, cruzan el Atlántico y nos traen los ecos de un gran siglo de ideas, que ha sucedido á otro siglo de accion. Este país se encuentra todavía en su era fabulosa de indepen-

dencia, de libertad, de instituciones y de creaciones, las almas tienen allí el vigor del suelo, la desmesurada grandeza de sus rios, el imponente silencio de sus soledades, la ingente altura de sus montañas, y el infinito de los horizontes. ¿Quién puede adivinar lo que será capaz de producir en América la poesía de la razon y de la libertad, despues de la poesía de las tradiciones?

¿Acaso se contiene menos sávia literaria en la libertad y en la verdad que en la esclavitud y en las rutinas de la inteligencia? Esperemos, para decidir, á que aparezca el poema épico de la razon humana y el drama de la verdad, los cuales se disponen á nacer en aquel nuevo mundo.

La America no canta todavía, obra; pero ese trabajo encierra mas poesía que nuestros poemas.

XII.

Hasta la Rusia, raza jóven que habita una tierra vieja, comienza á entrar en su época literaria con un historiador y un poeta (Karamsin y Pouskin) quienes, desde sus primeras obras rivalizan con sus modelos que son Hume y Byron. La lengua rusa mezcla de energía tártara, de melodía griega, de molicie eslava, de fantasía alemana y de claridad francesa, á manera de instrumento músico que remeda mil voces como el órgano de las basílicas, es tan apropiado al liris-

mo y á los gemidos melancólicos del norte, como al entusiasmo religioso del mediodía. El aluvion de los siglos y la mezcla de razas parecen haberlo formado para una literatura *compuesta*, cuyos primeros balbuceos comenzamos á oír. El génio diverso, espresivo, flexible, resistente y fantástico de los pueblos que hablan esa lengua, anuncian para la Rusia, prócsimos y grandes siglos literarios.

No nos ocuparemos en este lugar del Oriente, porque duerme. Sí, duerme despues de muchos siglos de fecundidad literaria, religiosa y filosófica. Tan ruda tarea ha estenuado sus fuerzas para mucho tiempo. Mas ¡respetemos el sueño del Asia! Porque cuando se ha producido para el espíritu humano cien poemas, diez teatros, diez filosofías y cinco religiones; cuando uno puede llamarse la India, la China, la Arabia, la Persia, el Egipto, la Grecia, la Judea escuela y santuario del universo, se adquiere el derecho á descansar.

XIII.

Lo mismo diremos respecto á Italia, tierra á la que tanto debemos, y á la que solo restituiremos lo que le pertenece, al restituírle la libertad, la poesía y la elocuencia, sus frutos naturales. Su literatura propia no ha muerto; encuéntrase en ese estado de sublime languidez que precede

á los renacimientos. Yo que tanto tiempo he habitado su suelo, que la amo como á una madre, que le debo la poesía con que su cielo, sus mares, sus paisajes y sus ruinas han empapado mi imaginacion, no puedo dejar de sentir en sus miembros todavía encadenados, las inmortales pulsaciones de su génio que es el génio iniciador de Europa. Yo que aunque anciano no he llegado aun á la decrepitud, he visto sepultar á Alfieri en el mármol de *Santa Croce* esculpido por Cánova; he oido á Monti recitar sus poemas semejantes á los del Dante; he estrechado la mano de Manzoni cuando acababa de escribir sus varoniles cantatas; he sido amigo de Nicolini, publicista que removía la fibra toscana con los acentos de Maquiavelo; he vislumbrado á Hugo Fóscolo, ese *Savonarola* de la libertad, que hacía resonar sus rugidos de dolor patriótico en las cartas de Jacobo Ortiz; he vivido familiarmente con Cánova, el émulo de Fidias en Roma, últimamente, he escuchado los primeros acentos de Rossini ese hombre sin igual que ha espresado mas poesía, mas vibraciones y mas literatura inarticulada en una de sus notas que todas las obras publicadas en su siglo. Y, ¡cuántos otros que no nombro, pero cuyo génio ha hecho estremecer mi alma con los acentos de la Italia divinizada...!

En esa tierra no ha muerto el génio de la literatura bajo cualquier forma que se la considere. No, no ha muerto ni puede morir en la tierra que fué, como há dicho uno de sus hijos mas

célebres, la nodriza intelectual y artística de Europa.

XIV.

No es posible dejar de augurar un tercer renacimiento literario en aquel país de inagotable fecundidad intelectual y material. El génio italiano no ha perdido una idea ni una imágen desde Virgilio al Dante, desde Horacio al Petrarca, desde Séneca á Maquiavelo, desde Lucano al Tasso. Es evidente para cualquiera que haya pasado una parte de su vida en aquella tierra y frecuentado el trato de sus hombres superiores, que el nivel de inteligencia no ha descendido en nuestros días desde los tiempos del Dante, de Maquiavelo, del Petrarca y del Tasso. Italia abunda en hombres del mismo temple, corazon é inteligencia á quienes falta solo la voz. La unidad ha sido destruida pero la energía individual subsiste. Que vuelva á reanudarse la unidad federal, único lazo posible en Italia, y el mundo se admirará de la superioridad intelectual en todos los géneros de cultura con que la naturaleza ha dotado á los modernos hijos de aquel suelo. Pero esta unidad federal solo puede anudarse bajo la presión de un peligro comun á todas las nacionalidades divididas que componen aquella península. Sin embargo, ese peligro comun no bastaría, sería neces-

rio, además, la tutela decenal de una potencia armada que ofreciera su mediacion sin aspirar á ensanchar su territorio. Es decir, que no es posible reanudar la unidad, sino derramando torrentes de sangre en una tremenda guerra europea que elegiría, como siempre, para teatro de la lucha los campos de la Lombardia y del Piamonte, y sería necesario mas; sería preciso que la potencia libertadora y mediatrix, hiciese gala de generosa magnanimidad. Solo el alma de un Washington europeo podría cumplir este milagro. Proteger sin ambicion de conquistar, hé aquí el heroismo, la condicion admirablemente rara que ha de tener el futuro libertador de Italia.



DIGRESION HISTÓRICA.

XV.

Permitidme una digresion involuntaria, que la ocasion trae de suyo sin que yo la haya buscado.

Se me ha dicho algunas veces, haciéndoseme con ello un cargo que estimo mas bien infundado que injusto; ¡TU ES ILLE VIR! ¡*Tú eras ese hombre!* ó mejor dicho: ¿Por qué en 1848 no supistes ser ese hombre?

Para comprender el por qué *no supe serlo*, sería necesario penetrar en el fondo de mis mas íntimos pensamientos en aquella época, y conocer los misterios verdaderamente extraordinarios de la situacion de la Francia, la cual estaba inquieta y jadeante durante aquella revolucion repentina é imprevista, viéndose cercada de peligros

desde el principio de la república. Voy á deciros en pocas palabras el secreto de aquellos pensamientos y á haceros penetrar en el fondo de la situacion en que aquel acontecimiento repentino colocó á mi país cuya política exterior me fué encomendada. Así os será fácil juzgar con pleno conocimiento de causa, si me encontraba yo en las condiciones requeridas para levantar, garantizar y servir yo solo de mediador entre los italianos. Con esto, Italia misma sabrá si debe condenarme ó absolverme. Hablaré con franqueza en pró y en contra mia. Las reticencias son mentiras en lo que respecta á la historia. Quien no lo sabe todo, no sabe nada. Voy, pues, á decirlo todo.

XVI.

En primer lugar, es necesario que yo me aprecie á mí mismo y que penetre en mi propia naturaleza así como en el espíritu de mi carácter en el momento terrible y grandioso á la vez en que la república salía de la nube con la rapidez y el deslumbramiento del relámpago.

Un gobierno cuyo origen no merecía mi estimacion pero contra el cual no conspiraba, acababa de hundirse y desaparecer en tres horas sin haber tenido defensores. Una hora despues, sorprendido como todo el mundo, creí (y lo creo

todavía) que el solo medio para asegurar inmediatamente el cimiento fundamental de la nacion era proclamar, sobre las ruinas de aquella monarquía disipada como el humo, una república de absoluta necesidad para la salvacion, á fin de interponerla entre todas las ambiciones, y obligar al pueblo á tener la paciencia de esperar la reunion de una asamblea nacional soberana, solo poder legal que puede invocarse para imponer el órden y el respeto de sí misma á la Francia.

No era yo uno de esos republicanos radicales, subversivos, utopistas que sueñan con trastornar los fundamentos de la política y de la sociedad civil, para formar con la sangre y el fuego un mundo nuevo nacido en tres horas.

Los mundos nuevos solo nacen de la gestacion lenta y del laborioso alumbramiento de los siglos. Era yo un republicano improvisado, un republicano político, un republicano conservador de todo cuanto debe ser conservado si no ha de morir la sociedad; órden, vida, religion libre, capitales, industria, libertad legal, respeto de todas las clases de ciudadanos los unos para los otros, paz entre las naciones con arreglo á su recíproca independendencia y dentro del espíritu de los tratados, y derecho público europeo.

XVII.

¿Hice mal en ser republicano conservador? los republicanos de otro temperamento así lo afirman; sea de ello lo que quiera, es lo cierto, que fui lo que fui. No es uno árbitro de modificar su naturaleza ni su convicción, ni su conciencia propia; con razón ó sin ella fui republicano conservador.

Si hubiese yo sido otra cosa, nada mas racional ni nada hubiera sido mas fácil para mí, que dejar propagar el incendio de la Francia por todo el universo. La combustion general hubiera producido lo que no podía menos de producir, un monton de cenizas apagadas por una lluvia de sangre, hollado muy luego bajo los piés de una tiranía militar. Los republicanos hubieran sido, para las edades futuras, los incendiarios del mundo antiguo. ¡Lamentable título para merecer la estimacion de los pueblos incendiados y entregados despues de la obra de los Erostratos, á merced de los Mários del Norte y del Mediodia!

Dentro de aquel sistema, el primer grito de la república hubiera sido: ¡A LAS ARMAS! Dos estrofas añadidas á la *Marsellesa*, una contra las clases superiores y otra contra la propiedad, hubieran dado el resultado. La Francia levantada en masa, hubiera rebozado por encima de sus

fronteras como por encima de sus leyes, y ¡Ay! del mundo!

XVIII.

No era esto lo que yo ambicionaba para la república nueva, Deseaba mostrar de una vez á la Europa que no había incompatibilidad completa entre la Francia libre y las potencias geográficas vecinas, respetándose dentro de sus fronteras como en su independencia recíproca.

La mútua inviolabilidad es la base de la paz sobre la cual descansa el mundo. El faltar á esta base, no hubiera sido solo una iniquidad, sino además la guerra, la matanza y la sangre humana regada al azar y pródigamente sobre el suelo de la Europa. ¿Y, con qué derecho? Con el derecho de una opinion, de un sistema, de un capricho, de una vanidad, de un arrebató de Danton (y cuenta que Danton proclamaba solo la guerra defensiva, y andaba en tratos con la Prusia.)

Confieso mi flaqueza. Mi conciencia de hombre timorato ante Dios repugnaba á emprender ese juego de la guerra cuyos envites son la vida de sus criaturas. Que se me desprecie, pero que se me absuelva. Separé la guerra ofensiva de la república como un crimen hácia Dios y hácia la humanidad; y acepté en mi pensamiento solo la guerra defensiva y patriótica. Este escrúpulo de

conciencia me obligó á publicar el manifiesto á la Europa.

Se moteja este escrúpulo! Sea; pero es preciso confesar que algunas veces un escrúpulo de conciencia es la mas hábil política. Recordad lo que aconteció. La liga de las córtes perdió todo derecho de agresion contra la república; los pueblos viéndose respetados y seguros en su territorio aceptaron nuestros principios y la diplomácia francesa fué árbitra del mundo en poco mas de seis semanas, y esto sin haber hecho violencia á una sola nacion y sin haber quemado un cartucho.

XIX.

Sin embargo, no se me ocultaba que la Italia se estremecería y se agitaría, y que Alemania se armaría para mantener su poder *no nacional*, pero de costumbre en la Lombardía. Conocía yo desde muy atrás el carácter inseguro, fácil de arrepentirse, reincidente, *estemporáneo*, en fin, sirviéndome de un vocablo latino de Cárlos-Alberto. Desconflaba, pues, del impulso que diese á su ejército ó que recibiese de sus pueblos. Debí, por una prevision que los hechos justificaron muy luego, hacer que la república tomase una fuerte posicion espectante sobre los Alpes. En su consecuencia hice decretar que un ejército de sesenta

mil hombres se escalonase entre Lion y las fronteras del Var.

¿Qué significacion tenía el ejército de los Alpes? Segun mi sistema tenía dos: primeramente estar en posicion para entrar en el Piamonte á la primera señal de hallarse en peligro aquella potencia, y en segundo lugar estar en situacion para reprimir ejecutivamente las agitaciones religiosas, civiles, socialistas y demagógicas que pudieran estallar en el medio dia de la Francia mucho mas impresionable que el norte, en Lion, Aviñon, Marsella, Tolon, en fin, en todo el valle del Saona y del Ródano.

De esta manera el ejército de los Alpes con solo su presencia, dominaba inofensivamente por su frente la Italia, y pacificaba por su flanco derecho el medio dia de la Francia.

XX.

¿Qué debía hacer este ejército en Italia, si la inoportuna temeridad de Cárlos-Alberto declaraba la guerra al Austruia; si como estaba yo convencido de ello, sus soldados sufrían reveses, y el Austria victoriosa se disponía á invadir el Piamonte?

Dentro de nuestro derecho de entonces, y en el lejítimo interés de la seguridad de nuestras propias fronteras del medio dia y del este, el ejér-

cito de los Alpes hubiera entrado en el Piamonte para proteger aquel reino, rehacer sus valerosos batallones, oponerse á los austriacos y combatir en el caso de ser necesario para conseguir la evacuacion y la independencia de toda la Italia.

Pero no era necesario guerrear en aquellos momentos; la revolucion combatía por nosotros en Hungría y en Persia, en Roma, Nápoles, Toscana y Viena, y el Austria que existía solo en su ejército de Italia, no estaba en situacion de jugar su suerte al trance de una batalla; solo pensaba en reservarse condiciones para verificar una retirada honrosa. Hay mas, proponía abrir negociaciones para verificar aquella retirada hasta el pié de las montañas del Tirol, y solo pedía como precio de la evacuacion de la Italia Lombarda el pago de su deuda italiana por Italia. En tal situacion no es dudoso que cien mil franceses protegiendo á sesenta mil italianos en las llanuras del Piamonte hubiesen realizado con su sola presencia ó con un memorable hecho de armas la completa libertad del suelo italiano. Y es menos dudoso todavía cuando se considera que Turin, Milan, Génova, Parma, Placencia, Bolonia, Venecia, Florencia, Liorna, Roma, Nápoles, la Calabria y Sicilia acudían con mas ó menos entusiasmo patriótico á las armas; que esos movimientos militares inciertos y mal combinados en un país, que carecía de costumbres guerreras, habrían acabado por multiplicarse y organizarse sobre el flanco derecho del ejército francés, y que

la Italia en cosa de seis meses se hubiera cubierto de bayonetas inhábiles acaso, pero heroicas como el sentimiento que armaba sus milicias.

XXI.

¿Qué habría sucedido entonces en Italia?—No intentamos penetrar los secretos del destino; pero podremos afirmar que hubiera acontecido lo que la Francia hubiese aconsejado, lo que la antigua constitucion de las cinco ó seis Italias puede sobrellevar; es decir, una federacion patriótica y unánime de todos esos pueblos bajo sus diferentes naturalezas políticas, con la mediacion protectora de la Francia. La unidad nacional y militar de aquellas diversidades políticas hubiera sido una cosa parecida á la confederacion helénica de las ciudades, reinos y repúblicas del Peloponeso y de las islas, bajo la garantía de las falanges macedonienses.

Es indudable que habríamos presenciado oscilaciones, pasos inciertos, anomalías, inexperiencias, desconfianzas, rivalidades, escesos de impulsión y escesos de resistencia; pero la mediacion siempre presente y armada de la Francia hubiera sido una dictadura de salud comun aceptada por necesidad hasta el momento en que la anficionía de los aliados hubiese cedido el puesto á la anficionía de los italianos constituidos y

armados en sus propias ciudades. La Italia desde la edad media es municipal mas bien que nacional; una confederacion municipal, hé aquí la forma obligada de su constitucion. No se puede prevalecer contra la naturaleza. ¡Y qué magnífica confederacion municipal hubiera sido teniendo por municipalidades capitales como Milan, Turin al pié de los Alpes, Génova á la derecha, Bologna al pié de los Apeninos, Roma en el centro, Nápoles en la cúspide y Palermo y Mesina en las aguas! ¿Y qué renacimiento político, militar, oratorio y literario no hubiera despertado entre todas aquellas capitales la emulacion de un pueblo de veinte millones de hombres dotados de tanto génio y de mas sana razon que la superficial Atenas?

XXII.

Este era mi pensamiento respecto á Italia. No dudo que lo tomarán como una ofensa aquellos italianos que profesan, fuera de razon, la doctrina de una unidad sin lazos, de una emancipacion sin emancipador. No era cuestion de adular á la Italia, sino de salvarla. No la he halagado ni la he lanzado en el alzamiento intempestivo de 1848; pongo por testigos á sus embajadores y á sus patriotas de aquella época. Que digan, sinó, cuantos leales esfuerzos hice para apartar al rey Cár-

los-Alberto de la agresion, en la cual presentia yo su pérdida. Que recuerden aquella palabra mia tan significativa pronunciada en la tribuna: TODOS LOS HIMNOS NO SON LA MARSELLERA! Hoy como entonces diré mi firme conviccion á aquel gran pueblo: está maduro para la independencia, para la libertad, para la elocuencia y para el génio; pero no lo está para las armas. La libertad, es cierto, le ponía las armas en la mano, pero necesitaba un pueblo militar y veterano en la gloria como la Francia para enseñarle á manejarlas. Se improvisa la libertad, mas no se improvisan los ejércitos que han de defenderla, y estos se necesitan para defender la causa de una libertad recién nacida. Si me engaño, si me falta la razon, dejad al porvenir que me desmienta, pero que los verdaderos patriotas italianos no me inculpen. Mis ideas de prudencia y contemporalización eran bastante mas italianas que las de Carlos-Alberto; hoy en dia son todavía las mismas, pero en favor de otras causas.

XXIII.

Pero insisten los italianos irritados con la emigracion, y dicen los radicales de la guerra revolucionaria en Francia ¿por qué el ejército de los Alpes no entró en Italia inmediatamente después de la derrota de Carlos-Alberto, á fin de

cumplir el hermoso papel de mediador ó de combatiente italiano que le disteis el día de su formación, y que aplazásteis para el momento en que el Piamonte se viese invadido por los austriacos...? Desgraciadamente no soy yo quien satisface á esa pregunta; es una fecha de triste recuerdo. El mismo día en que se tuvo el presentimiento en París de la derrota de Cárlos-Alberto se dispuso por el gobierno de la república que el ejército de los Alpes se pusiera inmediatamente en marcha. La fatal insurreccion comunista ó demagógica de junio originó la caída de aquel gobierno.

En tanto que este combatía en las calles de París por la salvacion de la república y de la asamblea, mientras que triunfaba con el ejército que tenía dispuesto, con el general que había nombrado, con sus propios esfuerzos, y hacía de gefe y soldado al mismo tiempo esponiendo su vida en la refriega por defender la representacion nacional, esta misma representacion le acusaba odiosamente de secreta complicidad con sus enemigos, y le exigía la devolucion del poder ejecutivo para investir con él á un dictador no menos patriota, pero no mas adicto que él á la Francia..

La fatal coincidencia de la batalla de París y de la derrota del Piamonte sepultó todos los planes y todas las esperanzas en el mismo abismo. Estraño desde aquel día al gobierno, ignoro cuales fueron las miras y las necesidades con respecto á Italia, de los que se sucedieron en la repú-

blica. Todo cuanto puedo asegurar es que los sucesos de junio, á pesar de su gravedad, no me hubieran impedido dar la órden para que el ejército de los Alpes entrase en el Piamonte. La Francia civil toda entera estaba en pié y armada para defender su civilizacion, sus familias, sus hogares, sus propiedades y su soberanía representativa contra un puñado de demoledores reducidos á la nada por su propia demencia; el poder interior de la Francia estaba centuplicado; su poder militar se encontraba reconstituido hacía cinco meses, merced á una enérgica reorganizacion de sus ejércitos. No necesitaba tener cien mil hombres de centinela en los Alpes ó en la Argelia para ponerse á cubierto de los ataques de los comunistas que le causan horror: pero Italia los necesitaba para no dejar de ser.

XXIV.

Ya sabeis lo que yo quería para Italia y lo que hice muy á pesar mio. Un destino contrario nos comprometió á ella y á mí en las funestas jornadas de junio de 1848. Si la Francia derramó su sangre en ellas, la Italia pereció. Lloremos juntos la demencia de aquellos asesinos de la libertad y de sí mismos, pero no nos acusemos recíprocamente. La Italia y nosotros somos inocentes; el destino es el único culpable.

Si mi sangre fuera italiana como lo es mi co-
razon, no hubiese concebido en favor de aquel
hermoso pais un pensamiento mas filial, ni me hu-
biera sido posible ofrecerle mas inofensivamente
para las otras potencias, y mas lejitimamente
para ella misma una perspectiva mas brillante de
gratitud nacional, política y literaria. Dejo que
la conciencia y la reflexion fallen.

XXV.

¿Podía yo dejar de amar la Italia? ¿Erame po-
sible no tener fé, no diré en sus armas, que la
falta de uso tiene embotadas, sino en la vida, en
la fecundidad de su génio universal? ¿No había
yo aspirado por todos los poros de mi cuerpo
aquel génio, antes de haber respirado el de mi
patria? No solo es patria para el hombre el suelo
donde vió la luz y se meció su cuna, sino tam-
bien aquel cuyos monumentos, cuyos hombres y
cuyas cosas han producido las primeras sensa-
ciones y grabado las primeras imágenes en su
alma. La primera juventud de los ojos, de la ima-
ginacion y del corazon naturaliza al poeta lo mis-
mo que al hombre. La vida del alma no se mide
por los años sino por la intensidad de las sensa-
ciones. Italia para mí no es un pais, es un mira-
ge. No es aire lo que se respira bajo su cielo, es,
alma! pero alma de fuego, de languidez, de entu-

siasmo, de antigüedad, de juventud, de melancolía y de heroísmo á la vez. El hombre se transforma allí en un minuto en poeta, amante, ciudadano, contemplador y cenobita. Las sensaciones no hablan, cantan, y recorren en una hora la escala toda de la vida. Aquella atmósfera no contiene prosa, todo en ella es música, melodía, éxtasis ó poema. Esta es la razon, sin duda alguna, porqué Rossini y Mozart transportan desde allende los Alpes por todo el universo, una lengua de melodía que en ninguna otra parte del mundo se ha inventado ni entendido. Estos dos hombres son la vibración viviente y anotada de todos los sentimientos de aquella tierra de sensaciones; sensaciones que no hay lengua que pueda espresar con palabras, porque su lirismo es muy superior á las lenguas habladas! *Lo que no se puede decir, se canta*: la música es la poesía de las sensaciones. Rossini es el Petrarca de esta música; respiró el aire de su patria y lo esparció por todo el universo. La brisa melodiosa que juguetea en Italia pertenece á aquel suelo, está adherida á él. Es como el sonido de la voz de una persona amada, inseparable del encanto que nos produce la presencia de la persona misma. En cuanto se pisa el suelo italiano óyese esa voz en todos los murmullos y en todos los vientos, así como en todos los versos. Italia no es solamente una region, es un instrumento músico, es el órgano del mundo. Basta que un sentimiento penetre en el alma para que todo resuene en ella. ¿Debemos admi-

rarnos de que las palabras, en esa lengua, sean reflejos, imágenes y melodías?

Sorprenderá, sin duda, el que en este período grave de mi vida encuentre yo en mi alma tales recuerdos y tales amores de la Italia de mis primeros años; esto nace de que si mi alma es universal y mi cuna francesa, mis sentidos son italianos. La imaginacion y el amor tienen tambien su patriotismo; la imaginacion, pues, y la poesía me unieron á aquella patria de adopcion en la cual me encontré antes de la edad en que se comienza á amar la patria natural. No podía ser de otra manera. Veía juntos y por primera vez el mundo y la Italia; y aspiré el aire respirable y el aire italiano en esa sola y primera aspiracion. Debía ser italiano de sensaciones antes de ser francés de corazon.

XXVI.

Mas, puesto que hemos convenido entre los lectores y yo, que este *Curso familiar de literatura*, es una conferencia amistosa y franca, permitidme deciros por qué casualidad de mi juventud y de situacion, me ví iniciado tan temprano y para siempre en las bellezas de los libros y de las letras de aquel hermoso país.

Otra digresion, otra personalidad, esclamarán algunos críticos severos. Otra vez la vanidad es-

playándose impertinentemente en un libro de cual toda vanidad viviente debe eliminarse para dejar lugar á la palabra de los muertos!

Juro en conciencia á esos críticos, que no hay sombra de vanidad ni de nécia condescendencia por mi persona en nada de lo que procede de mi inteligencia, que si bien se pone aquí en escena algunas veces con el corazon y el alma, es solo con el fin de hacer perceptible á los demás lo que yo he sentido y comprendido al cruzar la vida y al estudiar los hombres y los libros. Soy un instrumento bueno ó malo, que ha recibido el soplo del siglo entre sus cuerdas, y que produce un sonido afinado ó desflanado pero sincero, y que lo espresa, no para que las otros se ajusten á su nota sino para que la juzguen y la rectifiquen si tienen en el alma otro diapason.

Además, he observado, que desde San Agustín, Mme. Sevigné, J. J. Rousseau, la correspondencia de Ciceron y la de Voltaire, los libros que se leen y se vuelven á leer con mas atencion son los libros personales. Lo que interesa al lector en el libro, no es el libro, es el hombre. ¿Por qué? Porque el libro solo contiene ideas, y el hombre contiene un corazon. Además, en el libro personal el hombre manifiesta su corazon, y en sus otras obras solo manifiesta su espíritu, no mostrando de esta manera mas que la mitad de sí mismo. Soy de la misma opinion que Montaigne: *Quiero el hombre todo entero.*

Además, si uno quiere ser leído é instruir, es

indispensable despertar el interés. Sin interés no hay salvacion para el crédito del publicista, ni instruccion para el lector.

Es ley de nuestra naturaleza moral, que las personas hayan de despertar el interés lo que no consiguen las abstracciones. El espíritu humano se complace en dar un rostro á las ideas, un nombre, un corazon, una alma y una individualidad á las cosas. Sise escribiera la historia de las ideas, estoy seguro que nadie leería el libro; pero que se escriba la historia de los hombres que han representado esas ideas y el libro será leído de un extremo al otro de la tierra. El mismo Dios ha hecho sensibles sus criaturas á fin de personificar sus ideas. Lo que no se personifica no existe. No lograremos cambiar la naturaleza humana, ni nos es dado formar una humanidad de algebristas. Los algebristas raciocinan por medio de abstracciones; los hombres como nosotros raciocinan ó sienten con seres reales.

No será, pues, por vanidad, por mas que mis críticos así lo piensen, por lo que me pongo y me pondré en escena con frecuencia en estas conferencias; es pura y simplemente porque me precio de conocer la naturaleza humana. No es el hombre en mí quien habla de sí mismo, es el artista. Ah! si me conociérais á fondo, diría yo á esos críticos, ¡cuán lejos estaríais de atribuirme esa pueril vanidad que no existe en mí hace muchos años! Vanidad; ¿y de qué? Si la tuve alguna vez, como todos la hemos tenido en la edad florida, los años,

los acontecimientos, la reflexion, las humillaciones del corazon y del espíritu que tanto me han afligido, la destruyeron hace mucho tiempo. Me atrevo á afirmar que no hay un hombre en el mundo que tenga mayor convencimiento de su nulidad que el que yo tengo de mí mismo, ni que desee mas vivamente desaparecer por completo de la tierra.

Dejadme, pues, hablaros una vez mas de mi persona; no me acuseis á mí, acusad á mi arte. Si quereis sentir es forzoso que yc os toque en el corazon.

PÁGINAS DE VIAGE.



XXVII.

Erase la primavera de en1810; tenía yo diez y ocho años, un talle cenceño, hermoso cabello ondeado natural sobre las sienes, y ojos en cuya mirada se hermanaban el ardor y la melancolía, con una espresion vaga é indecisa, pero no de tristeza ni de indiferencia. Una impaciencia juvenil, un deseo ardiente de vivir, de ver, de sentir, de abismarme en un mar de impresiones temibles y atractivas constituía el fondo de mi carácter de entonces; fuego oculto todavía que deseaba y temía al mismo tiempo el viento que lo había de encender; un corazon de doncella entre la edad de los sueños y la edad de los amores. Tenía el mismo candor y la misma timidez impresa en la fisonomía. Era audaz en mis inspiraciones y encogi-

do en las maneras. Educado en la soledad y la sencillez del campo, la inmensidad de la naturaleza y el rumor de la muchedumbre me causaban desvanecimientos. Un silencio modesto y pensativo ocultaba de ordinario esta timidez. Acababa de dejar los libros, y en todo cuanto se ofrecía á mi contemplacion solo veía un gran libro abierto en el que debía leer. Esperaba que ese libro pronunciára la palabra de los misterios de mi ignorancia. Mi corazon era un enigma cuya clave buscaba!

El por qué fuí obligado á emprender solo, y siendo todavía casi un niño, un viaje á Italia antes de haber visto á París y de conocer la Francia, lo he dicho en otro lugar (*Confidencias y Graziella*) y no lo repetiré aquí. Fué una temeridad de mis padres, pero tambien fué una medida dictada por la prudencia. Una rosa artificial, ajada y empolvada, desprendida de la guirnalda de un vestido de baile, estrujada bajo los piés de las parejas, recogida por mí y guardada en un pedazo de gasa en el fondo de mi baul como un talisman con algunos malos versos, era en verdad, una cosa pueril; pero esta puerilidad había escitado la inquietud de una madre cariñosa. Quiso dar una distraccion á mis ensueños, y estimó la mejor un largo viaje. El hombre al cambiar de horizontes cambia tambien de ideas. Conservo todavía en un papel teñido por el polvo de los caminos de Italia aquella rosa y aquellos malos versos de mis diez y ocho años, espresion de un

sueño que yo creí no moriría jamás.

Sin embargo, ha muerto como mueren todos los sueños prematuros de la infancia, pero le debí mi destierro á Italia.

XXVIII.

El 29 de mayo de 1810 al despuntar la aurora descendía las últimas pendientes del Apenino que se dirigen hacia Florencia, en una silla de posta en la que se me había concedido un asiento al lado del conductor. El cielo semejaba á un inmenso cristal ligeramente empañado con esas tintas calientes que vaporizan el horizonte. Los caballos á medio domar galopaban entre nubes de un polvo aromático, alegrando el silencio de la mañana con el sonido de las campanillas de sus collares. Parecióme oír antes de tiempo el repiqueteo de las castañuelas de las muchachas de Nápoles, convidando á los bailarines con la embriaguez de las tarantelas. Los cerros, los torrentes, los bosques de castaños, los campanarios y el humo de los volcanes del Apenino quedaban detrás de mí huyendo en mágico torbellino. Los altos é inmóviles cipreces que se ven en aquel lugar arrojaban sobre el camino sus sombras prolongadas á manera de obeliscos; las higueras semejantes á los espectadores agrupados en derredor de un circo, estendían sus anchas y empol-

vadas hojas sobre los muros blanqueados de las cercas que bordean el camino; los olivos daban paso por entre sus menudas hojas á los rayos del sol que se reflejaban sobre los cerros impregnados de una tinta verdosa. Respirábase un ambiente perfumado con las emanaciones de yerbas y plantas desconocidas en nuestros climas del norte, y la brisa se percibía tibia y dulce como un aroma evaporado sobre brasas, ó como el mirto que chisporrotea en la boca de los hornos de las aldeas de la Calabria.

Sentíame embriagado de sensaciones antes de haberme embriagado con los pensamientos. De vez en cuando desde lo alto de una colina veía en lontananza, en el fondo de un valle de esmeralda, las cúpulas resplandecientes pero lejanas de Florencia, y entonces hubiera querido salvar de un salto el considerable espacio que me separaba de la ciudad. Por último, entramos en ella de noche. Una luna resplandeciente que reflejaba su luz en la corriente sinuosa y encajonada del Arno, aparecía como un faro sobre las murallas grises de la ciudad de los Médicis.

XXIX.

Cuando percibí el ruido del carruage que rodaba sobre el pavimento de anchos adoquines de las calles de Florencia, parecióme que entraba en la

sociedad de aquellos célebres toscanos cuyos nombres producían en mi imaginacion una especie de terror sagrado. Dante, Petrarca, Maquiabelo, los Pazzi, los Médicis, los Policiano, los Miguel-Angel y tantos otros grandes hombres cuyo recuerdo evocaba mi memoria, parecíanme estar asomados á las ventanas de aquellos palacios sombríos que bordean y oscurecen las calles. El olor del cedro que entra en la construccion de aquellas magníficas viviendas embalsamaba el aire y completaba la ilusion. Hubiérase creído percibir el olor sepulcral de aquellas maderas incorruptibles con que se labraban los féretros, olor que embalsamaba hasta los cadáveres.

Los pocos transeuntes que circulaban por las plazas y los vecinos que tomaban el fresco en derredor de las fuentes, daban á la ciudad un magnífico aspecto de cementerio con sus monumentos y su poblacion de fantasmas. Nunca se me borrará de la memoria mi primer visita á la patria del Dante.

El carruaje que debía continuar hasta Viena y Roma me dejó en un pequeño parador, sin nombre, oculto en una callejuela á espaldas del palacio Corsini, no lejos del puente de la Trinidad. Diéronme por habitacion un pequeño aposento abohardillado, amueblado solo con un catre de hierro, una mesita, una silla y un cántaro de agua. No fijé la atencion en la indigencia y desabrigo del parador; iba á dormir y á despertarme en la ciudad de los grandes recuerdos, y esto

era ya mucho para un jóven que vivía solo con la imaginacion.

XXX.

Nunca olvidaré tampoco el despertar de aquella primera mañana. Un cielo de verano, de un azul oscuro como un artesonado de lapislázuli se apercibía por la ventana de mi aposento, entre el edificio del parador y los muros monumentales del palacio Corsini. Las grandes puertas de aquella lujosa morada estaban abiertas de par en par y por ellas se veían sus patios, sus escaleras y sus pórticos, y los nnmeros criados de aquella opulenta casa que vestidos de gala permanecían inmóviles como centinelas en sus puestos, parecía estar esperando una ceremonia ó un huésped ilustre.

Dejóse oír de improviso un rumor de muchedumbre mezclado con relinchos de caballos, mugidos de bueyes y balido de ovejas que se acercaba desde la estremidad de la callejuela del lado del puente de la Trinidad. Muy luego aparecieron varios pastores á caballo vestidos de un pintoresco trage hecho de pieles adobadas y de pelli-cas de cordero, y armados de largos cayados que remataban en un hierro de lanza. Venían precedidos y seguidos de numerosos rebaños, y desfilaron con cierta gravedad antigua ante mi vista

para entrar en el patio del palacio.

Seguíanlos algunas carretas rústicas de forma etrusca, cuyas ruedas macizas estaban cubiertas de flores y de hojarasca. El yugo que uncía los bueyes sostenía ramas flexibles de ciprés y de olivo, que balanceándose con el movimiento de la marcha, espantaban las moscas y refrescaban con su sombra la cabeza de los bueyes.

Cada una de aquellas carretas conducía la familia de uno de los colonos de las dilatadas posesiones del príncipe Corsini. El cabeza de familia ó el mayor de sus hijos iba delante marchando magestuosamente y llevando en una mano la ahijada, en tanto que apoyaba la otra sobre uno de los cuernos dorados de los bueyes. La madre, los hijos y las hijas venían de pié sobre las carretas, asidos al enrejado de estacas para mantenerse en equilibrio contra los balances que el pavimento imprimía á las ruedas. Bajo los toscos vestidos de color verde ó rojo de aquellas aldeanas veíanse bellezas magestuosas y gracias seductoras que solo encontré mas tarde en mis correrías por las montañas de la Sabina y del Volturno, ó en el magnífico cuadro de los *Segadores*, de Leopoldo Ròbert, ese Virgilio del pincel que ha igualado al Virgilio de las *Geórgicas*.

XXXI.

Aquella procesion rural desfiló lenta y silenciosamente, agrupándose toda ella en el patio del palacio. Eran los ricos labradores de los dominios del príncipe en las campiñas de Pisa y en los valles del Volturno, que llegaban, como lo tenían por costumbre el día del cumpleaños de la princesa para desfilár delante de sus señores ostentando el lujo de sus establos y de sus instrumentos de labor. El alegre sonido de las gaitas toscanas ensordecía los oídos, y el aire estaba impregnado de la fragancia que exhalaban las flores y las plantas odoríferas que arrastraban en haces por el suelo detrás de las carretas. No me cansaba de contemplar aquellas nobles fisonomías de los aldeanos y aldeanas, que me recordaban las escenas patriarcales de la Biblia, en medio de la opulenta ciudad de las artes. Sentíame embesado aun antes de haber visto uno solo de los monumentos de aquella capital del génio moderno.

Dime prisa á vestirme para recorrer á mis anchas los muelles, las plazas, los jardines y los palacios de Florencia, acompañado de un criado del parador que parecía mas bien un mendigo que un intérprete.

Durante los dos primeros dias estuve comple-

tamente deslumbrado. Pero muy luego me familiaricé con los muelles del Arno, las avenidas de los *Cacines*, las galerías, las iglesias y los palacios suntuosos y pude prescindir del guía. En cuanto al idioma lo hablaba con bastante soltura aunque con un acento demasiado latino, efecto de haber leído y releído los versos del Dante, del Petrarca, de Alfieri y Monti. Sin duda debían tomarme, á causa de mi acento, por un toscano de biblioteca, que no hubiese bajado en su vida á la calle para conversar con los vivos, y que usaba en la lengua hablada las construcciones y la pronunciación de los muertos. Mas bien que un hombre era yo un volúmen. Sin embargo, á los pocos días merced á la viveza de mi oído, tomé carta de naturaleza entre los toscanos de este siglo. En esta jaula de ruiseñores, la música penetra en el alma por todos los poros. Solo deseaba olvidar el áspero francés.

XXXII.

En medio de mi soledad sobre una tierra extranjera, el deseo que menos me atormentaba era el de buscar la sociedad. No obstante, despues de algunos dias de paseos solitarios en las calles, en la campiña y en los teatros de Florencia, recordé que traía algunas cartas de recomendación.

De buena gana las hubiera dado al olvido, por-

que era mayor la cortedad que experimentaba para presentarlas, que la satisfaccion que podía esperar con el trato de nuevos amigos. Siempre he sido muy tímido en presencia de personas desconocidas para mí, pero lo era mucho mas á la edad de diez y nueve años. Mas la consideracion de lo inconveniente que sería devolver aquellas cartas, sin haberlas presentado á las personas que tan benévolaemente me las habían proporcionado, hizo pensar en ellas. Una circunstancia especial acabó por decidirme, y triunfó de mi repugnancia á declinar mi nombre en el umbral de los palacios.

Entré una mañana en la famosa iglesia de *Santa Croce*, especie de *campo santo* ó de cementerio monumental de Florencia, Westminster de los toscanos.

Era la hora del mediodia; el sol calcinaba el polvo de la plaza solitaria que precede aquella iglesia sin fachada. Entré en ella mas bien por buscar sombra que por contemplar sus estátuas y sus cuadros. Mis ojos estaban ya fatigados y mi espíritu saturado; había visto tanto, que ya no miraba nada.

La misma soledad reinaba en la iglesia que en la plaza; solo se veía la sombra que arrojaban los pilares sobre el pavimento, prolongada, inmóvil y negra; no se oía mas que el ruido repercutido de los pasos de los viajeros que discurrían bajo las naves; ruido que solo recuerda la vida en aquellas grandes catacumbas de la oracion y de la muerte. Paseábame lentamente bajo los arcos

de la bóveda descifrando, con ayuda de un libro descriptivo de los monumentos de Florencia, las inscripciones grabadas en los zócalos de los mausoleos, que guardan las cenizas de los grandes hombres de la república como Galileo y Maquiavelo, escepto el *Dante* que duerme espatriado en una encrucijada de Rávena. Tributé un recuerdo, una conmemoracion, un sentimiento de piedad y de entusiasmo de jóven estudioso á cada una de aquellas sombras, cuyo recuerdo vive acaso mas en la memoria de los siglos que pasan sobre sus cenizas, que en el pensamiento de sus contemporáneos y de sus compatriotas.

XXXIII.

Un monumento mas elevado y de mayores dimensiones que los otros fijaba desde algunos instantes mi atencion á la derecha hácia el centro de la iglesia. Acerquéme instintivamente á él, y leí lo siguiente inscrito en letras de bronce dorado: *Aloysia condesa de Albany, nacida condesa de Stolberg á Victorio Alfieri, y mas abajo, Canova Sculpsit.*

Al acabar de leer estas palabras, el libro se me cayó de las manos, y permanecí inmóvil, absorto en la contemplacion de aquel sepulcro. El Fideas romano ha representado en él á la Italia romana, es decir, viril y severa, llorando y teniendo en la

mano una corona deshojada sobre el medallon de su poeta. En aquel entonces creía yo que Alfieri era un poeta; encontrábame en la edad en que se adora la fama sin saber si ha sido legítimamente merecida. Había comprado algunos años antes, en Lion, una edicion de Milan compuesta de doce tomos, de las obras de aquel Corneille italiano, los cuales contenían sus catorce tragedias y habían sido de tal manera hojeados por mí, que sus cubiertas destrozadas no permitían leer los títulos. Había leído tambien sus memorias, que acababan de ser publicadas por la condesa de Albany, poco tiempo despues de la muerte de su amigo. Era á mis ojos el hombre del siglo, el hombre de la pasion, el hombre de la libertad, el último romano, una especie de Bruto poético escribiendo con la punta de su puñal sonetos á su Beatriz, páginas de Tácito, é imprecaciones de Maquiavelo contra las tiranías.

En razon de estos tres títulos creía yo deber tributar un culto á su memoria. Su muerte reciente y prematura, su tumba apenas cerrada por las manos del amor y aquella tumba ilustrada con una obra maestra de Cánova, inmortal él tambien, aumentaban mi emocion ante la inesperada vista de su sepulcro.

Por vez primera en mi vida tuve el sentimiento de la gloria, y comprendí que podía emplearse toda la vida en hacerse acreedor á un sepulcro semejante. ¡Ay de mí! ignoraba todavía que el mármol no calienta mejor que la yerba la cubier

ta de un féretro; que ningun ruido resuena debajo de la tierra; que la última de nuestras vanidades es la vanidad de nuestras memorias, y que el verdadero juez de nuestras obras, en la tierra no es la gloria sino la conciencia. Pero ¿acaso se sabe algo antes de haber meditado?

XXXIV.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que permanecí algunas horas sentado al pié del monumento de Alfieri, considerando la majestad de aquella tumba, y concibiendo el vago deseo de consagrar mi vida á labrarme una tan ilustre. ¡Sueños de niño de los cuales estoy bastante desengañado en la actualidad! La tumba mas ignorada oculta bajo un poco de yerba, sin losa y sin nombre es la mejor. ¿De qué sirven las señales sobre la tierra ó en las memorias cuando no las han de guardar eternamente? La muerte es el olvido. No por alejarla algunos años deja uno de morir. La nada no tiene remedio, ni aun el remedio de nuestra vanidad. Vale mas aceptar francamente el polvo de la tierra que luchar ridícula y penosamente con lo imposible. En aquel entonces no pensaba yo de esta manera, y el sepulcro de mármol de Alfieri, esculpido por Cánova, y admirado por Florencia, me pareció un apoteosis suficiente para pagar una larga exis-

tencia consagrada al trabajo, á la virtud y al género. Verdaderamente, delante de aquel monumento me embriagué con la idea de la inmortalidad.

El nombre de *Aloysia de Stolberg, condesa de Albany*, me recordó que tenía una carta de recomendacion para una señora de aquel nombre, la cual residía en Florencia, carta que descuidara de presentar á quien iba dirigida. Mé avergoncé, y mi corazon latió con violencia al pensar que había de visitar á aquella mujer célebre, cuyo nombre grabado en el sepulcro de Alfieri me recordaba su nombradía. ¿Quién no ha leído las memorias de Alfieri? ¿Quién ignora su pasion, su culto, su idolatría poética por aquella á quien llamaba *la mia donna*, nueva *Láura* de aquel nuevo Petrarca, nueva *Beatriz* de aquel nuevo Dante, nueva *Victoria Colonna* de aquel nuevo Miguel Angel? Ella sobrevivía á su poeta; habitaba Florencia; encontrábame á pocos pasos de su palacio; podía y debía acercarme á ella, y ver en la misma tarde aquella mujer cuya belleza, corazon, aventuras, desgracias y gloria poética, habían preocupado tanto mis primeros pensamientos. El deseo de conocer aquella mujer histórica venció mi timidez. Salí apresuradamente de *Santa Croce*, y me dirigí á la hospedería para buscar entre mis cartas de recomendacion aquella que venía dirigida á la condesa de Albany.

XXXV.

Sábase que esta señora era viuda del último de los Estuardos, pretendiente á la corona de Inglaterra. Este príncipe espatriado en Roma por las revoluciones de su país, habíase casado algo tarde, con la jóven y bella condesa de Stolberg, hija de una familia de príncipes de la Bélgica alemana. Esta interesante jóven, que vino á ser por aquel medio reina legítima de la Gran-Bretaña, había consolado durante algunos años las tristezas del pretendiente, su marido, originadas por la pérdida de un trono en el continente, y por el mal éxito de sus expediciones en Escocia. Habitando Roma y entregado al ócio de una existencia que ya carecía de objeto, el desventurado príncipe buscó, segun se dice, en los escesos de la embriaguez el olvido de su inútil heroismo, de su caída del trono y de su avanzada edad. El conde Alfieri se condolió profundamente de las desgracias de una mujer jóven, abandonada y frecuentemente ultrajada por un esposo embrutecido. Su culto poético consoló á esta desventurada víctima de la indiferencia de su marido.

El Papa, á petición del Cardenal de York, hermano del pretendiente, separó por decreto pontificio, la condesa de Albany de su esposo, y la condesa permaneció algun tiempo en un convento de

Roma bajo la proteccion del Pontífice y del Cardenal. Alfieri tuvo ocasion de visitarla una ó dos veces en el cláustro. La condesa salió al fin del convento con la tolerancia tácita del Papa, y viajó por España, Francia y Alemania. Alfieri se encontraba en todas partes con ella. Por último, víctima el pretendiente de sus disgustos y tristezas, murió en Roma dejando en libertad á la condesa de Albany. Esta que recibía una pension de Inglaterra no podía dejar su nombre; pero siendo dueña de su mano se la dió al poeta que poseía hacía ya mucho tiempo su corazon.

Alfieri y la condesa de Albany, casados en secreto, habitaban juntos un pequeño palacio situado en las orillas del Arno en el muelle de Florencia. Allí fué donde el poeta terminó sus obras y ocultó su existencia. La intranquilidad que le condujo á visitar durante veinte años todas las capitales de Europa, se trocó por un encierro absoluto y casi salvaje. Su muger y sus libros, sus versos y sus caballos ocupaban por [completo su pensamiento. Se le veía salir diariamente á caballo solo de su palacio sobre el Arno nublada su frente por inquietudes y rencóres, alejarse de los muros de la ciudad y andar errante hasta la noche por los senderos mas solitarios de las colinas pobladas de olivos y cipreses que circundan á Florencia.

Inspiraba respeto á todos los que lo encontraban; pero mezclado de terror supersticioso, porque creían ver en él un espectro resucitado del

Dante y de Maquiabelo. Había sido en los principios de la revolucion francesa uno de sus mas ardientes promovedores, pero al fin llegó á ser su mas implacable enemigo. Era uno de tantos revolucionarios aristócratas como hubo en esta época, lleno de contradicciones entre su nacimiento y sus ideas, que adoraban los principios y odiaban sus consecuencias.

Había muerto antes de tiempo enfermo por su hastío á las cosas humanas y desprecio á la humanidad: el mal humor le mató. Triste suerte para aquel que se creó un gran hombre! Pero en realidad no era un gran hombre, era sí un gran declamador en poesia y un gran humorista en prosa. No había tenido de verdaderamente grande mas que su pasion por la libertad y su amor. Pero yo estaba todavía bajo la ilusion de su carácter y su génio, y aparecía á mi vista como un Sofocles y un Tácito. Perdónesele esta falta á mi juventud y figúrense mi emocion febril disponiéndome á ver á aquella á quien había divinizado en sus versos.

XXXVI.

Nada tenía de lo que se estima indispensable para figurar en el mundo con cierta distincion, nada si se exceptua mi aspecto y mi modestía. Todo mi equipaje se encerraba en un baulito de

madera, donde ocultaba todo mi tesoro, los ahorros de mi madre que consistían en unos sesenta luises de oro. Mi traje corría pareja con la abundancia de mis recursos financieros; es decir, lo puesto y un frac nuevecito envuelto en un trapo de lienzo, y guardado para las ocasiones. Era un frac de verano de color azul claro como se usaban en aquel entonces, cuyo corte conservo en la memoria, á pesar de los muchos que he gastado posteriormente, como un monumento de elegancia y de buen gusto superior á todo cuanto en su género han visto mis ojos. Vestílo con la mas placentera satisfaccion y con él un pantalon de mahon amarillo y un chaleco de la misma tela bordado en seda por una de mis tias; apenas me hube vestido me dirigí por el muelle hacia el pequeño palacio de la condesa de Albany. Erase á la hora de la puesta del sol; todavía me estremezo al recordar los esfuerzos que hice para vencer mi timidez. Llevaba en la mano la carta de recomendacion que me fué dada por un hidalgo vecino nuestro y amigo de mi padre llamado Mr. de Santilly, el cual había sido general al servicio de España en tiempos de Cárlos IV, y trató con amistosa intimidad en Madrid á la condesa de Albany y á su hermana la princesa de Castelfranco. Enterado por mi padre de mi viaje á Italia, me ofreció cartas de recomendacion para aquellas dos damas amigas suyas, una de las cuales habitaba en Florencia y la otra en Nápoles.

XXXVII.

Por muy despacio que anduve, temeroso de lo que iba á ver y decir, á los pocos pasos me encontré en la puerta del palacio de la condesa.

Lo que se llama *palacio* en esa lengua que todo lo levanta y poetiza, no era mas que una casita sin patio ni jardin, compuesta de un entresuelo y un piso alto, cuya fachada, sin ningun adorno arquitectónico, tenía algunas ventanas bajas y entornadas que daban sobre el estrecho muelle del Arno. Las persianas del aposento del poeta cerradas desde su fallecimiento, imprimían á la casa un aspecto triste y siniestro que causaba cierto terror: parecíame entrar en un sepulcro.

Llamé á aquella puerta delante de la cual había dos escalones; se abrió, y me encontré en un pequeño corredor frente á un criado vestido de negro, á quien dirigí la palabra balbuceando. La condesa había salido en carretela descubierta acompañada de algunos abates de su íntima sociedad, para pasearse bajo las gigantescas copas de los árboles que cubren las alamedas de los *casines*, que son el parque de Florencia, como es costumbre en el país. Dejé la carta de recomendacion al criado, y volví á mi hospedería gozoso de ver aplazada mi primera visita á aque-

lla reina de Inglaterra, mas imponente á mis ojos por haber sido la reina del corazon del poeta.

XXXVIII.

La mañana siguiente al levantarme recibí una esquila muy atenta de la condesa de Albany (la cual conservo apesar de haber recibido despues otras cartas suyas) en la que me anunciaba que tendría una viva satisfaccion en saber noticias de su amigo Mr. de Santilly, y me convidaba á comer para el dia siguiente.

No falté á la invitacion. Presentéme en el palacio donde me recibieron tres criados vestidos de luto. Condujéronme á una sala del entresuelo, en la que la condesa había establecido su gabinete de *conversacion*, como se dice en Italia, y me encontré en presencia de la reina destronada de la Gran-Bretaña.

Nada recordaba en ella, en esta época, la reina de un imperio ni la reina de un corazon. Erase una muger de corta estatura, algo encorbada bajo el peso de los años, que carecía de soltura y de elegancia. Los rasgos de su semblante redondeados y obtusos, no conservaban ninguno de esos perfiles puros que constituyen la belleza ideal; pero el brillo de sus ojos, el color de sus cabellos, la espresion de sus lábios y toda su fisonomía revelaban una inteligencia superior, y manifestaban

un agrado tal, que era forzoso recordar su pasado por mas que no se admirara su presente. Su palabra dulce, sus maneras naturales y su familiaridad simpática elevaban desde luego á su nivel á todo el que se acercaba á ella. A los pocos minutos de conversacion cariñosa de su parte, y tímida de la mia, encontrábame tan animado como si la hubiera tratado toda mi vida. »Mr. de »Santilly me anuncia que Vd. compone versos,» me dijo sonriendo para alentar mi confusion, »sin duda tendrá Vd. deseos de ver la estancia y »la biblioteca del grande hombre que Italia ha »perdido? Voy á mandar que le conduzcan á ella.» Esto diciendo hizo una indicacion á un anciano abate, cuyo nombre no recuerdo, para que me sirviese de guía.

Muy luego me encontré en la habitacion y biblioteca de Alfieri. Los postigos de las ventanas entornados dejaban entrar muy poca luz en la estancia. Podía uno figurarse que el grande hombre la ocupaba todavía. Al entrar me sentí tan conmovido, que no acerté á pronunciar una sola palabra, y casi no veía. Aquellos libros tantas veces hojeados por una mano magistral, aquella mesa sobre la que se veían algunos volúmenes griegos y algunas páginas empezadas á escribir en la misma lengua, atestiguaban que la muerte le había sorprendido en aquellos penosos estudios; el lecho en que había soñado, la pluma con que había escrito, todos aquellos muebles que parecían estar esperando á su dueño; la sombra

del aposento dibujada sobre la pared, sombra que podía tomarse por la del colosal poeta, (Alfieri tenía una estatura ajigantada) en fin, aquella alfombra gastada por sus pasos durante sus largas noches de insomnio poético, me llenaban de estupor, me abismaban en el silencio. Sin la presencia del abate hubiérame arrodillado para besar la huella de sus pasos. He temido siempre aparecer afectado mostrándome conmovido. Me contenté con arrancar furtivamente una barba de la pluma todavía ennegrecida de tinta, que sirvió al maestro, y la oculté en mi sombrero para tener siquiera aquella reliquia de poesía. La conservo todavía con una hoja del laurel que cubre la tumba de Virgilio en el Posilipo y un pequeño fragmento de los ladrillos rojos del calabozo del Tasso en Ferrara, monumentos piadosos de mis frecuentes peregrinaciones á los sepulcros de las grandes inteligencias.

XXXIX.

La comida fué sóbria y duró poco. Durante ella me ví obsequiado por el abate y otros tres ó cuatro convidados, y festejado por la condesa como un niño mimado á quien se quiere halagar elevándolo á la dignidad de hombre para vencer la timidez de sus pocos años. Terminada la comida regresamos al gabinete de conversacion, donde

muy luego se formó en derredor de la condesa un círculo de hombres eminentes de Florencia y de extranjeros procedentes de las diferentes capitales de Italia. Escuché con silencioso recogimiento el nombre de cada uno de los visitantes anunciado por los criados. Eran personas de la alta aristocracia de Roma, Nápoles, Florencia, Venecia, Bologna, con los cuales la historia me había familiarizado, y algunos nombres de poetas, de profesores y de literatos, todavía nuevos y enigmáticos para mí. A medida que aquellas personas escogidas entraban, sentábanse formando semicírculo frente á una mesita cubierta de libros, detrás de la cual estaba la condesa de Albany recostada sobre un canapé. Aquella sociedad poco numerosa no tenía ese carácter de libre desorden que produce la conversacion francesa, diseminando en grupos los contertulios: mas bien era una academia que una reunion familiar. La conversacion versando sobre asuntos políticos ó alusiva á las cosas del dia, era grave y seria á causa de la suspicaz vigilancia de la policia francesa en Italia, y mas parecía un diálogo entre muertos que una conferencia entre vivos. El tema fué, la preeminencia que cada comarca de la Italia moderna podía ejercer sobre las otras. Parecía que cada una de ellas tenía un representante en cada interlocutor que defendía la causa de su capital delante de la destronada reina de un país que hace pocos siglos los romanos llamaban bárbaro.

Desde Sannazar en Nápoles, Dante, Policiano y

Bocacio en Toscana; todo el siglo de Leon décimo en Roma; el de los Médicis en Florencia; todó el período de los príncipes literatos de la casa de Este, hasta Alfieri en Turin, Goldoni en Venecia, Monti, Porini y Bucaria en Milan, la innumerable multitud de nombres seculares que se pronunciaron en aquella conferencia, las citas presentes en la memoria como si los libros hubiesen estado abiertos delante de los ojos, las observaciones oportunas y delicadas, las rivalidades equilibradas, el entusiasmo razonado, la ciencia presente y unánime de todos los monumentos del pensamiento italiano en los hombres que componían aquel cenáculo, me produjeron vértigos de admiracion hácia ese génio italiano, que puede oprimirse bajo el peso de los ejércitos, pero que no puede reducirse á la impotencia; semejante á esas plantas que vejetan como las zarzas del coliseo, mas vivaces entre las ruinas que en los surcos.

Alguno hubo de citar, al finalizar la conversacion, esta frase de Alfieri: *La pianta nomo nasce piú forte é piú robusta in Italia*, etc., etc., palabra atrevida pero exacta. La ceniza de los siglos es fecunda como la de los incendios.

XXXX.

Habíame mantenido, como es desuponer, apartado y en la actitud silenciosa y modesta que con-

venía á mi edad, durante aquella larga y elocuente escursion á través de todas las edades, todos los nombres y todas las obras de la Italia literaria moderna. Parecíame asistir á una de esas discusiones clásicas de *Decameron*, sentado á la sombra de uno de los cipreces de *Fiesole*, entre los grandes talentos y las mujeres literatas de su tiempo. Las ventanas abiertas y la luna resplandeciente que iluminaba la azulada corriente del Arno, completaban la ilusion. El hogar de Alfieri, donde esta escena se representaba, á pocos pasos de su aposento todavía no profanado, la presencia de aquella que fué la única vida de su corazon y que ya solo vivía con su gloria, llenáronme de una especie de supersticion y respeto, que nunca disminuyó, hácia Italia. Sentí que hasta el aire en aquel país era literario, y que si era posible arrebatarle la libertad, no lo era despojarle del génio.

Regresé silencioso y conmovido á mi hostería, resuelto á estudiar sériamente las obras maestras de aquella hermosa literatura, que había comenzado á gustar en casa de la condesa de Albany.

Diez años despues, he visto con frecuencia á la viuda del último de los Estuardos y de Alfieri, y he tratado con intimidad todos aquellos hombres distinguidos de Italia, que me apercibieron en oscuridad sin preveer mi nombre futuro.



CONFERENCIA OCTAVA.

I.

Volvamos á la Europa literaria actual.

Dícese que la prueba evidente de la inferioridad de la Europa moderna con respecto á la antigüedad, es que no ha tenido un verdadero poema épico desde Homero ó desde las grandes epopeyas indias.—Convengo en ello: La *Eneida* del mismo Virgilio solo es un poema histórico; la *Divina comedia* del Dante no es mas que un capricho del génio, un poema mitad teológico y mitad popular; la *Jerusalem libertada* del Tasso solo es un poema de caballería, una novela de aventuras escrita en estrofas sentimentales; el *Paraíso perdido* de Milton no es mas que una paráfrasis poética de la Biblia; la *Enriada* solo es una crónica rimada de Enrique IV; y el *Orlando furioso* de Ariosto no es otra cosa sino

un chiste gracioso escrito en versos inimitables. Ninguna de estas obras es un poema por mas que sean verdadera poesía. Se escribirán todavía algunos miles de libros, sin que, sea el que quiera el talento del poeta, pueda construirse ese monumento literario á que aspiran en vano todas las lenguas, y que se llama poema épico. Si Homero volviese á la vida, no podría hacer en nuestros dias para las naciones modernas, lo que hizo para los griegos de su época.

II.

¿Por qué, pues, la moderna Europa no tiene un poema épico? Admiranos que tantos críticos eminentes como se han ocupado de esta cuestion, no la hayan resuelto con la respuesta que el solo sentido comun sugiere á un niño pensador.

LA EUROPA MODERNA NO TIENE POEMA ÉPICO NI LO TENDRÁ JAMÁS. ¿POR QUÉ?—PORQUE TIENE LA BIBLIA.

Analicemos un poco este axioma.

¿Qué es el poema épico? A esta pregunta debe contestarse con la respuesta que dió el Tasso á uno de sus amigos en ocasion en que viajando á pié por el reino de Nápoles, y llegando á la cima de una alta montaña de los Abruzos, señaló con el brazo estendido la tierra, el mar, el cielo, las ciudades, la campiña y los rios, cuyo panorama

desarrollábase ante sus ojos, y dijo:—HÉ AHÍ MI POEMA! Lo que quería decir: un poema épico, es el mundo! Y sin embargo, todavía puede decirse mas: un poema épico, son los dos mundos, el mundo material y el mundo sobrenatural, lo finito y lo infinito.

En efecto, todos los siglos y todos los pueblos han convenido en que el poema épico se compone no solo de lo que existe en la naturaleza, sino de lo que existe fuera de ella, ó sea lo sobrenatural, que los críticos llaman lo maravilloso.

Luego ¿por qué lo maravilloso ó lo sobrenatural forma parte esencial y necesaria del poema épico? Vamos á intentar el demostrarlo en pocas líneas, por mas que tengamos que espigar un momento en el campo de la metafísica. Dispensadnos, y no os alarmeis; os aseguramos que nuestra metafísica no empleará esas voces de escuela y de pedagogía, que solo sirven para ocultar el vacío de las ideas bajo la ampulosidad de las palabras; nuestra metafísica será la del sentido comun expresado en lenguaje vulgar. Nos acusareis acaso de que os obligamos á desprenderos de la tierra; pero, lo que se eleva hacia el cielo tiene menos claridad que lo que se arrastra por el suelo?

Vamos á daros la contestacion á esta pregunta: ¿Por qué lo maravilloso ó lo sobrenatural forma parte esencial del poema épico?

III.

Hemos dicho hace poco que el poema épico es el mundo.

Sabido es que el mundo es doble, ó por mejor decir, en el mundo se comprenden dos mundos: el visible y el invisible. La existencia del uno no es menos cierta que la del otro, por mas que uno de ellos no sea perceptible para los sentidos, porque solo está al alcance del sentido de los sentidos, es decir, de la INTELIGENCIA.

¿Qué nos dice ese oráculo interior que llamamos la evidencia? Nos dice:

La materia existe. La vemos, la palpamos, la pisamos en forma de tierra, la contemplamos sobre nuestra cabeza en forma de aire, de luz, de fuego, de ástros y de firmamento. Sería necesario negar todos nuestros sentidos corporales y suicidarnos mentalmente para negar la existencia de la materia.

Pero existe otra cosa que no es materia; es decir, que pertenece á otro órden de evidencia sin dejar de ser tan evidente como lo anteriormente supuesto. Hay en nosotros y fuera de nosotros un sér que no es del dominio de nuestros sentidos y que llamamos el *espíritu*. El Espíritu Divino, increado, ilimitado, infinito, omnipotente y perfecto, si aplicamos esta palabra á Dios, el Sér de los sé-

res; y el espíritu creado, limitado, finito, impotente é imperfecto, si aplicamos aquel nombre á el alma de la naturaleza, el alma del hombre, ó á cualquiera otra especie de alma con que á Dios le plugo dotar los diferentes séres salidos de la creacion en diversos grados. La inteligencia, el pensamiento, la voluntad, la conciencia, la moralidad ó la inmoralidad, la eleccion entre el bien y el mal, la libertad, la perversidad ó la santidad de las acciones, son fenómenos intelectuales de ese sér llamado espíritu: fenómenos tan inexplicables como incontestables para el hombre de buena fé, como los fenómenos materiales lo son para los sentidos. Es el *mens agitat molem* de los poetas, el resorte sobrenatural, oculto, pero sensible, que muere, rige y gobierna el mundo divino.

IV.

Y ¿qué se deduce de esto para el sér que piensa? Que el hombre tiene dos destinos. Uno sobre la tierra, que comienza el dia de su nacimiento y que termina con su último suspiro en el pequeño espacio que le ha sido señalado sobre este átomo en movimiento, que se llama globo, destino en íntima relacion con esta materia de la que están formados nuestros sentidos, tomados á préstamo por pocos dias á la tierra. Síguese de aquí con la misma certeza, que hay para el hombre

inmaterial ó para el alma incorpórea del hombre, libre al fin de los sentidos, otro destino inmaterial que corresponde tambien á la naturaleza intelectual y moral de ese sér creado, llamado hombre en la tierra, é ignoro si con otro nombre divino en otro lugar.

Si esto no fuera asi, los tres grandes testimonios de Dios, la inteligencia, la conciencia y la evidencia interior, nos habrían engañado; es decir, que estos tres grandes testimonios subordinados por la verdad suprema, DIOS, habrian recibido del Supremo Hacedor el encargo de burlarse en su nombre de la inteligencia, de la evidencia, de la conciencia, de la verdad, de la fé y de la esperanza del hombre! ¡Absurdo ó blasfemia, que haría desprenderse las estrellas del firmamento.

Existe, pues, un mundo invisible, en donde el hombre, despues de haber terminado su destino material, continúa su destino intelectual y moral. Nada ha concluido cuando todo ha concluido; porque todo se eslabona y todo comienza de nuevo. El cielo, el limbo, el purgatorio, el infierno en todas las religiones, es el diverso nombre de las CONSECUENCIAS de la vida material, que volvemos á encontrar en la vida inmaterial desde este mundo, para purificarnos, castigarnos, ó recompensarnos en el otro.

Compadezco, sin acusarlos, á aquellos que no creen en el mundo invisible. En cuanto á mí, creó en él con fé mil veces mas robusta que en el mun-

do visible; porque creo mil veces mas en los ojos de la inteligencia que en los ojos de la carne. Podrán cegar mis sentidos, pero es imposible cegar mi evidencia interior. La evidencia es la mirada de Dios dentro de nosotros mismos.

V.

Resulta en fin, que todos los pueblos desde su origen han imaginado un mundo invisible, sobre natural y eterno, continuacion y complemento del mundo pasajero donde nos movemos. Resulta, que los poetas, esos órganos reputados divinos de la imaginacion del género humano, se han visto obligados á introducir en el poema épico, ese gran resumen cantado de dos mundos, un mundo invisible, al lado y mas allá del mundo visible, la materia y el espíritu, el hombre completo, héroe ó mártir sobre la tierra, semidios en los olimpos, ó supliciado en los infiernos.

Hé aquí porque lo sobrenatural, ó lo maravilloso, es una parte obligada del poema épico. Sin el mundo del espíritu sobrepuesto al mundo de la materia, la imaginacion ó la piedad del hombre no queda satisfecha. No le basta un mundo solo, necesita dos; y tiene razon, puesto que en uno se encierran dos. El poema que concluye en una tumba, concluye en un enigma; lo cual no satisface á la humanidad porque la deja sin desenlace.

VI.

He terminado con la metafísica; réstame ahora manifestaros, como era necesaria hasta para explicaros porque la Europa moderna no tiene ni puede tener un poema épico. Insisto. pues, de nuevo, y digo: la Europa moderna no puede tener un poema épico, porque lo tiene.

Y, ¿dónde se encuentra ese poema que la Europa lee sin saberlo hace muchos siglos y sin que sus poetas lo hayan advertido?

Está en la *Bíblia*, ó mejor dicho, es la misma *Bíblia*.

No comprendemos que Mr. de Chateaubriand, que ha escrito un bellissimo libro, en que abundan los sofismas acerca de las bellezas poéticas de la religion cristiana, se haya obstinado en suponer que el cristianismo ha dado á luz un sinnúmero de poemas llamados épicos, escritos unas veces en el género maravilloso de los cuentos árabes, como en el Tasso; otras en el género maravilloso mezcla del Evangelio y del olímpo, como en el Dante, y otras con lo maravilloso de las alegorías pálidas como en Voltaire, sin advertir que todos aquellos poemas no son verdaderas epopeyas nacionales del mundo cristiano, mientras que la *Bíblia* es la sola epopeya, y Moisés el único Homero de los siglos y de los pueblos que datan de la *Bíblia*.

En efecto, ¿cómo quereis que se encuentren entre los pueblos nacidos de la teogonía hebráica ó cristiana, poetas de fantástica inventiva que puedan competir con aquella poesía que se ha hecho dogma, y con aquel género maravilloso que se ha convertido en Fé? Esto es imposible.

¡Hé aquí un libro reputado tan antiguo como el mundo, escrito, segun los hebreos y los cristianos, bajo la inspiracion de *Aquel*, cuyas palabras son semejantes á los astros, y cuyas páginas son inmensas como los firmamentos! Este libro narra en versículos, cada uno de los cuales es un verso cuyo eco se repite en otro verso, los pensamientos de Dios; la creacion del mundo en seis grandes dias del obrero divino que acaso son semanas de siglos; el nacimiento del primer hombre, su aburrimiento solitario en el aislamiento de su ser, melancólico y taciturno porque le falta el amor: la aparicion nocturna de la mujer, que nace como un májico sueño del corazon del hombre; los amores de dos criaturas que se perfeccionan una por medio de la otra, en aquella primera pareja, cuyos hijos é hijas serán el género humano; su vida de delicias en un jardin casi celeste; su existencia pastoril deslizándose llena de encanto en los jardines del Edem; su libertad exenta todavía de pecado; la alegoría de la tentacion que los precipita á querer penetrar el secreto de la ciencia divina, secreto reservado al Creador é inherente á su divinidad; su falta, de indiscreta curiosidad en la mujer, y de amorosa condescendencia en el espo-

so; su abatimiento despues de haber pecado, primer grito de la conciencia que adquiere por sentimiento la revelacion del bien y del mal; su emplazamiento ante el tribunal divino; las disculpas del hombre que intenta hacer responsable del crimen á su cómplice; el silencio de la mujer que se confiesa culpable derramando las primeras lágrimas que se vertieron en el mundo; su destierro del Paraíso; su peregrinacion por la tierra que comienza á mostrárseles rebelde; el nacimiento, de sus hijos entre dolores; el trabajo bajo todas las formas decretado como castigo de la humanidad; la primera sangre del hombre vertida por la mano de un hermano; luego la multiplicacion de la raza maldita en su origen; las aguas del diluvio cubriendo la cima de las mas altas montañas; el arca donde se salva un justo, su familia y todos los animales inocentes; despues, la vida patriarcal, su familia con espíritus intermedios, llamados ángeles, espíritus de tal manera familiares que se confunden frecuentemente sobre la tierra con los hombres á quienes llevan mensajes de Dios; luego un pueblo escogido en la simiente de Abraham; episodios sencillos y patéticos como los de José, Tobías y Ruth; una dolorosa cautividad entre los egipcios; un libertador, legislador, revelador, profeta, poeta, historiador inspirado como Moisés; despues anales descriptivos de guerras, de conquistas, de política, de libertad, de esclavitud, de lágrimas y de sangre; luego profetas ya tribunos ya líricos, que gobiernan, con-

mueven y subyugan al pueblo con la autoridad de la inspiracion, con la majestad de las imágenes, con la energía del acento y con la divinidad de la palabra; despues, grandezas y decadencias que suben y bajan desde Salomon á Herodes; luego la sujecion á los romanos, y por último, un calvario donde un profeta mas sobrenatural, sube sobre el verdadero árbol de la ciencia, para proclamar la abolicion de la antigua ley y promulgar en favor del hombre, sin esceptuar ninguna tribu, sea judío ó pagano, una ley mas dulce sellada con su sangre.

Despues, otra tierra y otro cielo para el universo romano que se trasforma en Europa.

¿No es este un poema maravilloso, filosófico, y popular que llena todas las imaginaciones, de las que ya en vano trataría de apoderarse el poeta épico, que apareciere despues de él? ¿No está ya ocupado el sitio? Poema inmenso que comienza por una pastoral en un cielo terrestre, que se continúa en epitalamios como el cántico de los cánticos, en elegías como las de los salmos de David, en odas como los versículos de los profetas, en una tragedia, en el holocáusto de una víctima sin mancha sacrificada sobre el Gólgota, y en apotheosis en el cielo final de los espíritus!.... De manera que toda la humanidad naciente, abatida, doliente, suplicante, vacilante, viva, muerta y resucitada, se encuentra espresada y contenida en aquella epopeya de las razas hebreas; en la que el sacerdote y el poeta forman un solo hombre pa-

ra los pueblos de aquella teogonía, y que cuantas veces el pueblo asiste á la representacion de sus misterios en el templo, oye al pontífice recitar los anales de su historia, cantar sus himnos, conmemorar sus dramas, asistiendo así á su propia epopeya puesta en accion. ¿Qué puede hacer ya lo maravilloso de los poetas épicos en las comarcas donde se enseña á las generaciones que se renuevan, á aprender de memoria el contenido de aquel magnífico libro?

No motejemos, pues, á la Europa moderna, porque no tiene un poema épico. No es por culpa de su poesía, sino efecto de su Biblia que es mas poética y mas maravillosa que sus poemas. Nada hay en este hecho que manifieste decaimiento de su génio, ni esterilidad de su sávia; por el contrario, vemos en él un síntoma de esa sed de lo infinito y de lo maravilloso, que es un testimonio de la energía de imaginacion de los pueblos.

VII.

Sin embargo, convenimos con aquellos que señalan en nuestros dias cierta esterilidad momentánea en el génio literario de la Europa moderna, que efectivamente su génio no decrece precisamente, sino que descansa despues de una produccion harto enérgica de hombres y de obras, desde la muerte de Goethe, de Schiller y de Klops-

tok en Alemania, y desde la de Byron, Walter Scott, Fox, Pitt, Canning Sheridan, y Peel en Inglaterra. Aquellos poetas, aquellos oradores, aquellos hombres de Estado, si bien han sido reemplazados sobre la triple escena por hombres que sostienen la gloria del nombre de su patria, parece que agotaron á principios de este siglo, y por algun tiempo, la prodigiosa fecundidad del espíritu humano. Hay estaciones para los grandes fenómenos de vejetacion intelectual lo mismo que para las plantas. Cuando se dirige una mirada sobre los estados de la Europa moderna, en estos momentos, no puede uno menos de preguntarse, ¿dónde están los hombres que conocieron nuestros padres, y que nosotros vimos en nuestra juventud? ¿Dónde están aquellos nombres que nos admiraron como poetas y como oradores elocuentes, y que llenaron la tribuna y los consejos del pueblo y de los reyes? ¿Quién levanta, hoy en dia, su talla de un codo sobre la talla ordinaria, en Rusia, en Prusia (escepto Humboldt, que vive todavía) en Alemania y en Inglaterra? ¿Quién duda que existe un gran vacío, no en las masas, pero sí en las inteligencias superiores? ¿No podría decirse, que todas las estrellas de primer orden de Europa se han eclipsado de improviso, siendo reemplazadas por débiles reflejos de su esplendor nacional?

En vano la adulacion ó la benevolencia responderán que nó; la imparcialidad dice, que sí. Cuando se estiende una mirada por Europa, se ven

grandes pueblos, en sí, pero no se vé ningun hombre de talla desmesurada aparecer en la cumbre de las instituciones ó de la literatura. Hago escepcion de las naciones donde, como en España, Italia, Portugal, el Brasil, y las Américas los sacudimientos de las revoluciones y los esfuerzos por conquistar la independendencia ó la libertad, reaniman las fuerzas intelectuales adormecidas y robustecen esa vitalidad que comienza por el heroismo y termina por la poesía.

Estos paises nacen ó renacen. Allí la naturaleza estimulada por el patriotismo reconcentra su vigor para producir, en primer lugar ciudadanos y despues hombres de Estado, oradores y poetas. Esperamos ver muy luego en esos paises, prodigios de inteligencia aplicada á las letras. Las grandes obras producen por sí mismas los instrumentos de la labor.

VIII.

Pero ¿es cierto que en Francia el nivel del espíritu humano político, científico, poético, oratorio y literario haya descendido durante la primera mitad del siglo actual? ¿Puede afirmarse que tengamos en ella falta de hombres, escasez de género, debilidad de fuerza elástica y descenso de nivel? ¿Debemos creer que tenga fundamento el empeño de esos detractores retrospectivos de la in-

teligencia francesa, en convencernos de una decadencia que solo existe en su estrecho pensamiento? ¿Será verdad que los tiempos de las grandes cosas, de los grandes génios y de las grandes palabras hayan concluido para nosotros y para nuestros descendientes, y que solo nos quede la resignacion en la esterilidad y el dolor de hundir, como los profetas de desdichas, la frente en el polvo de nuestros padres?

IX.

No somos optimistas ni pesimistas por temperamento, ni estamos envanecidos con el lugar que ocupamos en el corto período de tiempo, que nuestra nacion y nosotros hemos de vivir, ni miramos con desden la porcion de tiempo que nuestros padres de todas las épocas han vivido antes que nosotros. No concemos esa vanidad colectiva, la mas vana de todas las vanidades, que se llama la vanidad nacional. Tan cierto es esto, cuanto que se nos ha acusado algunas veces y con justicia, de no tener una gran dosis de ese patriotismo de mapamundi, que se detiene en las fronteras, y de tener demasiada inclinacion por ese otro patriotismo, universal ó cosmopolita, que se honra y satisface mucho mas de haber nacido hombre por la voluntad de Dios, que francés por efecto de la casualidad.

Homo sum! hé aquí mi pátria. Lo hemos dicho en tiempos en que una política mezquina quería escitarnos contra la Alemania y amotinarnos contra la Inglaterra; lo digimos en unos versos que fueron desaprobados y de los cuales no renegamos.

El hombre que escribió aquellos versos no puede ser sospechoso de parcialidad francesa. Pero nuestro nombre de francés del siglo diez y nueve, no debe impedirnos hacer justicia á nuestra pátria y á nuestro tiempo. ¡Pues bien! lo digo con esa conviccion que no se alimenta esclusivamente de patriotismo y de ilusiones; en tanto que la literatura magna y la espresion del espíritu humano por la palabra, decae hace algunos años en Europa, se remonta y se vigoriza en Francia.

Para probar esta afirmacion, menester es examinar el carácter de la literatura francesa desde sus primeros balbuceos hasta nuestros dias.

X.

Ante todo, debemos repetirlo en este lugar: tal pueblo, tal libro y tal carácter de literatura, son pura y simplemente el carácter de la nacion. Luego, ¿qué es la Francia, preguntamos?

La Francia, geográfica y moralmente considerada, es un país de fusion y de contrastes en la unidad. Despues de haber sido, durante un largo período de tiempo, la Gália semi-bárbara

dominada por los Druidas, casta sanguinaria de la cual un errado sistema histórico quiere hacer una academia de platónicos; despues de haber succumbido á los romanos, las oleadas de las razas orientales y de las emigraciones del norte la inundan y le inoculan una sangre mas pura y mas refinada que la sangre gala. Los Francos, esos cruzados de la conquista bárbara, se apoderan de ella y le dan su nombre; los Bretones y los Normandos se establecen en sus costas del norte, los Lombardos y los germanos inundan las orillas del Rhin y del Saona; los Godos se extienden sobre las vertientes de los Pirineos franceses; los Ligurios y los Griegos se establecen en sus Provenzas; y hasta los sarracenos penetran en el corazon del país, y dejan al retroceder hácia España, colonias, costumbres idiomas é imagina-ciones orientales. El galo propiamente dicho desaparece en el flujo sucedido de aquellas invasiones, ó se mantiene entre las agrupaciones de pueblo enteramente servil é iliterato, que se refugiaron en las montañas, verdadero corazon de su geografía. La Gália desapareció bajo la Francia, y la Francia misma solo es ya una confusa mezcla de razas, de sangre, de lenguas, de costumbres, de legislaciones y de cultos que constituyen toda su diversidad en su lenta y laboriosa unidad. Asistimos, por decirlo así, á ese incesante trabajo de los siglos del mar que lanza aluviones de arena y de conchas sobre las costas, y que solidifica esa arena, convertida en

granito por el pulimento.



XI.

Vamos á detenernos un instante sobre el carácter dominante de la literatura del siglo de Luis XIV. Su carácter distintivo, y que mas contribuye á marcar su originalidad, es, á juicio nuestro, el religioso, ó, por mejor decir el SACERDOTAL. De la iglesia nace la inspiracion; el sacerdote aparece como el pontífice de las letras. Escepto Corneill, Racine, la Fontaine, Pascal, Nicolle, Boileau y Saint-Simon, casi todos los grandes fundadores del estilo, son publicistas ú oradores salidos del santuario; y cuenta que Racine, Pascal, Nicolle, Boileau y hasta el mismo Saint-Simon, eran como levitas afiliados á la secta eclesiástica y ascética de *Port-Royal*, especie de soledad sagrada, donde las inteligencias se abstraían en la meditacion y en la fé. Aquel carácter sacerdotal que saturaba la literatura grave propia de aquel siglo, debió crear un género de estilo apropiado al cristianismo, soberanamente original y sin ejemplo en ninguna de las literaturas antiguas.

Nos referimos á la literatura eclesiástica, es decir, el sermon, la Homilia y la oracion fúnebre. En esta última es donde se apercibe por primera vez la union de la elocuencia profana, del púlpito y de la academia, del pontífice y del literato. El sacerdote á beneficio de su privilegio para hablar en la iglesia y sobre las tumbas, debía ser el inventor de ese género de elocuencia, que, no vacilamos en decir, oscila entre el cielo y la tierra. Este doble aspecto del sacerdote orador, fué una novedad que hemos señalado en otro lugar y en estos términos.

Bossuet es el personaje culminante en ella.

Este hombre, decíamos, fué formado para el sacerdocio, el pontificado, el altar, el átrio, el púlpito, los hábitos talares y la tiara. Cualquiera otro lugar, cualquiera otra funcion, cualquier otro traje eran cosas ajenas á su naturaleza. La imaginacion no puede representarse á Bossuet en el traje laical. Nació pontífice. La naturaleza y la profesion se encuentran tan indisolublemente ligadas y confundidas en él, que ni con el pensamiento pueden separarse. No es un hombre, es un oráculo.

XII.

No nos proponemos enaltecer ni denigrar en esta ocasion el sacerdocio. Solo queremos hablar

del clérigo en calidad de literato. La teología como la conciencia es del dominio privado de cada comunión. Haremos caso omiso de ella; pero dejando aparte la teología del sacerdote, y no considerando en este lugar la profesión sacerdotal, sino en sus relaciones con el mundo. Debemos reconocer, sin embargo, las superioridades morales y los privilegios inherentes á esta profesión, para el hombre virtuoso y de génio que se consagra á ella.

Desde luego, es notorio que se juzga siempre favorablemente de la piedad, de la fuerza y de la virtud del sacerdote. La santidad del santuario, precede en alguna manera el lugar santo. Esta preocupacion no es del todo imaginaria. Conocemos las debilidades, el vicio, la ambicion, el orgullo y la hipocresía de estado, cubiertas de paño burdo ó de lino; el mismo Evangelio levanta la losa de los *sepulcros blanqueados por fuera*, á fin de desacreditar las apariencias de santidad. No, el vestido no hace al monje. Encuéntranse vicios en los sacerdotes, vicios que son mas diformes que en las otras condiciones, porque contrastan mas con la santidad de Dios y con la pureza de la moral.

Pero aun no concediendo en este punto ningun privilegio á los sacerdotes, no podemos negar que existe en el carácter sacerdotal una autoridad de prestigio sobre el comun de los hombres.

Ellos son los que hablan desde la tribuna á las almas; ellos los oradores de la moral, y para ellos

el púlpito es un trono. Trono que para el sacerdote de génio, se levanta por encima del de los reyes, puesto que desde él reina sobre el mundo de las conciencias. El lugar mas alto en que se puede subir un mortal sobre la tierra es indisputablemente la cátedra sagrada. Si este mortal es Bossuet, es decir, si reúne en su persona la convicción que dá firmeza, la pureza de las costumbres que preconiza el Verbo, el celo que hace prosélitos, la autoridad que impone, la fama que predispone, el pontificado que consagra la ancianidad, que es la santidad del rostro; el génio, que es la divinidad de la palabra; la idea madurada, que es la conquista de la inteligencia; la explosion repentina, que es el asalto de aquella; la poesía, que es la verdad resplandeciente; la sonoridad de la voz, que es el timbre de los pensamientos; los cabellos blancos, la palidez conmovida, la mirada penetrante, la cordialidad en los lábios, los gestos, en fin, que son las actitudes visibles del alma; si este hombre sale lentamente de su recogimiento como si saliera de un santuario interior; si poco á poco se deja arrebatarse por la inspiracion, como el águila entumecida al comenzar el vuelo, que se agita cual si le faltara bastante aire para estender las alas y remontarse mas alta que las nubes; si al cabo toma aliento y se remonta, si se desprende del suelo, si llena sus pulmones del soplo del Espíritu Divino, y si derrama desde la altura desmedida la inspiracion inagotable, ó sea lo que se llama la palabra de Dios,

sobre su auditorio, este hombre deja de ser un hombre, es una voz.

Pero ¡que voz ...! Una voz que jamás se enronqueció, se agrió, se irritó ni se profanó en nuestras luchas mundanas y movidas por los intereses del siglo; una voz que como la del trueno en las nubes, ó la del órgano en las basílicas, fué siempre un órgano poderoso de persuasión divina para nuestras almas! Una voz que el auditorio escucha arrodillado, que se oyó con silencioso recogimiento, y á la que no se responde sino con lágrimas en los ojos ó con la frente inclinada, mudos aplausos del alma; una voz que no se refuta ni contradice nunca, aun cuando nos asombre ó nos hiera, una voz, en fin, que no habla en nombre de la opinion, cosa fugitiva; ni en el de la filosofía, cosa discutible; ni en el de la patria, cosa local; ni en el de la soberanía del príncipe, cosa temporal; ni en el del mismo orador, cosa transformada, sino en nombre de Dios, autoridad de language con la que nada se iguala sobre la tierra, y contra la cual la menor murmuración es una impiedad, y la menor protesta una blasfemia!

¡Hé aquí la tribuna del sacerdocio! ¡hé aquí el trípode del profeta, el púlpito del orador sagrado! Solo á Bossuet se quiere ver allí. Su historia es la historia de esta elocuencia. El hombre fué digno de su tribuna: las otras elocuencias no se remontan á esa altura. Los nombres que la representan permanecen grandes; pero Bossuet

que los iguala por el génio, los separa por el alcance de la tribuna. Ellos hablan de la tierra, él habló de la nube. Ciceron no es mas culto ni mas abundante; Demóstenes no es mas violento ni mas persuasivo; Chatam no tiene mas poesía oratoria; Mirabeau no tiene mejor estilo; Vergniaud no emplea mejores imágenes. Todos tienen menos elocuencia, magestad y estension en la palabra. Son oradores humanos; Bossuet es el orador divino. Para comprenderlo es necesario ponerse á su nivel, remontarse hasta el cielo.

Nació, vivió y murió en el templo. Su existencia fué un discurso. El literato se eclipsa en él ante el sacerdote. Fué el primero que supo elevar la oracion fúnebre al nivel de los profetas. Su lengua contrariada hasta entonces por el pensamiento y atropellada por la precipitacion que no le dejaba tiempo para limar su estilo, adquirió entonces la estension de la de Ciceron.

La muerte del principe de Condé le suministró el mas magnífico de sus textos. Fué la última y la mas sublime de sus oraciones fúnebres. Parece que á medida que se acercaba al sepulcro, su génio se impregnaba de la solemnidad de la tumba. La muerte del príncipe de Condé su protector y admirador el mas constante, le decía que ninguna celebridad resiste á la muerte.

Aquellas dos grandes glorias del siglo, la una guerrera y la otra literaria y religiosa, se atraían recíprocamente. Bossuet oyó el aviso en su corazon y lo repercutió en su voz. La perora-

cion de aquel discurso es la cumbre de la elocuencia moderna. Los antiguos no tuvieron acentos semejantes.

XIII.

La lengua francesa adquirió en sus lábios un acento que perdió con él; no obstante, aun se conserva un cierto eco en la voz de los grandes oradores sagrados que le suceden sin igualarle. No se alza en vano el diapason de la elocuencia de un pueblo. La voz se apaga, el orador pasa, pero el diapason permanece. El instrumento sobrevive al artista soberano que lo tocó; y cuando nace otro artista encuentra el instrumento templado. Esto es lo que aconteció en Francia con respecto á la elocuencia del púlpito, verdadera literatura sacerdotal.

XIV.

En el púlpito principalmente nació en tiempos de Luis XIV ese delicado gusto por la literatura elevada. No se ha estudiado lo bastante la influencia de esa institucion sobre el espíritu literario de un pueblo. Es la sola elocuencia al alcance de las masas en los gobiernos que no tie-

nen el foro ó la tribuna popular. El [púlpito engrandece al auditorio á la vez que al orador.

Reunir todas las clases del pueblo á una hora dada en el templo lleno de antemano de la magestad del asunto que se vá á esponer bajo sus bóvedas; dejarse arrebatado por la inspiracion ya polémica, ya lírica y frecuentemente extática de la sublimidad de los pensamientos; hablar sin intervencion y sin contradiccion de las cosas mas augustas, mas intelectuales y mas santas delante de una muchedumbre silenciosa que no vé al hombre en el orador, sino la palabra incarnada; llevar, segun su agrado, á este auditorio desde la tierra al cielo y desde el cielo á la tierra; considerarse uno á sí mismo en esta tribuna elevado por encima de aquellos miles de cabezas inclinadas como un intermediario transfigurado entre lo finito y lo infinito; formular dogmas, sondear misterios, promulgar leyes á las conciencias, tener el corazon del hombre entre las manos para infundirle los terrores, las esperanzas, las angustias, los enagenamientos de un mundo sobrenatural; abandonar el púlpito radiante con el rayo ó la misericordia divina que han servido para escitar los terrores ó las lágrimas de todo un pueblo ¿no es motivo bastante para transportar á un orador sagrado mas allá de sus facultades naturales, y desde ese *mens divini*, esa divinidad de la poesía y de la elocuencia que es el último escalon del génio humano? ¿No es motivo suficiente para imprimir á la lengua una gran-

deza, divinidad, fuerza y sublimidad de tonos y de imágenes que sobrepuja mil veces todo cuanto las otras tribunas entrañan en grandeza, sublimidad y elevacion? Lo que realmente nos admira es que en las mismas condiciones de lugar, horas, auditorio, libertad y autoridad sobrehumana no aparezcan tantos Bossuet cuantos oradores suben al púlpito. Ni Sócrates, ni Platon, ni Confucio, ni Demóstenes. ni Ciceron hablaron al pueblo reunido desde tanta altura.

Verdad es que el pueblo de las antiguas civilizaciones no tenía semejantes tribunas. Esta sagrada tribuna del sacerdocio moderno fué realmente en aquella época, sin saberlo, la mas poderosa institucion literaria que pudo iniciar al pueblo iliterato en la aficion y hasta en el criterio de las letras. Estaba escrito que esas muchedumbres convocadas en los templos al pié de aquellas tribunas adquiriesen la costumbre del discernimiento de las cosas de la inteligencia; que un orador les pareciese mejor que otro; que un language le cause hastío y otro despertase sus simpatías; que discutiesen al salir del templo las impresiones que habían recibido, que su inteligencia y su oido se acostumbrasen insensiblemente al estilo, á las ideas y al arte de aquellas arengas sagradas, y que habiendo entrado sin letras en aquellos *pórticos* de la filosofía de los predicadores cristianos, no saliesen de ellos iliteratas. Luego la primer literatura del pueblo en Francia ¿fué la predicacion? Su segunda lite-

ratura fué su teatro; porque el pueblo leé poco, pero escucha. Estas fueron sus dos escuelas de lengua y de literatura. La invencion de los periódicos debía abrirle mucho tiempo despues la tercera. Examinaremos muy luego los efectos de esta literatura cotidiana y usual, grande *amonedamiento* del pensamiento; fenómeno que transformará insensiblemente al mundo.

Creíamos poder terminar este primer ensayo sobre el carácter de la literatura francesa en las dos precedentes conferencias, pero el movimiento y la riqueza del siglo de Luis XIV nos han arrastrado mas allá de los límites que nos habíamos fijado. Nos falta el espacio, pero lo tomaremos en la próxima conferencia, y diremos porqué no desesperamos de una literatura que nos anuncia tantas obras maëstras para el porvenir cuantas tiene en el pasado.

NOVENA CONFERENCIA.

I.

Un suceso mucho mas importante que todos cuantos habían influido, desde el origen de la nacion francesa, en su lengua, iba á dar lugar á que su literatura produjera en el mundo una explosion, comparable solo á la de la lengua griega cuando difundió los primeros rumores del cristianismo desde Constantinopla á todo el litoral del Asia y del Africa; aquel suceso fué la revolucion francesa, literatura en un principio, filosofia despues, política mas tarde, derrumbamiento y conquista alternativamente, estremecimiento inmenso, universal; el mayor estrépito de los tiempos europeos.

Ignoramos el por qué, ó por mejor decir, harto sabemos porque se esfuerzan las gentes en empe-

queñecer las causas de aquella revolucion; acaso sea por empequeñecer sus consecuencias. Nadie menos que nosotros, por mas que se haya dicho, ha confundido en la revolucion francesa el error y la verdad, el esceso y la templanza, la justicia y la iniquidad, el herbismo y el terrorismo; nadie ha hecho una separacion mas severa entre la sangre y la verdad, entre las víctimas y los verdugos; pero tampoco nadie ha disfrazado menos el poder de la impulsión y la grandeza del objeto que la idea francesa (puesto que se llama así) entrañaba en sí misma, al comenzar, proseguir, y ¡desgraciadamente! al no terminar su generoso intento de renovacion del mundo intelectual, moral y político.

Un publicista grave, cuya penetracion y facultad analítica en la autopsia de las naciones, hemos sido de los primeros en confesar, Mr. de Torqueville, ha incurrido, así nos parece, en este error de juicio, segun se manifiesta en el excelente libro que acaba de publicar, en el cual se ocupa del antiguo régimen y de la revolucion. Supone con demasiada insistencia que la revolucion francesa no fué una reforma de abusos, sacada de quicio y arrastrada mas allá de su objeto por una fuerza de impulsión desatentada, y por las pasiones soliviantadas en su curso por el tumulto de la reforma.

No podemos explicarnos el como un hombre de tanto talento y de reconocida esactitud en sus juicios y apreciaciones ha podido desconocer el

carácter, las causas y el alcance del mayor de los acontecimientos de la historia moderna.

No, la revolucion francesa no fué un accidente; solo quien la desconozca ó trate de reducir sus proporciones puede llamar casualidad ó desgracia lo que fué reflexion y fuerza de voluntad en ella. No hay que buscar su principio generador en una série de casualidades, sino en una idea; esta idea rápida y universal como todos los movimientos intelectuales en un país donde la accion sigue inmediatamente á la concepcion, habíase desarrollado desde luego en su literatura. Este país es tan intelectual que sus escritores lo gobiernan mas bien que sus ministros. Sus reyes gravan su busto en la moneda, pero sus publicistas imprimen el carácter de su inteligencia á los reinados. En la monarquía francesa existe una república, la república del pensamiento. La Francia considerada con exactitud, es el gobierno de las letras. Esta es la razon porque no debe dudarse jamás en ella, del triunfo de la libertad. Las bayonetas, en este país, son inteligentes, segun se dice, y los ejércitos obedecen, de bueno ó mal grado, mas bien á la inteligencia que á la mano.

II.

No nos remontemos, con peligro de estraviar-

nos, mas allá de un siglo para investigar las causas de la revolucion. Unos la suponen en la reforma protestante, otros en la destruccion del régimen feudal por Richelieu, estos en los parlamentos, aquellos en la clase media. Admitamos todas estas causas secundarias sin darles demasiado crédito.

La reforma protestante, á juicio nuestro, solo fué un movimiento interno de la edad media contra sí misma, movimiento que solo entrañaba una sublevacion, falta de luces y escasa de libertad.

El espíritu de los parlamentos no fué otra cosa sino un espíritu de cuerpo que limitaba su independencia á sí mismo.

La destruccion de la feudalidad por los reyes, solo fué una concentracion ambiciosa y sangrienta de la monarquía contra los vasallos demasiado poderosos para la corona.

La clase media solo fué un crecimiento natural que dió cabeza al pueblo cuando el cuerpo estuvo formado; llevaba en sí el trabajo, el bienestar, el comercio, las industrias, cosas todas materiales; pero no llevaba todavía la idea.

' Y la revolucion era una idea.

¿Cuál fué esa idea? Se la vé crecer bajo la pluma de los publicistas y desarrollarse en los libros con la literatura hasta en la antecámara del mas antirevolucionario entre los reyes, de Luis XIV. Esta idea es la revision una por una de todas las instituciones de la edad media, y la

reconstruccion del espíritu humano bajo un plan nuevo y razonado. En la edad media la razon general era eclesiástica, quería hacerse láica y aspiraba, valiéndonos de una frase de los juristas, *á la grande secularizacion del espíritu humano.*

Quería pesar mas bien sobre el espíritu humano que sobre las instituciones civiles de Francia. No era el francés su objeto principal, sino el hombre.

Así es que conceptuamos erróneo el buscar hoy las causas de aquella revolucion en este ó aquel abuso, en este ó aquel vicio de constitucion, de administracion, de repartimiento de impuestos, de lujo de la corte, de ruines emulaciones entre el clero, la nobleza, los parlamentos, el tercer estado y el pueblo pidiendo á la monarquía algunas reformas administrativas ó algunas satisfacciones de vanidades recíprocas, por medio de las cuales todo aquel grande estremecimiento de las inteligencias y de las almas se hubiera llamado como irritabilidad de niño que rompe un juguete para que le den otro....!

Era necesario indudablemente que para cointeresar al pueblo y á todas las clases que le son superiores en este movimiento interior, los tiempos y los vicios del gobierno estimulasen esa necesidad de reformas puramente materiales que fueron el pretesto y no la causa de la revolucion; los apetitos materiales son el estímulo de las masas que se ponen al servicio de las grandes ideas.

sin comprenderlas, las cuales, segun el dicho de Mirabeau, cambiarían su libertad por un pedazo de pan.

Era necesario tambien que el fanatismo de algunos beneficios inmediatos, materiales y palpables exaltase el egoismo entusiasta de cada una de las clases, incluso las privilegiadas que iban á conspirar para su propia ruina creyendo que conspiraban por su propio beneficio; que el clero inferior se amotinase contra la opulencia y la tiranía de sus pontífices; que la nobleza militar de las provincias se indignase contra los favoritos de la corte; que estos se sublevasen contra la arbitrariedad del favoritismo real; que el parlamento se constituyese con la esperanza de convertirse en cuerpo representativo soberano, rival de la dignidad real; que la clase media se revelase contra aquellas ambiciosas pretensiones de los parlamentos, y que en fin, el pueblo del campo se insurreccionase contra el orgullo de los ennoblecidos y de la clase media. En esta masa y en concurso de todas estas mezquinas satisfacciones materiales debía reclutarse para la accion política simultánea y colectiva aquella inmensa fuerza motriz capaz de remover hasta en sus fundamentos la edad media y de hacer lugar á la edad intelectual. Los instrumentos eran hombres, debía ofrecérseles la perspectiva de un salario humano; pero la revolucion no era nada de esto, no era cuerpo, era idea; no era interés, era abnegacion; no era civil, era moral. Aunque se hubiera dado

por medio de esa multitud de pequeñas reformas una satisfaccion á cada uno de aquellos mezquinos intereses puramente civiles ó administrativos de Francia, no se hubiera aplacado la conmocion del espíritu moderno al cual la literatura y la filosofía francesa habían aplicado la mecha. Pues qué ¿tratábase únicamente de la Francia? Ciertó que el cráter del volcan se había abierto en ella; pero las llamas reverberaban sobre la Europa, y la lava corría por todo el universo.

III.

Si la revolucion, segun se dice, hubiera reconocido por causa principal y por fin legítimo un interés esclusivamente francés, ¿cómo se explicaría ese interés apasionado y personal, por decirlo así, que inspiraron sus primeros síntomas en toda la Europa hasta Constantinopla y hasta en las Indias orientales? Poco nos importaría hoy dia á nosotros que la Rusia modificara las condiciones civiles entre su nobleza, su clase media y sus siervos; que Inglaterra estrechara ó aflojara los lazos civiles que la unen á Irlanda, la India y sus colonias; que Austria modificara sus relaciones interiores con los estados fedrativos de Hungría ó de Bohémia; que la Suiza ó los Estados-Unidos diesen mas ó menos importancia al elemento aristocrático helvético, ó al demo-

crático americano en su respectiva república. ¿Qué importaba, pues, á Europa que la córte, el clero, la nobleza y el pueblo se diesen en Francia tal ó cual condicion de igualdad, tal ó cual superioridad recíproca que en nada afectaba los intereses personales ó materiales de los diversos estados del continente? Los pequeños intereses puramente locales, materiales ó nacionales no hubieran salvado las fronteras de Francia. Los intereses no las salvan, cierto, pero el espíritu pasa por encima de los rios y de las montañas. El espíritu de la revolucion francesa había franqueado esas barreras artificiales por medio de sus libros mucho antes de que la misma revolucion sospechase en Francia que llevaba con su lengua y en su mano una renovacion completa de ideas. Bástame como prueba de aquella *inmaterialidad* de la revolucion en su comienzo lo siguiente: el dia que dió señal de vida en Francia, dejó de ser exclusivamente francesa, hízose europea y hasta universal; toda la Europa atenta, jadeante y apasionada se trasladó á París; todas las grandes inteligencias de todas las naciones estrangeras Fox, Burke, el mismo Pitt en Inglaterra; Klopstok, Schiller, Goethe en Alemania; Monti, Alfieri en Italia, la saludaron en sus discursos, en sus poemas ó en sus himnos como la aurora, no de un dia francés, sino de un dia nuevo y universal que iba á alumbrar al mundo y á disipar las tinieblas condensadas desde tantos siglos de barbarie sobre el espíritu humano. ¿Pues qué, esos escritores,

esos oráculos, esos filósofos y esos poetas extraños á nuestros míseros debates de córte, nobleza, clero, parlamento, clase media ó pueblo, se habrían estremecido en sus tribunas ó sobre sus trípodes con entusiasmo verdaderamente europeo y fatídico al solo anuncio de tal ó cual raquílica reforma introducida en los abusos fiscales ó administrativos de Francia? Nó, se estremecieron, participaron del vértigo universal, manifestacion de la esperanza de una nueva era, cuyo crepúsculo aparecía de improviso sobre el horizonte de Francia.

En fin, no aprobamos que tan grandes efectos se hagan nacer de causas tan pequeñas: siempre será un error, cuando no sea una paradoja. Cuando veis una marea viva cubrir el acantilado y sobreponerse á los diques del océano en el equinoccio de otoño, podeis estar seguros que no es debido á la travesura de un niño que arrojó una piedra en el mar en la costa opuesta del Atlántico, sino á un gran viento ó á un grande astro que gravita con su invisible peso sobre el elemento cuyas convulsiones apercibió sin comprenderlas.

La mejor prueba de que la revolucion fué mas bien una esplosion de ideas que una reforma administrativa, fiscal ó política, nos la suministra el hecho de no haber pensado en su comienzo, en repudiar la dinastía ó la monarquía. El rodaje político no la preocupaba mucho, acaso lo miraba como un precioso don, como una costumbre de los pueblos en tanto que no embarazara el mecanis-

mo que daba las horas de la renovacion de las ideas por medio de la libertad de los espíritus.

IV.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que esta revolucion para cuyo éxito la Francia venía formando desde dos siglos atrás su lengua clara, enérgica oratoria y fácil en la polémica, se concentró de un golpe con todas sus ideas y sus nobles pasiones intelectuales en la asamblea constituyente, asamblea la mas literaria que jamás haya existido, verdadero concilio ecuménico de la razon humana en aquel momento histórico.

El clero en el púlpito, la nobleza en sus estados provinciales, el parlamento en sus sesiones, la clase media en sus escritorios y la literatura en sus academias le habían formado hombres selectos, inteligencias escogidas por el espíritu del siglo. Todos aquellos talentos superiores fueron elegidos, puede decirse, por aclamacion. Los hombres eran dignos del papel que iban á representar en aquel gran drama; la causa era digna de ellos.

En aquel dia todos los géneros de literatura cesaron y se transformaron en filosofía, legislacion y política. La Europa se impuso silencio para prestar oido á aquellos representantes de un siglo nuevo al cual sucesos inesperados habían

concedido la palabra, no para defender los intereses de la Francia, insistimos en ello, sino para defender los del espíritu humano.

El génio literario y orador francés, correspondió á lo que el mundo esperaba de él. La asamblea constituyente fué á manera de un nuevo Sinaí de los pueblos; el acento de Mirabeau fué su voz y el universo entero su auditorio. Nuestra lengua difundió nuestra filosofía política por Europa, todos los oídos oyeron, todos los labios la repitieron. Cada una de las verdades proclamadas ó decretadas fué un trozo del habla francesa. El decálogo de la razón moderna y de la libertad se escribió en francés; de esta manera nuestra lengua se hizo monumental, su talento que se trasformaba en vehículo de elocuencia, de legislación y de filosofía para todos los pueblos. En los discursos de la asamblea adquirió una elevación, una solemnidad, una autoridad y un acento que sobrepusió todo cuanto conocemos de las discusiones antiguas de Atenas y de Roma. Demóstenes y Cicerón hablaban solo para aquellos pueblos de sus propios negocios ó de su nación; nosotros hablabamos para toda la humanidad; nuestros negocios eran los de la razón general, nuestra causa la del hombre y del espíritu humano. La elocuencia razonada no podía alcanzar mayor altura. El mundo entero se hizo eco para escucharla. Este fué el punto culminante de nuestra literatura. El verbo, sirviéndonos de una expresión sagrada, se hizo pueblo, y este pueblo fué la Francia.

V.

Despues de tales esplosiones de la razon y del génio, los espíritus decaen, se postran. Un pueblo no puede vivir sobre el trípode mas tiempo del que vive un poeta. La asamblea legislativa de la cual los oradores de la constituyente se esclayeron á sí mismos, hizo descender cien codos el nivel de la literatura y de la política. Una nacion no tiene dos cabezas, una vez decapitada solo le queda el tronco. La medianía, la envidia, la palabrería, la emulacion de los afanosos de popularidad reemplazaron á la majestad grandiosa de los oradores políticos y los filósofos. La literatura se eclipsó entre el polvo y el viento de la mezquindad de las facciones. La Francia, ayer tan grande por sus ideas, su corazon y su lengua, ya solo fué la sombra de sí misma.

Esto acontece siempre con las asambleas que vienen en pos de la primera asamblea producto de una grande revolucion. ¿Por qué? porque el entusiasmo es quien nombra la primera y el desaliento el que elige la segunda. Existe en todo lo humano, y sobre todo en las revoluciones, mucha parte de ilusion y no pocas descepciones inevitables. El entusiasmo es ardiente, en los primeros momentos, en el alma del pueblo; las ilusiones animan los primeros oradores que salen

del seno de las masas, y lo elevan un instante sobre sí mismo. Esa es la hora de la inspiracion. La nacion aparece mas grande que la naturaleza, los obstáculos se desvanecen, solo se vé el objeto, solo se proclaman principios, principios verdaderos y divinos como las teorías. En semejantes horas no se anda por el suelo, se pisan las nubes. Este es el magnífico destino de las asambleas constituyentes.

VI.

Las asambleas legislativas son la espresion de esa parte de desencanto, de reaccion, de indiferencia, de dificultades y desaliento que se apodera de los pueblos impacientes y movibles como el nuestro al siguiente dia de las grandes emociones nacionales. Ya no es el mismo pueblo de la víspera; exajeracion ó desfallecimiento es el nombre de las segundas asambleas. ¿Por qué? Porque las primeras se eligen con entusiasmo y las segundas con prevencion ó en ódio de la revolucion consumada.

Esto aconteció en 1791 y en 1849; esto es lo que acontecerá siempre. La asamblea constituyente de 1848 no había recibido del tiempo y de la Providencia, la necesidad, el deber de iniciar y promulgar los principios que tuvo que iniciar y promulgar la de 1790; no obstante, tenía el mis-

mo valor, patriotismo, razon suprema y virtud pública y mostró muchas veces la misma elocuencia. Fué la mas irreprochable. la mas honrada, la mas imparcial y la mas dispuesta á sacrificarse entre todas nuestras asambleas nacionales. Su mision era salvar la Francia constituyendo una democracia sin crímenes. Tenía cumplida la mitad de su mision, cuando abdicó antes de tiempo, y cometió la generosa falta de retirarse en presencia de nuevas elecciones.

La asamblea legislativa de 1849, elegida segun ya lo hemos manifestado, en exageracion ó en odio de la democracia causó la pérdida de la república. La paródia de la *Montaña*, volcan sin llamas y sin lava, solo dejó oir los ruidos huecos de un terremoto bajo un suelo que no quería temblar. Remedó los gestos del terror, sin tener ni la cólera en el corazon ni su terrible espada en la mano. Aquel pséudo terror de palabras, plagio pueril de la convencion, á nadie intimidó y sirvió de pretesto á los enemigos de la democracia constituida; pusieronse al frente de la sociedad inquieta y alarmada, y le señalaron con el dedo aquellos falsos terroristas, como los Espartanos mostraban á sus hijos los ilotas embriagados á fin de disgustarlos de la embriaguez. La sociedad tiene tal instinto de orden y de conservacion, que basta acercarla al borde de la anarquía para hacerla retroceder hácia el despotismo. El que se ahoga se agarra á un hierro ardiendo; una sociedad que tiene miedo de ser saqueada y pasada á cuchillo, se ase

á la hoja de una espada ó á la punta de las bayonetas. Todo, hasta la fuerza brutal le parece buena á una nacion despavorida y aterrada.

Tres ó cuatro soñadores, ébrios de utopías antisociales hicieron llegar á su colmo el espanto de los espíritu débiles, proclamando axiomas contra la propiedad en un país donde la propiedad es la religion del suelo. Unos propusieron á los hombres el comunismo de las bestias; otros el aumento del salario por la supresion del capital de donde el salario emana; otros la igualdad obligada del salario, entre el que trabaja y el que no hace nada, y otros en fin, la supresion de la moneda, invento casi divino de la civilizacion, lengua universal del comercio y retroceso á la barbarie del cambio en especies bajo el nombre de Banco del pueblo. Estos delirios realmente individuales de algunos sectarios sin clientela, aparecieron como partidos amenazadores, siendo solo juegos de imaginaciones desprovistas de ideas, puerilidades ó quimeras disolutas. Era realmente cosa de risa; se tomó por lo sério y todo se perdió. La democracia dejó hablar á los dementes, y se la creyó demente tambien. Así fué como pereció la segunda de nuestras asambleas legislativas. Pero volvamos á la primera, ya reemplazada por la *Convencion*, y examinemos su influencia sobre la literatura francesa.

VII.

¿Es por moda, por gracia de estilo, por aparentar vigor de inteligencia, ó es por debilidad de conciencia, el que hoy se trate de disculpar de hacer aparecer como inocente y de glorificar la Convencion? A nosotros mismos se nos ha acusado de afectar esa muelle condescendencia en la *Historia de los Girondinos*. Mr. de Chateaubriand dijo al aparecer aquel libro: *Nos va á dorar la guillotina*. Fué una calumnia anticipada. Apelo al testimonio de los que leyeron aquel libro. ¿En qué otra obra se ha condenado con mas justicia la menor indignidad de conciencia ó la mas pequeña gota de sangre derramada por aquella asamblea? Nada salvó la Convencion con sus asesinatos, en tanto que perdió por mucho tiempo á la república, asociando su nombre al terror. Esta es la verdad.

Las instituciones necesitan para renacer haber dejado al morir renombre y fama. La Convencion perdió el buen nombre de la democracia ahogándolo en la sangre de millares de víctimas; arrojó cabezas sin cuento al terror, como se arrojan girones de vestido á la fiera montaráz que nos persigue para salvarnos de sus garras; convocó al pueblo para asistir al cotidiano espectáculo de la muerte sobre la plaza pública; se

inauguró con el degüello de tres mil prisioneros ejecutados sin formacion de causa en las jornadas de setiembre, jornadas que fueron la San Bartolomé del pánico, y terminó con una carnicería el 9 termidor; no tuvo mas institucion que el cadalso permanente. No hubo ninguno en aquella asamblea con valor suficiente para hacerlo pedazos. La terrible máquina funcionaba todavía á virtud de su propio impulso, cuando sus motores yacían cadáveres descabezados tendidos en el cesto que les servía de féretro, y solo dejó de funcionar cuando no hubo nadie que enviase alimento á su hidrópica sed de sangre. Esta es la lúgubre verdad acerca de la Convencion. ¿Qué influencia, pues, pudo tener sobre la lengua y sobre la literatura francesa? La influencia del quinto acto de una tragedia nadando en un mar de sangre, sobre un auditorio estremecido y jadeante; la piedad, el horror, las vociferaciones del coro sanguinario, los rugidos de los verdugos, el grito penetrante y repetido de las víctimas, todo esto tuvo, pero esto no es la lengua; eran hipos, estertores y sollozos de agonía, *Vox faucibus hæret!* Cuanto mas se ame la revolucion, tanto mas debe afrentarse la Convencion.

VIII.

Solamente dos hombres conservaron hasta la

muerte, en aquel matadero humano, acentos de elocuencia trágica y hasta literaria en relacion con aquellas espantosas escenas. *Danton* y *Vergniaud*. Danton, que fuera el único hombre de estado de la Convencion, si no hubiera manchado su nombre con la sangre de los asesinatos de setiembre y con la institucion del tribunal revolucionario, cuya cuchilla afiló para su propia cabeza; sin embargo, fué grande por sus remordimientos, grande por su acento semejante al trueno que retumba en las nubes, grande por sus relámpagos de inspiracion patriótica, grande en fin, hasta por sus intentos frustrados de exajeracion en el estilo, que le hacían aparecer como el Miguel-Angel del pueblo descantillando el mármol, pero trazando con repetidas imágenes la fisonomía.

El segundo, es Vergniaud.

Vergniaud, el mas sublime lírico de elocuencia, que haya jamás profetizado su muerte y la de sus enemigos, desde una tribuna con los piés sumergidos en sangre; orador patético de la piedad, de la justicia, de la moderacion, de los remordimientos y de las súplicas á un pueblo encarnizado y sordo; canto del cisne de la literatura y de la elocuencia francesa espirantes, nacido para hablar en presencia de la muerte, y para quien la mejor tribuna fué el cadalso.

La Europa pasmada, escuchaba todavía, *morituri te salutant!*

Muertos estos dos hombres, todo quedó en si-

lencio. Solo se oyeron de vez en cuando algunas palabras breves y sublimes de ironía como las de *Lanjuinais*, al carnicero Legendre: »Antes de sacrificarme, manda decretar que soy un buey!» ó el apóstrofe antiguo del mismo orador á la asamblea homicida, que le insultaba antes de herirle: »Cuando los antiguos tenían elegida la víctima para el sacrificio, la adornaban con cintas, y la cubrían de flores antes de hierirla; pero vosotros peores que aquellos sacrificadores, cubrís de insultos y arrastrais por el lodo á las vuestras! etc.»

IX.

Cuando la Europa, que se apasionó en tiempos de la Asamblea Constituyente, de nuestra filosofía, de nuestra literatura, de nuestra lengua y de nuestra revolucion, vió que la Francia arrebatada de la locura de Orestes, sacrificó su rey inocente, su reina estrangera, sus oradores, filósofos, poetas, mugeres, niños, ancianos y hasta sus doncellas arrastradas en grupos hacia el cadalso cual si quisiera componer un ramillete de cadáveres para ofrecérselos á la muerte; la Europa, repetimos, volvió la cabeza á otro lado y renegó del interés que había manifestado por una causa tan bella y tan indignamente profanada. Creyó en estado de completa demencia nuestra nacion y la

miró con lástima, despues con terror y por último horrorizada. Su corazon repudió la lengua, las ideas y la literatura de un pueblo cuyo gobierno tenía al verdugo por su primer ministro.

Sin embargo, esta tragedia tenía para el corazon humano, por su naturaleza patética, el interés palpitante y apasionado que apeg a alma á las luchas del circo y á los grandes crímenes, así como á las grandes virtudes puestas en escena donde los pueblos representan los dramas de Dios. Francia era la trágica en accion del mundo moderno; todos se estremecían de horror, pero nadie dejaba de mirarla. Se esculpía por sus convulsiones y por sus proezas en la imaginacion fascinada de Europa. Hay verdadera fascinacion en las mismas calamidades del pueblo, cuando las calamidades van mas allá de las proporciones ordinarias del crimen y llegan hasta lo imposible de la maldad. Las proscripciones de Roma en tiempo de los Mários y de los Silas son atroces, pero estas proscripciones son parte de la historia de Roma, y no permiten que la memoria olvide el nombre de aquella trágica del mundo antiguo. Esto mismo aconteció con la Francia bajo la Convencion; mantuvo durante quince meses á toda la Europa constantemente horrorizada, y la desafío á que apartase los ojos del espectáculo de sangre que esponía á su vista.

X.

Pero ¿es posible elogiar en conciencia y humanamente una asamblea que gobierna cortando cabezas, como si el asesinato fuese una manera de gobernar? ¿Puédese ni aun disculparla con la supuesta necesidad del crimen como razon de estado, como política impuesta? Precisamente el crimen es el reverso de toda política; visto que la política no es otra cosa sino la moral divina aplicada por la conciencia de los hombres de Estado al gobierno de las naciones: por el contrario, el crimen no es sino la inmoralidad humana aplicada por la impotencia ó por la perversidad de la mentida conciencia de los ambiciosos al éxito de su causa ó de su fanatismo. El crimen es el sofisma de la política; la moral es su verdad. Los Maquiavelos, Robespierres y Dantones solo son unos incautos que martirizaron su genio para buscar por el crimen lo que Dios ha encerrado en la conciencia y en la virtud. La suprema habilidad política es la suprema inocencia. La historia acabará por enseñar á los hombres de estado la esactitud de este sencillo axioma, que hoy todavía los hace sonreir de lástima.

XI.

Se ha llegado hasta declarar inocentes ¿qué digo? hasta glorificar los miembros de la Convencion, porque siguieron como un vil rebaño á los individuos del comité de *Salud pública*, autores de las prescripciones, y porque pusieron á ojos cerrados su firma confiada ó complaciente al pié de aquellas listas que diezmaban todas las mañanas los ancianos y los jóvenes, los enfermos, los imbéciles, los niños, el desórden en fin de la contrarevolucion, de la revolucion.

Confieso que mi razon ha repugnado siempre esa amnistía general, con que se ha querido cubrir no á los proscritos, sino á los que firmaron y ejecutaron las proscripciones. «Una de dos, me he «dicho siempre, ó todos los miembros de la Convencion que firmaron por pura condescendencia «los decretos que condenaban á muerte á tantos «miles de inocentes eran cómplices secretos en «aquellas proscripciones, y en este caso son tan «criminales como el comité de proscripcion; ó «aquellos hombres no eran cómplices de corazon «de aquellos sacrificios en masa, en cuyo caso «eran los jueces y legisladores mas cobardes que «han existido en el mundo, puesto que abandonaban aquellos miles de cabezas en las manos de «los verdugos, por miedo á comprometer la suya

«propia, diciendo sí con su firma ó con su silencio, cuando su conciencia les decía nó.»

Cómplice en aquellos asesinatos ó complaciente con el cadalso. ¡Qué dilema para la Convencion! No saldrá de él hasta que la verdadera posteridad haya pronunciado su fallo sobre aquella trágica asamblea. Todavía no lo ha pronunciado; la conciencia de la Francia se encuentra todavía intimidada ó muda, pero el tiempo le volverá el uso de la palabra,

XII.

Los políticos acerbos de 1848, nos hacen un cargo por haber desarmado la democracia y abolido la pena de muerte política, por miedo á que el pueblo no quisiese un dia imitar la sevicia sanguinaria de la Convencion, de la que queriamos separar la nueva república á fuerza de magnanimidad. Dicen que con aquel sistema enervamos la democracia, obligamos al pueblo á repudiar su solo elemento de fuerza, el terror; y dimos seguridades y aliento anticipado á las reacciones intentadas impunemente por sus enemigos. Aceptamos con la frente muy alta estos cargos y apelamos á la sentencia que entre nuestros acusadores y nosotros pronuncie la posteridad! Si alguna vez llega la hora de la democracia en nuestra nacion (y ¿qué hora no llega sobre la esfera

movible de una nacion, en cuya vida las horas solo son minutos?) se verá claramente como los recuerdos nefastos de la Convencion llenan, despues de sesenta años, la imaginacion del pueblo y el nombre de la república de sombras ensangrentadas: se verá como el menor amago de semejanza trágica con la Convencion, bastará para agrupar la nacion bajo un sable por temor á la cuchilla de la guillotina. Se verá que son necesarias algunas repúblicas magnánimas, desarmadas, inocentes y hasta víctimas de su inocencia para unir estrechamente al pueblo con la libertad, que tuvo la desgracia de llamarse una vez, ¡el terror!

Aplazamos sin temor y sin vacilaciones á los que motejan nuestra candidez ante las democracias del porvenir. Si mil veces nos encontrásemos en aquellas circunstancias, mil veces obraríamos del mismo modo. El mayor peligro para la república no existe en su institucion sino en su nombre; y el miedo que este nombre inspiraba antes de 1848 tenía por origen los recuerdos de la Convencion. El mundo se espanta con el miedo, pero se gobierna con la justicia y la magnanimidad.

XIII.

Despues de aquel *terror* no hubo literatura, porque la Francia asesinó ó desterró á todos sus

poetas y á todos sus escritores, y porque faltaba la calma, el espacio y la atencion en las almas para prodigarse en ese lujo del espíritu que se llama el cultivo de las letras.

De vez en cuando salían de aquellos calabozos á manera del canto del cisne algunos quejidos melodiosos; aquellas poesías tenían el acento de las brisas de la noche que susurran entre las ramas de los tejos y cipreces de los cementerios, y dieron al language poético y hasta á la prosa francesa de la revolucion los primeros tonos de aquella trágica melancolía, desconocida en la lengua hasta entonces. Era una cuerda nueva, cuerda empapada en lágrimas y sangre que la muerte añadió á la lira moderna; era una cosa parecida á las voces de las plañideras que en Oriente acompañan los féretros, gimiendo en las orillas del mar entre los olivos y los cipreces de los cementerios. Sin embargo, conservaba algo de esa gravedad, virilidad y heroismo que llora su propia muerte, y á compás apostrofa con valor á los verdugos. Las mas arrogantes y mas patéticas lamentaciones del cadalso, fueron las de *Andrés Chenier*, ese Orfeo republicano del Bósforo, despedazado á causa de su moderacion por las mujeres tracias del terror.

DÉCIMA CONFERENCIA.

I.

La Convencion había segado todo cuanto se encontraba bajo el filo de la hoz revolucionaria. La literatura francesa yacía en el silencio del sepulcro. No es posible calcular cuan rápidamente desaparece una civilizacion literaria, bajo los golpes del hacha de una asamblea ó de la espada de un Atila. Los creyentes en el progreso continuo é indefinido de las civilizaciones por medio de los libros, no pueden formarse una idea de la prontitud con que se disparon, trasformadas en cenizas é impulsadas por el viento del incendio de las bibliotecas, las prodigiosas literaturas del antiguo Egipto, de la Persia y de la India literata, de la Grecia académica y de Roma latina: bajo los piés de los conquistadores bárbaros ó á resultas de la anarquía de sus mismos sacudimien-

tos sociales. No solo las literaturas sino que tambien las lenguas desaparecen con una rapidez prodigiosa, cuando se deja de escribir. No creais, pues, en la inmortalidad de ese harapo manchado de tinta que se llama papiro ó papel. Con él se han calentado los baños de Alejandría, y es notorio que al cabo de dos generaciones no se encuentra fácilmente quien lo sepa leer. Suponed una Convencion que dure diez años, una invasion tártara de Suvarof, un cambio de religion, una subversion general de la sociedad, el nivelamiento comunista en toda la Europa, y estad seguros que á la vuelta de veinte años no existirá en Francia, ni poesía, ni teatro, ni literatura, ni lengua culta. Es necesario sosiego, blandura y elegancia en las costumbres, tiempo sobrado, y holgura para las artes de la inteligencia; cuando falta esto no hay lectores; faltando los lectores ¿dónde se encontrarán escritores?

II.

La Convencion puso á la Francia próxima á un estado de ver desaparecer las letras en ella. El hombre de génio se hacía sospechoso solo por serlo, y se veía siempre bajo la amenaza de una sentencia de muerte. La aristocracia del saber, corría los mismos riesgos que la de la sangre, del dinero ó del vestido. ¿A qué orador, á qué fi-

lósofo, á qué poeta perdonó la Convencion? Vergniaud, Danton, Camilo Desmoulins, Bailly, Condorcet, Lavoisier, Roucher, Chénier y otros cien hombres de la misma talla pagaron con su cabeza el privilegio de su talento. Ser superior en inteligencia era ser criminal. Para vivir era indispensable ser una medianía ó oscurecerse. ¿Cómo te compusistes para vivir durante la Convencion? preguntaron á Sieyes. «¡Me achiqué y me callé!» Toda la nacion no hubiera tardado en decir otro tanto. Luego, es evidente, que una nacion obligada al silencio y á empequeñecerse para vivir, pierde á seguida su lengua y sus ideas.

III.

Entre tanto, formábase una reaccion terrible del sentimiento civilizado de Europa contra la Francia, su revolucion, sus ideas, su terror y su lengua, reaccion que se manifestaba en todos los pueblos, (y este fué uno de los muchos funestos beneficios que nos trajo la Convencion.) Un grito de venganza se exhaló de todos los pechos contra el terrorismo de la Convencion. Los mismos que en el comienzo de nuestra revolucion se mostraron adoradores de las nuevas ideas, repudiaron enérgicamente nuestros escesos y se manifestaron arrepentidos de viva voz de haber te-

nido confianza en los principios proclamados, Gœthe, Klopstock y Schiller en Alemania; Monti, en Italia; Fox y Pitt en Inglaterra, tronaban con toda su elocuencia contra nosotros. Burke, sobre todo, escribía con el hierro candente de la invectiva, una série de arengas acusando nuestra barbarie, que recordaban las filípicas de un nuevo Ciceron contra los verdugos de una nueva Roma. La Convencion en dos meses redujo al silencio y despopularizó dos siglos de gloria literaria francesa. Nadie quería leer, ni escribir, ni hablar la lengua de los verdugos del ingenio nacional.

Un fenómeno inesperado salvó nuestra literatura y lengua de aquella proscripcion, resultado de la repugnancia general. Este fenómeno fué la emigracion: cien mil familias, lo mas escogido de la nacion literalmente hablando, por el rango, el nombre, la elegancia, las costumbres y el lenguaje se dispersaron por todas las cortes y por todas las ciudades de Suiza, Alemania, Rusia é Inglaterra, arrastrando en pos de sí el ódio que en todas partes se profesaba á la revolucion y las simpatías que escitaban los proscriptos. Aquellas colonias de nuevos *Mesenienses*, recibidos en todas las cortes, huéspedes de todos los castillos, errantes en los pueblos y en los campos, sembraban y difundían por todas partes nuestra lengua proscripta en los verdugos, y amnistiada y amada en las víctimas. Aquellos príncipes, ancianos, mujeres, cortesanos, nobles, militares, hombres de letras y poetas espatriados; aquellos

niños, aquellas tímidas doncellas que crecían en edad en la emigracion, eran recibidos en el seno de todas las familias, y pagaban la generosa hospitalidad que se les dispensaba enseñando la lengua y la literatura de su pátria á los hijos de sus huéspedes, narrando sus incruentas desdichas, interesando en su ruina y connaturalizando en Europa la Francia errante y fugitiva, que se hacía mas estimable por el amparo y proteccion que se le prodigaba. Aquella emigracion fué para la literatura francesa una cosa parecida á la cautividad de Babilonia, que propagó el Dios, el libro y la lengua de los hebreos hasta las estremidades del Asia.

Aquella emigracion llevaba en pos de sí sus oradores de la asamblea constituyente, escapados en corto número á la muerte, sus poetas, sus publicistas, sus folletistas satíricos, sus escritores y sus periodistas espatriados. En aquellos momentos fué cuando se formó entre los publicistas antirevolucionarios de Europa, la literatura de reaccion contra la filosofía francesa, literatura que arrastró la inteligencia humana toda entera en la contra-corriente de ideas y de principios, que desgraciadamente dura todavía. Este fué otro de los funestos beneficios de la Convencion, quien, como Cartago, reunió enemigos de la literatura francesa, en todos los puntos del universo.

Aquella emigracion entrañaba en su seno grandes talentos conocidos ó desconocidos. Contábase entre ellos Delille, poeta hoy muy apocado

y rebajado, pero que fué en aquellos tiempos, el verdadero *Ovidio* de Francia. Como Ovidio, escribió sus *Tristes* en el poema de la *Piedad*; sus versos eran la querella quejumbrosa repetida por todá la emigracion. Contábase tambien Chateaubriand, desconocido todavía, pero que maduraba su génio en un desvan de Lóndres; Mr. de Talleyrand, poder de inteligencia que dejaba pasar la tormenta en América para regresar á su pátria aprovechando el primer viento favorable; el conde de Maistre, residente á la sazón en Rusia, el cual, en sus *Consideraciones sobre la revolucion francesa*, se establecía como confidente íntimo de la Providencia, y profetizaba anunciando su próxima ruina á una Convencion que se asesinaba; Mad. de Stael, en Coppet; Mallet du Pan, publicista de lucha, en Bale; Rivarol, epigramático deslumbrante, en Hamburgo; M. de Fontanes, en Génova; M. de Bonald, hidalgo filósofo de Rottergue viajando á pié, con sus hijos pequeñitos por las carreteras de Holanda, y preparando los materiales para escribir su libro de la *Legislacion primitiva*, obra teocrática, bíblica y absoluta, inventada en odio y en venganza de nuestro terrorismo. Muy luego aquella literatura, aquella poesía y aquella filosofía emigradas formaron alianza por la simpatía de la desgracia con todas las letras que sobrevivieron en Francia. Aquella literatura preparaba con sus doctrinas el advenimiento de un Macabeo ó de un Cromwel, si se hubiera encontrado alguno

IV.

No escribimos en este lugar la historia de Francia, anotamos solamente la influencia que ejerció la revolucion francesa sobre la lengua y la literatura de nuestro país. Haremos caso omiso del directorio, que solo fué una era de periodismo, de relaciones de las victorias ganadas por nuestro ejército sobre los extranjeros, y de debates sin elocuencia, de fronteras adentro. La literatura emigrada llevaba sola la voz, se ejercitaba en teorías y proyectaba golpes audaces que aspiraban á traernos algo mas que la monarquía.

El consulado y el imperio no fueron épocas de literatura. Esta se redujo á boletines enfáticos, órdenes del día de un laconismo de cuartel, arengas oficiales de Mr. de Fontanes, que recordaban el servilismo de elocuencia de Ciceron cortesano de César, en fin, algunas poesías de colegio pálidas y sin virilidad en el acento, afeminaron y vulgarizaron la lengua, como el despotismo afemina los corazones y vulgariza las ideas. Toda aquella gloria militar solo produjo el estampido del cañon que empezó por demoler la Europa, y acabó por derribar la misma Francia. Empero diez años de combates, de victorias y de desastres paseando las banderas y el nombre de diez ejérci-

tos desde los confines del Egipto, de Italia, de Alemania y de España hasta Moscou, y trayendo dos veces el reflujo de la Europa sobre París, no fueron perdidos para la lengua y literatura francesa. Bonaparte fué el mas funesto y á un tiempo el mas grande poeta de los tiempos modernos. Hizo del mundo una tragedia que duró diez años. La Francia representó en ella el personage principal en todos los escesos y en todos los desastres de su gloria. Ciertó que aquel drama carecía de idea, pero abundaban en él el movimiento y el interés. Hombre enteramente oriental como la isla en que nació, y de ninguna manera hombre europeo de su siglo; Bonaparte parece que tomó con empeño el separar violentamente la revolucion de su centro, cambiar la corriente de las ideas en corriente de conquistas, y obligar á la filosofia y á la libertad á hacer una larga diversion para que Francia olvidara su mision y Europa su regeneracion por medio de la libertad del pensamiento.

Harto bien cumplió su empeño, puesto que retrasó de tres siglos la marcha del espíritu humano. Pero ¿qué gigantesco poema escribió en trofeos y en desastres militares desde Munfis á Moscou, y desde París á Santa Elena! Poema al cual solo falta la moralidad. Alejandro y César tampoco buscaron otra moralidad que la de hacer retumbar el ruido de sus pasos en el mundo y en la historia. Napoleon era un hombre de su raza y de su temple; no hay que preguntarle por su objeto; su objeto fué immortalizar su nombre. ¡Goce en

paz de él, visto que el mundo tiene mas oído que inteligencia y confunde siempre el ruido con la gloria!—Pasemos, ó mas bien, sucumbamos convencidos de que nada puede esperarse de los pueblos que solo tienen estimacion á aquellos que mas los han despreciado.

Hé ahí el último funesto beneficio que nos hizo la Convencion. Cuantas veces deis á escoger á una sociedad entre un cadalso y un trono, elegirá el trono, esto es natural.

La caida del imperio fué la señal del inmediato renacimiento de las letras, de la elocuencia, de la poesía, de las tribunas y del periodismo; hasta aquel dia había faltado el aire respirable en aquel glorioso cuartel de soldados. La libertad dió vida á un nuevo génio francés. No fué solo la restauracion de los Borbones, dinastía literata, fué la restauracion de la inteligencia.

UNA NOCHE DE RECUERDOS.

I.

La restauracion de los Borbones me llamó á París. Tenía yo un sentimiento apasionado y entusiasta de curiosidad por conocer de cerca los grandes hombres. A la sazón solo había uno á quien dábamos ese nombre, porque era el hombre de la juventud, el seductor de las imaginaciones, y el embriagador de las inteligencias, Mr. de Chateaubriand.

No había pisado todavía los salones de París; era yo harto desconocido y extranjero en aquella capital, muy poco emprendedor, tímido, demasiado independiente, orgulloso y bastante humilde para intentar introducirme en una casa y en un mundo en el cual no había nacido. Mi mundo eran mis libros, los paseos, los teatros y algunos ami-

gos, que solo tenían como yo, el cielo y el empedrado de las calles como propiedad en su país.

Pero si mi situacion no me permitía acercarme en los salones á esos grandes hombres y á esas mugeres célebres cuyos nombres llenaban las columnas de los periódicos, podía al menos, y esto ya era bastante para mí, verlos y gravar en mis ojos la imágen de aquellas divinidades terrestres.

II.

Mr. de Chateaubriand acababa de ser nombrado embajador en Berlin; decíase que iba á marchar inmediatamente á su destino, por mas que nunca realizó el anuncio. Decíase que su embajada era un honroso destierro que le habían dispuesto sus enemigos y la ingratitud de los Borbones su eterna cantinela. Había escrito un folleto en favor de aquellos *ingratos* despues de la victoria; este fué hasta entonces el único servicio que les prestó. Pero el génio todo lo abulta. Decíase que que sufría inmerecidas persecuciones; siempre fué de su gusto el papel de víctima. Creía yo de buena fé en aquella persecucion. Antes que esta víctima de la restauracion abandonase su patria para siempre quise verla de cerca.

Supe que pasaba los últimos dias de su residencia en Francia en una especie de tebáida encantadora que se llamaba la *Vallee-aux-loups*,

situada en medio de los bosques de Aulnay cerca de Fontenay-aux-Roses. Resolvíme á ir todos los dias allí, hasta que una feliz casualidad me proporcionase la ocasion de ver de cerca aquella gran figura viviente de nuestro siglo, aunque no fuera mas que por un instante al salir de su elegante ermita para venir á París, ó cuando regresase á su hogar á la caída de la tarde, y cuando nó, espiándole por encima de los muros de su parque paseándose en las alamedas solo con su sombra y con sus pensamientos tristes y sombríos como su nombre.

Erase en el mes de mayo ó junio. Fontenay hacía gala de sus magníficos plantíos de rosales. La *Vallee-aux-loups* envuelta en la sombra de sus bosques cubiertos de hojas y sonora con el canto de los ruisseños; parecía la entrada de un misterio. Me dirigí hacia ella llevando por único guia el resplandor de la gloria que debía indicarme la casa del poeta. Poco tardé en descubrirla.

Una casita elegante, parecida á un templo de ninfas en medio de un bosque de la Tesalia, se me apareció delante de un prado alfombrado de menuda yerba, en el centro del único raso que había en el bosque. No ví salir de ella ni criados, ni humo, ni oí ruido alguno siquiera el ladrido de un perro leal, ó el cloqueo de las gallinas, señales que indican estar habitada una casa de campo.

No tuve valor para llamar á la puerta. ¿Qué hubiera yo contestado á quien me preguntase mi nombre? Dí la vuelta á la cerca que rodeaba la

posesion, y me subí sobre los árboles de los cerros quedominaban el jardin. Allí me mantuve sentado sobre las ramas y oculto entre las hojas desde el medio dia hasta la puesta del sol, sin percibir dentro del parque mas ruido ni movimiento que el de un chorrito de agua que centelleaba saliendo de un pilon de estuco, y la sombra arrojada de los árboles que giraba y se prolongaba sobre la yerba á medida que declinaba el sol.

Retireme triste, pero no descorazonado por el camino de Paris.

III.

A la mañana siguiente emprendí de nuevo, y á pié, el mismo camino de la Vallee-aux-loups, y volví á ocupar mi atalaya sobre los árboles.

Pasé la mitad del dia silencioso y alimentándome solo de esperanzas como la víspera. Por fin, á la puesta del sol, la puerta de la casita giró lentamente sobre sus goznes, y apareció en el umbral un hombrecito vestido de negro, ancho de hombros, delgado de piernas pero notable por la nobleza de su fisonomía; salió seguido de un gato á quien arrojaba pelotillas de miga de pan para hacerle triscar sobre la yerba; el hombre y el gato desaparecieron muy luego bajo la sombra de una alameda. Pocos momentos despues, el hombre vestido de negro reapareció en la puerta de la

casita, y la cerró á sus espaldas. Solo esta aparicion tuve del autor de *René*; mas fué bastante para mi supersticion poética. Regresé á Paris deslumbrado con la vista de aquella gloria literaria.

He vuelto á ver algunas veces, aunque pocas, á Mr. de Chateaubriand en sus salones de ministro ó de embajador en Paris, Londres y Roma. Pero el Chateaubriand de la *Vallee-aux-loups*, ha sido para mí siempre el verdadero. El uno era un actor, el otro un hombre. Los actores solo me gustan fuera de la escena. El traje anula á mis ojos el personaje; la verdad aparece siempre desnuda.

De todas maneras, nunca hemos sido muy simpáticos el uno para el otro. Nuestro trato fué ceremonioso; manifestábase siempre encojido, mudo ó afectado conmigo. Ademas, debo decir, que en ese Rubens del estilo literario, solo admiré la paleta. No se me aparecía bastante sencillo de corazon y de génio. Parecía estar constantemente en la escena; la naturaleza fué solo un teatro para él; hasta la muerte, como se ha visto en sus Memorias de Ultra-tumba, fué el telon corrido al terminarse la comedia. Sin embargo, tuvo una grande sensibilidad literaria, y el estilo mas bello que un hombre pueda tener fuera del natural, el genio de los ignorantes.

IV.

El año anterior tuve ocasion de satisfacer la vivísima y apasionada curiosidad que sentía de ver á madama de Stael, y de gravar en mi memoria los rasgos de la fisonomía de esa Safo del siglo.

Sentado durante un dia entero sobre el talud de una gavia entre *Nyons* y *Coppet*, en Suiza, para verla pasar en su carruage, la apercibí, al fin, entre el polvo del camino. Duró el espacio de un relámpago; mas ese relámpago fué para mí el de la gloria.

Esta segunda imagen de una de las mas altas personificaciones del espíritu humano bajo forma de muger, me inspiró nuevo respeto por la fecundidad de mi siglo. Mídese la elevacion de las montañas por su cima, y los siglos por sus individualidades mas culminantes. Bastaría una individualidad como Mr. de Chateaubriand, ó madama de Stael en un pais ó en un siglo, para que se pudiese decir con razon: ¡El siglo es grande!

V.

En el año siguiente, circunstancias que nada

tienen de literarias, me obligaron á buscar un refugio ignorado en las montañas y en los valles mas umbríos de la Saboya pastoral. A fines de octubre abandoné mi retiro, y me puse en camino hacia Ginebra, en el traje de un estudiante aleman, con el morral á la espalda, calzados unos botines de cuero, y llevando un libro en la mano. Pedí hospitalidad á una chocilla abandonada, en el Chablais, situada en la linde de los grandes bosques, sobre la arenosa y mas desierta orilla del lago Lemán. El heno perfumado con el balsámico olor de las flores de aquellas montañas, me servía de lecho. ¡Júzguese cuales serían mis sueños entre aquella atmósfera y en aquella hermética soledad! J. J. Rousseau, en las *Charmettes*, tenía cerca de sí un eco vibrante de sus sueños, yo solo tenía una sombra.

Para hacer mi sola y frugal comida del dia, tenía que dirigirme á una taberna de aldea distante media hora de camino de mi chocilla, y situada en la carretera de Ginebra al Valais, al lado opuesto de los bosques. Mi comida se reducía á lacticinios, huevos y ensalada, y *algunos* peces fritos *de añadidura los domingos*, cogidos en los torrentes del Chablais.

Terminada tan frugal comida, á eso de los dos de la tarde, solía dar un largo paseo solitario, por el húmedo arenal de la playa. Seguía todas las ensenadas, doblaba todos los cabos, y señalaba la huella de mis pasos en los prolongados arenales de todos los promontorios. Jamas encontré alma

viviente en tan desiertas playas, que corresponden á las estepas mas inhospitalarias de aquel litoral de la Suiza. Conversaba con las olas y las brisas del lago, que solo podían repetirme lo que les decían las *vagas* y *melancólicas* expresiones de la naturaleza, menos triste y dolorida que mi corazón donde resonaban.

Una tarde, me sorprendió una tempestad de truenos y vientos, que estalló de improviso sobre las alturas de Thonon y de Evian, levantando á los pocos minutos sobre la superficie del lago, olas menos gigantes, pero no menos hondas y espumosas que las del océano. Púseme al abrigo de las primeras rachas del viento y de la lluvia en el hueco de una pequeña roca, que avanzaba á lo largo de la ribera, en el cual encontré dos pastorcitos del país y un mendigo de Ginebra, que volvía á la ciudad con las alforjas llenas de castañas y de mendrugos de pan. Hiciéronme un lugar, y sentados sobre los talones esperamos que pasara la tormenta. La débil bóveda de rocas se estremecía á cada descarga eléctrica, y las olas convertidas en menuda lluvia á impulso del viento, llegaban hasta nosotros, y nos mojaban con su espuma tanto como si hubiéramos estado en la orilla del agua.

De pronto oí á muy poca distancia del Cabo, voces sonoras y confusas de algunos hombres, cuyo acento grave y lleno de emoción revelaba su lucha con el peligro; luego el ruido seco de un remo ó caña de timón que se rompe, y cuyos pe-

dazos se arrojan dentro de la embarcacion que corre el temporal. La niebla que formaba el agua, convertida en polvo, nos lo ocultaba todo escepto el sonido de las voces. Pero en el mismo instante, un inmenso relámpago que desgarró el cielo detrás de nosotros sobre el *Diente de Jaman*, taladró la bruma y vino á reflejarse sobre la blanca vela de un pequeño yacht, que cortaba el viento entre montañas de espuma, proa á Ginebra y singlando como una gaviota metida la punta de un ala en las olas y con la otra opuesta al viento.

Un hermoso jóven, de fisonomía extranjera y vestido con cierta exajeracion, estaba sentado sobre el banco del yacht. Tenía la escota en una mano y en la otra la caña del timon; cuatro marineros cubiertos de sudor vogaban desesperadamente.

El jóven, pálido y con el cabello en desórden parecía mas atento á la majestad de la escena que al peligro que le amenazaba.

La luz del relámpago que me permitió verle, se llevó su imágen al disiparse en el espacio. Despues, solo oimos el zumbido de las olas cortadas por la estela con la rapidez del viento.

A los pocos segundos todo había desaparecido; y un trozo de remo llegó rodando sobre la voluta de las olas hasta detenerse en la arena de la playa, á pocos pasos de nosotros.

—¿Quién se atreve á desafiar el lago y el cielo con semejante tormenta? exclamé sin dirigirme á los campesinos que estaban á mi lado.

—Yo bien lo sé, respondió el mendigo, que permaciera silencioso hasta aquel momento «es un lord inglés que escribe libros, y cuyos compatriotas residentes ó viajeros en Ginebra, visitan su casa de campo que está cerca de la ciudad, sin entrar jamás en ella. Cuéntase mucho bien y mucho mal de él en su país, como se cuenta de todo el mundo. Yo solo puedo decir mucho bien, pues cada vez que me encuentra bajo los piés de su caballo, me dá una moneda blanca, y algunas veces amarilla.

—¿Sabe V. su nombre? pregunté al mendigo.

—No lo sé de cierto, respondió; nosotros nunca sabemos el nombre de los extranjeros que vienen á gastar su dinero y su tiempo á Ginebra; solo sabemos si tienen bueno ó mal corazon para los pobres; los buenos siempre llevan la mano abierta, los malos cerrada como puño. Este que hemos visto, es bueno, os respondo de ello, y sentiría que le acaeciese alguna desgracia en esta borrasca.

El mendigo trató de pronunciar un nombre inglés ininteligible, pero que se parecía mucho á un nombre histórico francés. Pasados algunos dias, leí en el *Diario de Ginebra*, que un jóven y célebre poeta llamado Byron, había estado á punto de naufragar en el lago donde le sorprendió una furiosa tempestad.

VI.

Le ví á la luz fugaz de un relámpago, y sin embargo, bastó aquel brevísimo espacio de tiempo para que su retrato quedase grabado en mi memoria. Me pareció hermoso como la juventud desafiando la muerte, ó como la sibila invocando los elementos desencadenados para arrancarles la inspiracion. No me atrevo á describir su retrato tomado con una simple mirada, pero hé aquí algunos detalles de ese retratado, sacados de un escrito inédito. Estas líneas me han sido comunicadas recientemente, por una persona que amó, y que recuerda su fisonomía á pesar del tiempo y á pesar de la muerte. Leedlas.

«Creo que Dios ha creado seres de una belleza de tal manera armoniosa é ideal que no puede ser analizada ni descrita. Lord Byron pertenecía al número de estos seres privilegiados: su belleza absoluta dentro de los límites de la belleza creada, no pudo nunca ser reproducida ni por el pincel del artista. Reasumía en un tipo perfecto todos los géneros de hermosura. Si su génio y su gran corazon hubiesen podido escojer la belleza, de seguro no hubieran hecho mejor eleccion. Véase resplandecer en ella su génio, la grandeza de su alma y su corazon bueno y sensible. Aquella belleza reunía en sí todos los contrastes; sus mira-

das espresaban todos los sentimientos que le animaban con una rapidez y transparencia tales, que hizo decir á Walter-Scott, «que su hermosa cabeza se parecía á un vaso de alabastro dentro del cual estuviese una lámpara encendida.» Así es que bastaba verle para acusar de falsedad todos los rumores que circulaban relativos á su vida. El vulgo habíase compuesto en Byron artificial, deducido de algunas escentricidades de su juventud, y de la audacia de algunos de sus pensamientos y espresiones, y sobre todo, porque se obstinaba en identificar al poeta con los personajes imaginarios de sus poemas, especies de tipos que en nada se parecían al Byron que yo he conocido. Se han tomado como verdades calumnias, á las que contestó con el silencio mas desdenoso. Lord Byron se callaba porque remitía al tiempo la vindicacion de su vida. Apelo á todos los que le hayan visto, porque todos han debido experimentar los efectos del encanto que le rodeaba á manera de una atmósfera simpática que le granjeaba el cariño de todos los corazones.»

Oid, ahora, lo que dice de él el poeta Moore:

«La belleza de lord Byron era una belleza de primer orden, puesto que reunía la regularidad de las formas con la espresion mas interesante y variada. Sus ojos eran susceptibles de espresar las pasiones mas opuestas, desde la alegría mas festiva, hasta la tristeza mas profunda, desde la benevolencia mas radiante, hasta el desprecio y la cólera mas reconcentrada; en tales momentos

podía decirse de sus ojos lo que se dijo de los de Chatterton, que «*el fuego ardía en el fondo de sus órbitas*. En su boca y en su barba, residía, sobre todo su mayor belleza, así como la mas poderosa espresion de su hermosa fisonomía. La incomparable perfeccion de sus lábios no pudo ser nunca reproducida por los pintores ni los escultores, Espresaban con su movilidad todas las emociones, ya cuando la cólera los tornaba pálidos, ya cuando el desden los comprimía, ya cuando el triunfo los hacía sonreir, ó cuando la ternura y el amor los arqueaba graciosamente. Su cabeza era notablemente pequeña; su frente mas alta que ancha, lo parecía mucho mas porque tenía la costumbre de hacerse cortar el cabello hácia las sienes y lo dejaba crecer sobre la cabeza, donde se repartía en bucles naturalesl brillantes, sedosos y de un hermoso color castaño oscuro; sus dientes eran iguales y sumamente blancos. Su cútis tenía esa palidez mate que es propia de los caractéres pensativos. Su estatura mediana, mas parecía alto, tanta era la proporcion de sus miembros. Sus manos eran blanquísimas y tenían esa forma delicada que revela (segun sus propias espresiones) un nacimiento aristocrático.

Bayle, escribe acerca de él:

«Encontré á lord Byron, en 1816, en el teatro de la *Scala*. Sorprendióme la espresion de su mirada en tanto que oia cantar un sesteto de la ópera *Elena*, de Mayer. No he visto en mi vida nada

mas bello ni mas espresivo. Hoy todavía, cuando me pongo á pensar en la espresion que un gran pintor debería dar á la fisonomía del génio, aquella sublime cabeza se me aparece de improviso ante los ojos.» Y en otra parte dice: «Tuve un momento de entusiasmo. Jamás olvidaré la divina espresion de los rasgos de su fisonomía; era el aspecto sereno del poder y del génio.»

VII

Aquellas tres grandes figuras, Chateaubriand, madama Stael y lord Byron que se ofrecieron á mi contemplacion cuando dirigí la primer mirada sobre la vida, aumentaron á mis ojos el grupo de inteligencia mas ó menos inmortales, que cada tiempo lega á la posteridad. Sentíame orgulloso respirando el mismo aire que ellos en el mismo espacio de tiempo.

A mi regreso á Francia, la casualidad, que ya no buscaba yo, me prodigó, cuando menos lo esperaba, ocasiones para frecuentar el trato de lo mas selecto de la inteligencia europea. Una señora de edad, pero muy discreta, que fué, antes de la revolucion, compañera y amiga de madama Isabel, hermana y compañera de cadalso de Luis XVI, oyó hablar de mí á uno de mis amigos, confidente de mis primeros versos. Era la marquesa de Raigecourt. Suplicó á mi amigo que me pre-

sentara en su casa. Mi hurañería natural repugnaba invenciblemente toda ostentacion que pusiera mi persona en evidencia en un mundo cuyos favores ni desprecios ambicionaba. La marquesa de Raigecourt venció mi resistencia viniendo en persona á buscarme en mi soledad.

Vivía yo, á la sazón con mi perro, único compañero y servidor, en una bohardilla bastante elegante del magnífico palacio del mariscal del Richelieu, situado entre la calle Nueva-San-Agustin, y los grandes jardines que se dilataban, por debajo de mi ventans, hasta el boulevard. A pesar de su edad, subió los cien escalones que conducían á mi vivienda. Hablóme de mi madre, que había conocido en la corte en su infancia; de mis versos que revelaban, segun decía, una fibra enferma en un corazon sano; del peligro que ofrecía á mi edad un aislamiento absoluto, que, por regla general, falsea ó agria las impresiones, esos sentidos del génio, y por último, de la satisfaccion que tendría reemplazando á mi familia ausente, y haciéndome, en el seno de la suya, un lugar entre los hijos con que la Providencia había alegrado su hogar y consolado su vejez. En un principio me sentí mortificado con aquel exceso de amistad, luego me enternecí, y acabé por rendirme á discrecion. Desde aquel dia; la casa de la marquesa de Raigecourt, fué la mia.

Toda la sociedad aristocrática, política y literata del arrabal de Saint-Germain y de la corte, frecuentaba, durante el invierno, aquellos salo-

nes. Yo me mantenía en ellos en la oscuridad y en el silencio; pero madama de Raigecourt no desperdiciaba una sola ocasion de ponerme en evidencia, y de inspirar á las damas y hombres célebres de su sociedad el deseo de conocerme.

Así fué como, á pesar mio, conocí uno por uno todos los personajes ilustres, poderosos y amables de la antigua y de la moderna sociedad francesa, y así fué como sin saberlo adquirí una reputacion de hombre de talento muy superior á mis méritos; reputacion formada por los cuchicheos de las damas y de los jóvenes, que repetían á media voz en los salones, algunos versos mios. Esta celebridad misteriosa me importunaba en el fondo mucho mas de lo que me halagaba. Por mas que la sociedad se me manifestase atenta y benévola, mis pulmones echaban de menos el aire de mi aldea. Así que, me escapaba cuantas veces podía de aquella dorada jaula, para buscar un amigo en mi bohardilla, ó un ensueño en la soledad.

VIII.

Sin embargo, volvían á encerrarme en ella. Allí fué donde conocí á Mateo de Montmorency, el amigo de Mad. Stael, y el mas amable y simpático de los hombres. Aunque superior á mí por el rango y por la edad, se hizo íntimo amigo mio

para tener un medic de constituirse en protector sin humillar mi altivez; se apasionó por mis versos. Me formó, sin que yo lo supiera, un escogido auditorio con sus numerosos amigos de todas las edades y de todàs las opiniones. Condujo él en persona á mi retiro, trasformado en teatro, al príncipe Leon, aquel jóven duque de Rohan que el amor de Dios arrebatava al mundo, pero que gozaba todavía con la amistad y en la poesía las mas puras alegrías de su vida. El duque de Rohan condujo á su vez á Mr. de Genoude, jóven escritor de alma activa, adicto á la aristocracia y á la iglesia, con tanto mas ardor cuanto que queria connaturalizarse, por sus servicios, con una posicion social superior á su cuna. Tenía la inquietud y el calor, sin tener la llama del génio. A la sazón traducía la Biblia; amaba los versos, y puedo decir, que su memoria feliz y su voz sonora, fueron la primera edicion de los mios. Por su mediacion conocí á Mr. de Lourdoueix, discípulo de nuestros mas célebres escritores monárquicos, de aquellos que fueron tan leales en la desgracia como en el talento.

Conocía tambien á Mr. de Lamennais, el *Atanasio* implacable de la Iglesia en aquel entonces. Recitóle algunas estrofas de una oda que compuse sobre el entusiasmo. Mr. de Lamennais, que estaba en cama, se incorporó gritando: *Eureka!* hemos encontrado un poeta! Manifestó deseos de conocerme, y su amigo me presentó á él.

Me encontré con un hombrecillo casi imper-

ceptible, ó mejor diré, con una llama que el viento de su propia inquietud trasladaba de un extremo al otro de su aposento, á la manera de aquellos fuegos fosfóricos que surcan la yerba de los cementerios y que los aldeanos toman por el alma de los muertos. Mas bien que vestido estaba cubierto con una raída levita cuyos faldones desflecados le llegaban hasta las babuchas; mantenía la cabeza inclinada hacia el suelo, como un hombre que intenta leer caracteres misteriosos escritos en la arena. Miraba de una manera oblicua, sonreía de continuo de una manera fisonómica, y hablaba con inagotable volubilidad. La ironía era el alma de su conversacion. Quedaba uno irritado contra los hombres despues de haber hablado con él. El fondo de su alma era amargo.

Sentíame poco atraído hacia ese gran maestro del estilo. Acababa de escribir un libro sobre la indiferencia en materia de religion. Desde J. J. Rousseau hasta madama Sand no se había leído un solo libro tan rico de diction oratoria y polémica. Sus frases estaban vaciadas en el molde de la *Helosia*, pero carecían de la unción y del patético de Rousseau. Mr. de Lamennais razonaba con una lógica tan sábiamente ligada como un armazon de hierro; declamaba con tal magestad en la voz, con tanto vigor en el gesto, con tan insolente convicción y tanta audacia en el apóstrofe, que imitaba admirablemente la elocuencia. Era un gran discípulo y un gran modelo en el arte

de escribir; pero el verdadero arte de escribir no es un arte, es una alma. Faltaba el alma á las palabras; aquello solo era una magnífica manera de vestir el génio.

Mas tarde calló del caballo, no sobre el camino de Damasco, sino sobre el de Roma; hízose el San Pablo de otra religion; de la misma manera que el apóstol, guardó la capa de los verdugos en tanto que estos lapidaban al justo. Aquella transfiguracion fué un acto de gran valor. Renegar de la mitad de su vida un hombre que solo tiene una que vivir, es un martirio de inteligencia que muy pocas son capaces de sufrir.

La desgracia de Mr. de Lamennais fué ser tan cruel é implacable con sus antiguos amigos como lo fuera en otro tiempo con los nuevos. Aborrecerlo todo era su talento; su inspiracion era la cólera; su equilibrio la alternativa entre dos extremos opuestos; su carácter triste y sus doctrinas de melíflua fraternidad, bramaban de verse juntos. Cuando hablaba del amor rechinaba los dientes; si hubiese sido elocuente en la tribuna, hubiera sido un *Savonarola*. El espíritu de partido era su naturaleza; los quería en todas partes, hasta en el cielo. Cuando ambos espíritus de partido se hayan extinguido completamente, solo quedará de él en la lengua lo que queda de *Savonarola* en Florencia, esto es, el renombre de un grande agitador de estilo, que fanatizó tan pronto á los teólogos como á los radicales de su patria, sin haber inculcado la moderacion en los

unos, y sin haber dado un buen consejo á los otros.

Volvimos á vernos de tarde en tarde, sin que jamás nos uniera una sincera amistad. Cuando yo era realista por sentimiento, él era absolutista, y cuando fuí republicano, él se hizo demagogo. Siempre había una exageracion entre los dos, no era, pues, posible que nos entendiesen. Así es que renuncié completamente á él hacia el fin de su vida. Fué un hombre que estimo solo para ser leído.

IX.

En este mismo año, una persona de mi mayor aprecio me presentó en su casa, á Mr. de Bonald. Poco tiempo antes, por consejo de mi amigo, le había dedicado una oda escrita en su elogio. No había leído sus obras; pero sabía que era el honrado y elocuente apóstol de una especie de teocracia sublime y nebulosa, que podría ser la poesía de la política, si Dios se dignase nombrar sus vireyes y ministros sobre la tierra.

Aquella doctrina enteramente oriental y enteramente bíblica fascinó mi jóven imaginacion. Mr. de Bonald la profesaba con la sinceridad de un hombre honrado, piadoso y convencido que no pretende engañar á nadie. Pintábase á sí mismo en ella y con sus propios sofismas, en

el buen estilo del siglo décimo séptimo. Me sentí impresionado y atraído hacia él por su noble figura de gentil hombre campesino, que me recordaba la de mi padre. Me acogió como á un jóven de quien se espera mucho, pero á quien no se quiere adular ni engreír. Le amé y le estimé hasta su muerte. Su génio era sencillo, pero su sistema encerraba algo de divino.

X.

En aquella casa, y por mediacion de la misma persona, conocí otra notabilidad que ejerció una gran influencia en mi vida. Fué Mr. de Lainé, el mas antiguo, á mi juicio, de los hombres modernos; pero no un hombre de Plutarco, como se dice vulgarmente, sino un hombre desprendido de una página de Tácito cuando pinta la virtud destacándose sobre un fondo de crímenes, y encarnándose cuerpo y alma ante vuestros ojos para personificar al grande ciudadano.

Mr. Lainé tenía aquel exterior así como poseía aquella alma. Alto, delgado, grave y modesto en su porte; frente erguida, sienes hundidas, mejillas nerviosas cuyas fibras se estremecían visiblemente, boca fina, lábios modelados para la reflexion como para la palabra, gesto sóbrio y ajustado al cuerpo como el de un hombre que piensa mas de lo que declama, instruccion vasta en

todo cuanto ilustra y ennoblece el espíritu humano, estimando en el mundo solo la verdad, la justicia y la honradez sin ambicion, y aspirando secretamente en el seno de la grandeza á gozar de la sombra de los árboles de su alquería en las landas de Burdeos, donde le gustaba encerrarse con sus libros. Mr. Lainé era tan amante de la poesía como de la historia y de la elocuencia.

No escribía y hablaba poco; sin embargo, es el solo orador que me ha producido la impresion de la soberana elocuencia, aquella que procede del alma y que se dirige al alma porque emana de ella.

Rara vez subía á la tribuna de las arengas por temor á su propia emocion, que era tan violenta en él, que le comprimía los lábios y ahogaba la voz en su garganta.

Pero cuando la absoluta necesidad de hablar le obligaba á sobreponerse *al horror sagrado* del tripode que aparta con tanta frecuencia de la tribuna al verdadero orador lírico, entonces representábase un espectáculo sin rival en ningun drama escénico ó del circo.

Veíase un grande hombre consumido por el fuego interno, el cuerpo enhiesto, el rostro pálido, la frente humedecida de sudor, puestas sus descarnadas manos inmóviles sobre la tribuna, los brazos ceñidos al cuerpo como los de un estóico, los lábios trémulos, pensar mucho tiempo lo que iba á decir, y por último, exhalar penosamente de su pecho una voz profunda y palpitante

de emocion contenida, luego espresarse en frases entrecortadas por intervalos de silencio y derramar en oleadas ya lentas ya precipitadas no vanos argumentos ó períodos sonoros, sino el alma entera y ardiente de los grandes hombres sensibles, de los grandes hombres de estado, y de los grandes hombres de bien, que empiezan por imponer silencio en su auditorio, y luego por una série ordenada y continúa escitan su admiracion, luego sus aplausos, y por último le hacen derramar lágrimas, que son la manifestacion del triunfo de la naturaleza sobre las facciones.

Entonces no hablaba, cantaba y hablaba simultáneamente; lírico como la oda, dramático como la escena, legislador como la ley, y sobre todo patético como el corazon humano puesto al desnudo en la tribuna. El auditorio quedaba convencido sin necesidad de exámen; no hay sofismas contra la naturaleza. Habíase respirado el aliento del hombre de bien, sentíanse transfigurados por la presencia de la virtud, votaban arrastrados por el entusiasmo, y salian silenciosos de la cámara. Solo dos veces en mi juventud he visto este espectáculo.

A pesar de la diferencia de edades, aquel grande hombre se sintió inclinado de corazon hacia mí; sentíme elevado hasta él por un sentimiento de cariñoso respeto. Fué mi maestro de elocuencia y mi modelo en política. No tuve en toda mi vida política otro tipo mas que él para modelar-

me desde muy lejos sobre la antigüedad. Me amó hasta el fin, y murió balbuceando dos versos míos.

Quisiera morir como Chatham, murmurando para mi patria una de las arengas de Mr. de Laine. Cuando se han conocido hombres de aquella talla, la humanidad se engrandece; se desprecia en secreto á los que fingen despreciar el barro que contiene tales almas.

XI.

Así fuí viendo una por una todas las grandes figuras de mi tiempo.

Muy luego mi propia celebridad, por mas que solo fuera de palabra, me los hizo ver todos reunidos en los tres salones mas aristocráticos, mas políticos y mas literarios de Paris.

Aquellos salones eran los de la duquesa de Broglie, de madama de Saint-Aulaire y de madama de Montcalm. Mi reputacion naciente me franqueó sus puertas y no me ví obligado á inclinarme mucho para entrar.

Madama de Montcalmera hermana del duque de Richelieu, hombre de Estado que había gobernado con tanta prudencia durante los peores años de la restauracion, noble señor encargado de reconciliar una dinastía y una nacion tan necesarias la una á la otra, y que se miraban con re-

celo, temerosa esta de las represalias contra la revolucion, y aquella de reincidencias contra los reyes.

En su casa fué donde me acerqué al círculo íntimo apretado y cotidiano de los personajes consulares mas notables que se creaban un nombre á la sazón, y que lo han legado á la historia; Mr. Molé, que imprimió á la política su elegancia y el aticismo de su persona; Mr. Pasquier, inteligencia fácil y la mas hábil para transigir y para pasar con donaire de un gobierno á otro gobierno, á condicion de que lo fuera; Pozzo de Borgo, inteligencia griega al servicio de los rusos y hombre cuya hermosa cabeza, fisonomía y elocuencia transportaban la imaginacion á la Atenas del tiempo de Alcibiades; el mariscal Marmont, cuyo rostro oscurecía constantemente una sombra de tristeza, y que procuraba olvidar un penoso recuerdo en la sociedad de las damas y de los poetas; por último, el príncipe de Talleyran, hombre de bastante inteligencia para representar él solo tres siglos.

XII.

Madama de Saint-Aulaire, muger jóven pero seria, no tenía de su edad mas que la belleza: había sido amiga de madama Stael, y conservaba su culto y la elevacion de su alma. Me recibió en

su casa, no como á poeta sino como á la misma poesía bajo la figura de un jóven desconocido. Su puerta solo se abría para la aristocracia del talento; poco importaba el rango, no se ocupaba mas que de escoger. Gustaba de adivinar un porvenir de gloria en la oscuridad del presente. Su salon estaba lleno de hombres que prometían mucho, promesas que casi todos cumplieron. En él conocí á Mr. de Cazes que iba á ser suynerno, hombre de talento, hermoso y seductor, favorito de Luis XVIII, que quería ser el nuevo Mecenas de un nuevo Augusto si los Horacios y los Virgilibs hubieran aparecido segun el deseo del príncipe y del ministro.

En él ví tambien por la primera vez á Mr. Cousin, que importaba en Francia la filosofía del entusiasmo; parecía mas bien un profeta atormentado por la inspiracion, que un discípulo de Platon. Todos creíamos que iba, al fin, á decirnos la palabra de Dios detenida en sus lábios. Desgraciadamente solo nos decía medias palabras, pero nos las decía con lengua de fuego.

Allí me sentí atraído por Mr. Villemain el *Policiano* frances de este siglo, inteligencia la mas rica, mejor cultivada y mas universal de nuestra edad. ¡Un hombre que era toda una literatura! sensible como un poeta á toda poesía, muy versado como orador en todo género de elocuencia, hombre de estado por la esactitud matemática de su inteligencia, admirado sin orgullo y admirador sin rivalidad, porque se encontraba

siempre al nivel de todo lo que admiraba. Allí traté, en fin, al general Foy, que no se había dado á conocer todavía con la palabra; Mr. Cuvier, Mr. Beugnot el Rivarol de la conversacion; Mr. de Custine, discípulo de Chateaubriand; Mr. de Feletz, el precursor de J. Janin en la literatura del *Diario de los Debates*, y los dos Bertin, fundadores de aquel periódico, dos poderes ocultos que formaban las reputaciones. Derrocaban ministerios, sin aspirar á ser célebres ni poderosos bajo su propio nombre. Pocas veces se engañaban en el impulso que imprimían, desde el fondo de la redaccion de su diario á los nombres, á los hombres y á las cosas. Los mirábamos como los egipcios miraban á la Esfinge. Hacían centinela en la puerta de la gloria y de la opinion. Nadie entraba sin su consentimiento.

Fueron clementes para mí. Les estoy agradecido á pesar de la larga enemistad que su diario me manifestó despues de aquella fecha, habiendo pasado en 1830 á manos de una secta. Aquella secta formada de literatos y de políticos eminentes, hizo del periódico su evangelio, especie de calvinismo ginebrino, cuyo primer dogma fué el *yo*, sin dejar su lugar para otro.

XIII.

Madama la duquesa de Broglie, era hija de

madama Stael. Habíase casado con el duque de Broglie, jóven en quien el nombre histórico, el carácter levantado y la elocuencia estudiosa de las opiniones liberales se reunían para hacer de él una gran figura del senado ó del gobierno bajo el sistema representativo. La duquesa de Broglie añadía á esa venturosa situacion y á tanto mérito personal el prestigio del mas grande de los nombres literarios de nuestro siglo. Todo el génio de la madre se había espiritualizado en la hija; el alma toda de la hija se había convertido en incienso para subir hasta Dios. Solo la Sibila del Dominicano espresa aquella piedad mística en su fisonomía. La concentracion de sus pensamientos en el cielo no disminuía en lo mas mínimo su cariñosa solicitud para con su familia, ni la grave benevolencia que manifestaba hacia los estraños. En aquella casa fuí recibido con las mayores atenciones.

En ella confluían todas las opiniones y todas las ilustraciones de Francia, Inglaterra, Italia y América; todos los hombres que fueran para mí solo nombres, se convirtieron en realidades, desde los Lafayette hasta los Montmorency. Allí vislumbré por vez primera á Mr. Guizot, uno de esos hombres que se caracterizan lo muy bastante con su nombre. No me es posible enumerar todas las celebridades, todos los talentos, y hasta los génios festivos que pasaron delante de mis ojos en aquel salon. Muchas veces salí de él deslumbrado. Aquello era la gloria, la inteligen-

cia, el génio y la elocuencia presentándose en tropel.

Despues de tantos años venturosos, la revolucion dinástica de 1830, á la cual nunca me adherí, y diferentes situaciones políticas hiciéronme extraño, pero nunca hostil á aquella noble familia. El hogar donde recibísteis, sea una sola vez, la hospitalidad, debe seros sagrado para siempre. No he dejado de respetar y vivir agradecido á aquella familia; y cuando en estos últimos tiempos el hijo me ha mortificado con una palabra injuriosa ó infcua en sus escritos, he sentido la injuria y me he callado. Solo veía en el hijo el padre y la madre. «Puedes herirme cuanto quieras en el rostro y en el corazon» me dije al leer el nombre de aquel jóven escritor al pié de la página «no me defenderé contra tí; tú no eres para mí un nombre, eres un respeto y una causa de gratitud. No profanaré, ni aun para defenderme, la veneracion que tengo por tu nombre.»

XIV.

Poco tiempo despues, pasé algunas horas, memorables para mí, en la intimidad de Mr. de Serre, que hubiera sido el verdadero Demóstenes de la restauracion, si la Providencia le hubiera permitido continuar su carrera oratoria.

Encontrábame á la sazón, de secretario de la

embajada francesa en Nápoles. Mr. de Serre, caído del ministerio, pasó á desempeñar aquella plenipotencia. Tuve encargo de iniciarle en los secretos de la revolucion de Nápoles y del Piemonte, en cuyos sucesos estaba llamado á intervenir. Encontré en él un hombre sencillo en el seno de la verdadera grandeza. Sentíame orgulloso de oír, sentados al amor de la lumbre, las confianzas que me hacía aquella alma que acababa de llenar la tribuna de la Europa entera con el sonido de su voz. Estaba quebrantado á resultas de la lucha. Su pecho jadeante, y las gotas de sudor que brotaban de sus sienes, coloreadas de un sonrosado enfermizo, eran para mí presentimientos de una muerte próxima. Almorzamos juntos despues de la conferencia. Partió, y nunca mas volvió. Víctima de la elocuencia, su acento le sobrevivirá. La tribuna francesa no ha visto otro mas enardecido, desde Vergniand. Quemaba porque ardía; en su fuego no se combinaban elementos humanos. Quería la honradez y la libertad afirmándose mutuamente sobre las ruinas de su país en los Borbones regenerados por la sangre de Luis XVI. Este pensamiento de su edad madura, fué el pensamiento de mi juventud. Murió en la labor. La obra pereció con el obrero. El tiempo no ha cesado de andar.

XV.

Durante aquel viaje á París, conocí uno de esos hombres, los cuales, por el poder de su originalidad, no pueden agruparse con nadie, pero forman ellos solos, *un género* de granza moral é intelectual, que no puede ser clasificada en ninguna categoría. Era Mr. Royer-Collard, filósofo por naturaleza, orador por reflexión, y hombre de Estado por ociosidad. Me solicitó y me abrió, como á un discípulo, su gabinete en la calle d'Enfer, cuyas ventanas daban sobre las alamedas estudiantinas del Luxemburgo.

Mr. Royer-Collard encontrábase á la sazón, separado resueltamente de aquel pequeño grupo político de discípulos que se habían engalanado con sus doctrinas, y que hicieron de su nombre, un escabel de principios para dominar. De todos cuantos hombres he conocido, este es el que con mayor desden miraba al vulgo. El desprecio era su poder, y lo elevaba hasta el exceso. Aplaudía mi aislamiento de todos los partidos. Su calva frente, sus magníficas cejas, sus mejillas hundidas por la vejez, su mirada profunda y límpida, su labio superior levantado desdeñosamente, y su voz grave y lenta que parecía destilar las sílabas al pronunciarlas, daban á su fisonomía un aspecto de autoridad física. Crefase, al hablar con él, es-

tar hablando con un antepasado.

Me amó á causa de mi desinterés por todos los sistemas, y de mi aislamiento de todas las facciones. Le estudié, sin tomarlo por modelo, hasta su muerte. Nuestras naturalezas estaban en desacuerdo lo mismo que nuestras edades. El quería discutir demasiado, yo obrar en la misma proporcion. El usaba en la tribuna un estilo lapidario, yo la primera espresion que el corazon conmovido ponía en mis lábios. Sus discursos no eran discursos, sino oráculos redactados en una especie de álgebra elocuente. No se comprendían sino á la segunda ó tercera lectura, pero una vez comprendidos, se admiraban. Contenían un mar de reflexiones en cada frase. Si Pascal hubiese sido orador político, es seguro que hubiera hablado de la misma manera. Así es que Europa y la posteridad contarán á Mr. Royer-Collard en el número de los mas perfectos escritores de tribuna que hayan removido jamás las cuestiones de sus tiempos. Muchas frases suyas han quedado como máximas en la lengua, y no pocas de sus arengas son monumentos; fué uno de aquellos hombres que nos envanecemos de haber encontrado en el curso de nuestra vida. Generalmente solo se ven en la historia ó en las bibliotecas.

En 1830, Mr. Royer-Collard, Mr. Lainé, y su amigo Mr. Cuvier formaron una cábala de grandes hombres, para abrirme las puertas, ignorándolo yo, de la academia francesa.

XVI.

Cada vez que desde el extranjero regresaba yo á Paris, el deseo ó la casualidad me daban á conocer ó á tratar alguna nueva celebridad, ó algun génio de aquellos que tanto figuraron durante los fértiles años trascurridos desde 1820 á 1830.

Jamás olvidaré mi primera entrevista con Victor Hugo, á quien Mr. de Chateaubriand llamaba el niño sublime.

Algunos de sus hermosos versos habíame herido el oído con su timbre raciniano. El duque de Rohan, admirador suyo y amigo mio, me propuso ir á ver aquella maravilla. Todavía tengo muy presente la escena, el dia y el lugar.

Erase una callecita estudiosa y desierta de los alrededores de San Sulpicio. Cruzamos un pátio y entramos en un aposento bajo de techo y oscuro, cuya puerta se abría en el fondo de un corredor. Una mujer de edad incierta, vestido un traje de color oscuro, y en cuya fisonomía se revelaban los disgustos de la viudez y los cuidados maternales, vigilaba dos ó tres niños, hijos suyos, uno de los cuales estudiaba su lección sentado en el regazo de la madre, y los otros delante de una mesa. Púsose en pié al vernos entrar, acogió con respeto al duque de Rohan, hizo un ligero movi-

miento de cabeza al oír pronunciar mi nombre, y abrió la puerta de otro aposento donde su hijo Víctor trabajaba solo. El sudor de la inspiración bañaba su espaciosa frente sombreada por los bucles de su larga cabellera. La palidez de la poesía cubría su rostro. Su voz de adolescente tenía la gravedad y la entonación de la edad madura. Nuestra conversación fué la que debía ser, la que puede entablarse entre dos compatriotas de otra esfera, que hablan la misma lengua y que se encuentran en país extranjero; en este mundo vil de la prosa. La conveniencia la abrevió; había visto el niño, y no necesitaba más. Deben verse los ríos en su origen y los grandes poetas en su oscuridad.

Non licuit populis parvum TE NILE videre
(LUCANO.)

XVII.

Pocos años después, su celebridad había crecido con sus obras y con la edad. Estaba casado, y algunos hijos alegraban su hogar. Encontrábase disfrutando una licencia temporal diplomática en mis ruinas, apenas renovadas, del valle de Saint-Point, en las montañas donde nació. Ví descender por los ásperos senderos, que se descubrían desde mi ventana, y cruzar bajo los castaños, una caravana de viajeros, hombres, mujeres y niños,

que caminaban unos á pié y otros en mulas. Muy luego la caravana llegó al pié de la pendiente arenosa de las montañas, vadeó el riachuelo, cruzó los prados y subió hácia la eminencia del castillo. Eran Víctor Hugo y Cárlos Nodier, acompañados de sus lindas mujeres y de sus hermosos hijos. Iban de viaje á Suiza y venían á pedirme hospitalidad durante algunos días.

Cárlos Nodier era el amigo nato de toda verdadera gloria. Su ocupacion era amar lo grande y lo bello. Su nivel eran las eminencias. Por efecto de su indolencia, dejaba de producir obras acabadas; mas era capaz de hacer todo aquello que le causaba admiracion. Contentábase con jugar con su génio y su sensibilidad, como un niño que juega con las joyas de su madre. Dejaba perder las piedras preciosas como si fueran arena.

Esa indiferencia con que miraba su riqueza, lo hacían otro *Diderot*, pero un *Diderot* sin charlatanismo y sin declamaciones, en nuestra época. Nos amábamos por el corazon y no por el talento. Era uno de esos hombres de conversacion íntima, un génio familiar, un confidente de todas las almas, cuya pérdida no produce un vacío tan grande como la de las grandes celebridades. Sin embargo, ese vacío se hace cada vez mas profundo. Está en el corazon.

En tanto que las mujeres y los niños jugaban en el huerto, Hugo, Nodier y yo disfrutábamos de la sombra de los bosques, del susurro del viento, de la frescura de los manantiales y del silencio

del valle, balbuceando versos futuros, que dormían y que cantaban soñando en nuestra mente, como niños arrullados en el regazo de su madre.

Llegó el día en que la caravana poética emprendió de nuevo su camino hacia los Alpes. Seguía con la mirada hasta que desapareció detrás de la montaña. Después de esta entrevista hemos permanecido amigos á despecho de los sistemas, de las opiniones, de las revoluciones y de las diferentes políticas. Todo esto es del dominio del tiempo y cambia de fisonomía con él. Pero la poesía y la amistad son del dominio reservado de las cosas eternas. *Es la ciudad de Dios*. Al entrar en ella se sacude el polvo de las ciudades terrestres.

XVIII.

Por este tiempo, conocí otro gran poeta, Alfredo de Vigni, que cantó en tonos y estilos nuevos, poemas *non prius audita* en Francia. Las playas de Escocia, tierra de Ossian no tienen mas melodía en sus olas que de Vigni en sus versos; y su Moisés, tiene golpes de cincel parecidos á los del Moisés de Miguel-Angel. Era, además, uno de esos hombres sin mancha que se colocan en el aislador de su poesía para no ser codeados por la muchedumbre. Es preciso mirar hacia arriba para verlos. Le amé y le admiré como se ama y se ad-

mira un hermoso cielo. Hay eter azulado y sin límite en su talento.

Otro poeta que yo amé, que me amó, que yo amo todavía, y que no me ama ya, es Mr. de Sainte-Beuve. Han ridiculizado sus *Consolaciones*, poesías un poco raras, pero las mas penetrantes que se han escrito en francés desde que se llora en Francia. Yo de mí sé decir, que no puedo leerlas sin estremecerme. ¿No es, acaso, mas meritorio el enternecer que el deslumbrar? Si Werther hubiese escrito un poema pocas horas antes de morir, indudablemente hubiera sido aquel. Es la poesía de la enfermedad; pero qué, la enfermedad; ¿no es un estado del alma para el cual Dios debía crear una poesía y un poeta? Sainte-Beuve fué el poeta de la nostalgia del alma sobre la tierra. Aquellos que gozan de salud, ridiculícenlo cuanto quieran; yo estoy enfermo y lo leo con frecuencia.

Desde entonces dejó los versos. y dió á la prosa inflecciones, rodeos, giros *inesperados* de impresion, perfiles y flexibilidades que hacen de su estilo una especie de cuchicheo inarticulado entre dos seres cuya lengua fuera el tacto.

Ha escrito con un lente de aumento, ha hecho visibles mundos enteros sobre una brizna de yerba, ha miniaturado el corazon humano; fué el Rembrandt de las medias luces y de las medias tintas. Afeminó el estilo con tanto analizar la sensacion.

De improviso cambió de pluma como se cam-

bia de herramienta sobre la mesa del lapidario, cuando se quieren gravar sobre el *Onyx* letras ilegibles ó letras mayúsculas, y escribió entonces en un estilo sencillo, claro, sólido, ya en alto, ya en bajo relieve la vida y obras de los hombres y mujeres de letras, en unos *Estudios*, que levantan la crítica literaria casi á la altura de la historia. ¿Quién sabe la metamórfosis que puede sufrir todavía este publicista, á quien los años transforman en vez de petrificar? Madama Recamié lo amaba hasta la adoracion; lo creo; ¿dónde, sin exceptuar Ballanché, Briffaut, el duque de Noailles, Chateaubriand, Ampere y madama Girardin, astros familiares de su salon, hubiera encontrado un hablista mas delicado, mas instructivo y ameno ni que mejor hiciera gustar las delicias de la conversacion? ¡Cuánto echo de menos aquella conversacion mas difícil de borrar de la memoria y mas inédita que todos sus libros!

XIX.

Otro génio no menos original se cruzó dos veces en mi camino; de buena gana le hubiera detenido, pero era un espíritu mas bien que un hombre. Velasele como á los aparecidos. Era Balzac.

Lo vislumbré por primera vez en casa de Madama Emile de Girardin, en uno de tantos banquetes como dada á sus amigos para tener el gus-

to de verlos reunidos, y en los que tomaban asiento Víctor Hugo, y Alejandro Dumas publicista, que se iguala con todo lo que intenta; Balzac, tan poco apreciado en vida, y que ocultaba, como el primer Bruto, su ingenio casi desconocido bajo la franca sonrisa de un niño; Eugenio Sué; Julio Jamín, único crítico lírico que hemos tenido después de Diderot, pero mil veces mas sensato, mas poeta y mas improvisador que Diderot; Ponsard, que supo hallar lo nuevo en lo antiguo; Teofilo Gautier, Cabarrus, Morpurgo, el seductor Orsay, cuyo donaire de ingenio superaba al donaire de su persona, y que pasaba toda la vida pidiendo perdón de un desliz de la juventud, por último yo mismo que permanecía silencioso en medio del ruido que hacían aquellas inteligencias discutiendo con cariñosa fraternidad.

XX.

Por este tiempo fué cuando Balzac daba salida con voces y gestos descompasados, al fuego que ardía en su inteligencia acumulado durante muchas semanas de silenciosa soledad, en no sé que chibiritil de París, donde se ocultaba para librarse de los importunos y salvar de las manos de sus acreedores, su cama y la mesa donde esbribía. Su elocuencia era mas original que exacta. Tenía, acerca de todas las cosas, ideas *solitarias*, es de-

cir, ideas en contradiccion con el sentido vulgar de este pobre mundo, que se llama el sentido comun, del cual es tan peligroso apartarse como acercarse mucho sobre la tierra. Advertíase que el juicio era menos seguro á medida que la imaginacion era mas rica en aquel hombre. Balzac era un sublime espejo que lo reflejaba todo, sin saber lo que reflejaba.

Su aspecto exterior era tan inculto como su ingénio. Era la traza de un elemento: cabeza abultada, cabellos esparcidos sobre su cuello y sobre sus mejillas como una melena que las tijeras no recortan jamás, fisonomía obtusa, lábios gruesos, mirada dulce pero ardiente, traje que renegaba de toda elegancia, frac estrecho sobre un cuerpo colosal, chaleco despechugado, camisa basta de crea, medias azules, zapatos gruesos, el aspecto, en fin, de un escolar en vacaciones, que ha crecido durante el año, y cuyo desarrollo corporal hace saltar las costuras de su vestido. Hé aquí el hombre que escribió él solo una biblioteca de su siglo, el Walter Scott de Francia, pero no el Walter Scott de los paisajes y de las aventuras, sino, lo que es mas sorprendente, el Walter Scott de los caracteres, el *Dante* de los círculos infinitos de la vida humana, el Moliere de la comedia leida, menos perfecto, pero no menos creador y fecundo que el Moliere de la comedia representada.

Si el estilo hubiera igualado en él á la concepcion, la Francia tendría dos Molieres, y el mas grande no sería el primero.

XXI.

Esto pasaba durante el curso de los últimos años de la restauracion y primeros del reinado iliterato de 1830; época en la cual me ví deslumbrado y atraído alternativamente por aquel sinnúmero de nombres resplandecientes, entre los cuales se pierden los recuerdos, de tal manera la inteligencia, el talento y el génio forman muchedumbre: Casimiro Delavigne; Agustin Thierry; Michelet, el Shakspeare de la narracion, que introdujo la comedia en la historia; Remusat; Mignet; Alejandro Soumet; Aimé-Martin, que hubiera merecido la gloria, tanta era su pasion por las letras; Enrique Martin, que trasforma las crónicas en historia; los dos Deschamps; Ozanam, que traducía la metafísica del Dante; Boulay-Paty, que traducía el amor y el platonismo de Petrarca; Musset, el corregio del colorido sobre los dibujos harto voluptuosos del Albano; Alfonso Karr, el *Sterne* del buen sentido y del buen corazon; Mery y Barthélemy, dos improvisadores en bronce que hicieron producir á la lengua milagros de prosódia; Laprade, que dió á la poesía religiosa y filosófica la inalterabilidad de los mármoles de Fidias. Autran que describe el mar como un Focense y la campiña como Hesiodo; Lacreteille, historiador que se hizo poeta con los años á la sombra de los árboles

de su jardin vecino al mio, como el instrumento de cuerda se hace mas sonoro y armonioso á medida que envejece; Segur, el poeta épico de la campaña de Rusia; Dargaud, el segundo Ronsard de *María Estuardo*; Barbier, cuyo yambo vencedor, en 1830, sobrepuja en virilidad el yambo de Andrés Chenier en el cadalso; Saint-Marc Girardin, una de esas inteligencias esquisitas que se templan en el fuego de las revoluciones, y que pasan á pié llano de una cátedra á una tribuna, trasportando el hombre de letras en el hombre político, y el político en el de letras, engrandeciéndolos ambos; por último otros muchísimos de los cuales no tengo derecho á hablar, porque solo los he conocido de nombre, ó porque los he amado demasiado y no podría ocuparme de ellos sin parcialidad. ¿Puede llamarse esto pobreza de inteligencias en un cuarto de siglo?

XXII.

Pero, hé aquí una fecha importante para mí: Un dia, poco antes de la revolucion de 1830, uno de mis amigos, del cual he hecho mencion en el comienzo de esta revista; Augusto Bernard, que volvía rico y elevado en dignidad de las Antillas, me dijo:—«Quisiera acercar siquiera una vez, á los dos hombres que mas amo y de los cuales espero mas en mi vida, tú y Mr. Thiers. El

«escribe en el *Nacional* y tu defiendes la causa de
«los Borbones; comeremos juntos, procuraremos
«no convertir el mantel en bandera, y dejaremos
«la política debajo de la mesa. No son dos opinio-
«nes las que pretendo acercar, sino dos natura-
«lezas.»

Estimaba yo á Mr. Thiers como se estiman ciertas personas aunque militen en el campo enemigo, y por consiguiente acepté.

Comimos los tres en un salon neutral del restaurant Very, en Palais-Royal. Ví un hombrecito de constitucion robusta, dispuesto, derecho, que parecía estar preparado á todas las horas para el combate, la cabeza bien equilibrada sobre el cuello, la frente serena, la mirada dulce, la sonrisa delicada y la mano corta, estendida y bien abierta como aquellos, que segun la espresion familiar, tienen el corazon en la mano. Los hombres vulgares podían motejar de fea aquella fisonomía. Yo no me equivoqué en mi juicio. Aquello era la belleza intelectual triunfando de los rasgos de la fisonomía, y obligando á la materia rebelde á espresar el esplendor de la inteligencia.

Esta inteligencia se mantenía, como el cuerpo, aplomo sobre todas sus fases, robusta y dispuesta. Acaso, á fuer de hombre meridional, tenía un sentimiento algo exagerado de sus propias fuerzas. La modestia es una virtud del norte, ó fruto esquisito de la educacion. Hablaba el primero y el último, y no escuchaba las réplicas; pero hablaba con una esactitud, audacia y fecundidad

de ideas que hacía disculpable la volubilidad de sus lábios. Conocíase desde luego que estaba acostumbrado desde su infancia á ser escuchado por sus condiscípulos. Su palabra corriente y familiar apropiada á la confianza que inspiraban la hora y las circuntancias del momento, carecía de pretensiones y de elocuencia. Hablaba con el corazon y con suma naturalidad. En vano habíamos escludido la política de la conferencia, ella se entraba con el aire por la ventana que estaba abierta. Mr. Thiers se dejó ir con la corriente del dia; manifestó, sin ódio, pero con una severidad templada solamente por consideraciones á mi persona, sus opiniones acerca de la situacion de Carlos X y la del duque de Orleans, cuyas ventanas me señalaba con la mano al otro lado del jardin. Conocíase que al minar el tronco antiguo tenía ya preparada una dinastía monárquica en aquel palacio de la revolucion. Parecía invocarla con el gesto en la seguridad anticipada de que la gobernaria, sin preveer que contribuiría á su pérdida. Puedo afirmar que preveí igualmente ambas cosas; conteníase suficiente pólvora en aquella naturaleza para volar diez gobiernos. Pero lo que hirió mi imaginacion, y ¿me atreveré á decirlo? lo que me convenció de la inmensa superioridad de aquel jóven sobre todas las medianías de la oposicion á los Borbones, fué el menosprecio en que tenía á su propio partido, sentimiento que es la virtud de la ancianidad, y el cual solo se adquiere con los años, pero que él sentía

y espresaba en alta voz antes de la edad madura, por efecto de la esactitud é independencia de su juicio.

Salí del restaurant convencido mas que nunca de la caída de la restauracion, visto que la Providencia le había suscitado tan tremendo enemigo. Pero tambien salí satisfecho de haber encontrado un enemigo digno de ser combatido, un talento esforzado y resuelto en medio de una legion de hombres de partido que no pasaban de ser medianías.

No dudé un momento del grande éxito que le esperaba; hay hombres que profetizan su porvenir á la primera mirada; tal es la evidencia de la superioridad. Nunca la ví escrita en caracteres mas lejíbles, y añadiré con franqueza, en trozos mas seductores; porque el valor y la franqueza de espíritu son para mí la primera de las seducciones.

XXIII.

El edificio se vino á tierra. De regreso en Paris algunos meses despues encontré á Mr. Thiers agitando entre ruinas y materiales de reconstrucion. Ensayábase en la tribuna sin esperanzas de éxito. La naturaleza no le había dado voz, pero sí una voluntad que se sobreponía á la naturaleza. Era indispensable ser orador, y lo fué. Me ne-

gué á adherirme á un gobierno por el cual no sentía simpatías ni estimacion, y emprendí un viage á Inglaterra.

Allí fué donde conocí al príncipe de Talleyrand, último amigo de Mirabeau, y resto importante de diez gobiernos y de diez principios. Me recibió y me halagó con esas maneras naturales y distinguidas que le caracterizaban. Tuve con él varias conferencias que fueron mas bien profecías políticas que apreciaciones perspicaces de un hombre de estado.

Sentóme una tarde á su lado sobre un canapé en su gabinete débilmente iluminado. «Deseo conversar con Vd. sin testigos,» me dijo con acento grave. «Usted no quiere adherirse á nosotros, ¿por mas que la obra de reconstruir un gobierno con los primeros materiales que se encuentren á la mano sea la obra maestra del espíritu humano. No insisto. Me parece haberle comprendido. Usted quiere reservarse para una cosa mas entera, mas grandiosa que eso de sustituir un tío con un sobrino sobre un trono sin base. Usted lo conseguirá. La naturaleza le hizo poeta, la poesía le hará á Vd. orador, y el tacto y la reflexión lo harán hombre político.

«Conozco á los hombres, tengo ochenta años, y veo mas allá de lo que alcanza mi vista; Vd. jugará un gran papel en los acontecimientos que vendrán despues de estos. Yo he visto los manejos de las córtes, Vd. verá las convulsiones algo mas importantes de los pueblos. Os aconse-

«jo dejar los versos, por mas que admire los vuestros. Esta no es la edad de la poesía; fórmese en la gran elocuencia de Atenas y de Roma. Francia presenciara en la plaza pública escenas como las que inmortalizaron aquellos grandes pueblos. He visto el primer Mirabeau, procurad ser el segundo. Era un grande hombre, pero carecia de valor para hacerse impopular; bajo este aspecto me creo mas hombre que él; abandono mi nombre á todas las interpretaciones y á todos los ultrages del vulgo. Me creen inmoral y maquiavelico, cuando solo soy impasible y desdeñoso. Nunca di un consejo perverso á un gobierno ni á un príncipe, pero tampoco gusto de hundirme con ellos. Despues del naufragio se necesitan pilotos para recoger los náufragos. Tengo sangre fría, y los conduzco á un puerto cualquiera; poco me importa el que sea, con tal que sea de abrigo. ¿qué sería de la tripulacion si todo el mundo se ahogase con el piloto? Mr. Casimiro Percer es á la hora esta un gran piloto, y yo le ayudo; queremos preservar la Europa de la guerra revolucionaria, y lo conseguiremos; me atematizarán en los periódicos franceses, pero se me bendecirá en otro lugar y mas tarde. Tengo el aplauso de mi conciencia; termino bien mi vida pública. Estoy escribiendo mis memorias, las escribo con la verdad, y deseo que no se publiquen hasta mucho despues de mi muerte; he desafiado la necedad de los juicios de la opinion durante todo el curso de mi vida, y bien puedo

«desafiarla todavía cuarenta años dentro de la
 «tumba. Acuérdesse despues de mi muerte de lo
 «que le vaticino hoy; Vd. pertenece al corto nú-
 «mero de los hombres de quienes deseo ser cono-
 «cido. Hay diferentes maneras de ser honrado
 «para los hombres de estado; mi manera no es
 «la suya, hartó lo veo; pero llegará un día en
 «que me estimará Vd. mucho mas de lo que creé.
 «Mis supuestos crimines son pura y simplemente
 «quimeras de los imbéciles. ¿Acaso un hombre
 «hábil necesita nunca hacerse criminal? Este es
 «uno de los recursos de los idiotas en política.
 «El crimen es como el reflujo de la mar, vuelve
 «sobre sus pasos y ahoga. He tenido debilidades
 «que algunos han calificado de vicios; pero críme-
 «nes, ¡quita allá!»

Despues de esta prediccion me habló de los asuntos del día, y desarrolló por espacio de un cuarto de hora delante de mis ojos un cuadro político y social de Europa, alumbrado por la situacion exterior de 1830, con una luz que no dejaba en la oscuridad ningun seno recóndito de las córtes y de las naciones. Fué una leccion de diplomacia esplicada por un ministro encanecido á un jóven poeta. Nuestra conferencia se prolongó hasta muy entrada la noche. Hacia el final exclamó: «Dícese de mí que soy un hombre que
 «emplea el donaire y la agudeza en la conversa-
 «cion, ¿qué opina Vd. del dicho? No recuerdo ha-
 «ber dicho en toda mi vida una agudeza; porque
 «siempre he tratado de decir, despues de madu-

«ras reflexiones, sobre muchas cosas, la palabra esacta!»

Es una verdad. Aquel grande hombre de inteligencia no la daba nunca de ingenioso. Su conversacion lenta é intermitente participaba de la grave monotonía de su acento. Veíase que sus palabras eran pensamientos filtrados por entre sus lábios. Su conversacion era esencialmente literaria, tal cual convenía á un amigo de Mirabeau y á un hombre acostumbrado al trato de las córtés. Coraplacíame en ella como en la lectura de una página de Pascal. A pesar de la diferencia de nuestras edades, frecuenté su trato en Paris. Comí con él, en su casa cuatro dias antes de su fallecimiento. Su sonrisa era la misma, su inteligencia no se había debilitado. Fué diplomático hasta con la muerte. Sería un pesar para mí el no haberle conocido. No han existido muchos hombres cuya frente se alzara tan por encima del vulgo y de la superficialidad de su siglo. Fué el *'Odi profanuns vulgus* personificado. El desprecio de lo vulgar elevado á esta altura constituye casi una virtud. Sin embargo, hay una luz que procede de la inteligencia, y otra que procede de la conciencia. Mr. de Talleyrand solo tenía una, y no era la mejor.

XXIV.

El hombre de letras que me recuerda mas al diplomático, aquel á quien amo mas, y que estimo tanto como lo amo (causará estrañeza encontrar su nombre despues del de Mr. de Talleyrand) es el gran poeta Beranger. La casualidad y no la conformidad de opiniones políticas ó de partido, nos puso en relaciones en los últimos años que precedieron á la república. No hablaré de sus obras por temor á ofender los dioses de mi infancia, ó de herir los suyos. Mis elogios parecerían apostasías y mis censuras rencores. Doy al olvido al poeta, á fin de ver en él solo el hombre, el político y el filósofo superiores al artista.

Solo con Mr. de Talleyrand he gustado el placer de imaginacion que me hizo saborear hasta la embriaguez la conversacion de Beranger. Conversacion tan exacta y tan delicada como la del gran diplomático, pero en la cual se entrega uno con mas expansion al placer de la inteligencia, porque se siente la conciencia dominada por el génio, y el corazon por la facilidad de la palabra.

Voy á decir una verdad evidente para mí, por mas que cause sorpresa á mis lectores: Beranger, el gran poeta, hubiera sido, á haberlo querido, el político mas consumado de nuestra edad. Precision en las ideas, delicadeza de tacto, firme-

za de juicio, elevacion de miras, dilatacion de horizonte, dignidad en el fin, moralidad en los medios, sangre fria en el tumulto, amor al pueblo, desden de la popularidad, horror á la anarquia, ódio á los demagogos, lástima de los utopistas, constancia y moderacion de carácter, todo se reunia en él para formar un hombre especial, digno y capaz de ser el consejero y confidente de la libertad. Solo tenia un defecto, la falta de enerjía en la accion, defecto diametralmente opuesto al mio, que era la impaciencia de obrar.

Hoy que he muerto para el mundo, y que me encuentro como espectador olvidado en las últimas gradas del circo donde se representa el drama del mundo, drama sin principio y sin desenlace, cuando quiero proporcionarme uno de esos goces puros del espíritu que las sombras disfrutaban en los campos Eliseos del Dante, hablando de las cosas de la tierra con los que habitan el mundo de los vivos, salgo al medio dia de mi retiro laborioso, me dirijo hacia el extremo mas apartado de la ciudad y subo la escalera de madera que conduce al pequeño aposento del filósofo. Conversamos familiarmente; despues me acompaña con frecuencia á mi casa, como el autor de *Pablo y Virginia* acompañaba al autor del *Contrato social* durante sus herborizaciones mas allá del arrabal de Menilmontant. Nos confundimos desconocidos de todos en aquel torrente de hombres y mugeres afanosos de negocios, de ambiciones y de placeres que circulan sin cesar en aquella hora

por las anchas aceras del boulevard desde la Bastilla hasta la Magdalena. Su sombrero de fieltro gris, de ala ancha inclinada sobre los ojos, su largo y nevado cabello, los rasgos de su fisonomía que revelan su ancianidad y sus sentimientos esquisitamente sensibles bajo la espresion de su delicada sonrisa, le permitian pasar desapercibido entre la muchedumbre, detenerse, hablar conmigo con entera libertad en aquel desierto de la muchedumbre, en el cual se aísla uno cuando quiere lo mismo que en la soledad de los bosques.

Nada es igual á la secreta voluptuosidad de espíritu con que saborea la situacion de dos hombres que han hecho en otro tiempo tanto ruido entre los muros de Paris, y que ahora se deslizan impunemente sin temor á los ecos ni á las miradas por entre estas masas vivientes que no conocen ya su fisonomía y que apenas si saben sus nombres. Encuentro en esta sensacion estremecimientos interiores de aislamiento póstumo y de satisfaccion filosófica, que los jóvenes ávidos de miradas no pueden comprender. Experimento en estas conversaciones mano á mano con Beranger en medio de Paris, una cosa parecida á lo que se siente al recorrer durante una mañana de otoño, la cumbre de los cerros que dominan la niebla que se extiende por los valles. Cuando se está al lado de Beranger parece que levanta uno la cabeza por encima de la niebla de este triste mundo, que se juzga y compadece al vulgo que se agita en la oscuridad de sus preocupaciones, y que se oye

de tiempo en tiempo aquel sábio y compasivo *misereor superturbam*, que hace el sacrificio de su corazon al mundo, y que solo le acusa de ser lo que es. Beranger es uno de esos dos ó tres hombres que aparecen en cada siglo, que tienen los piés en el fango y el corazon en el pueblo, pero que levantan la cabeza por encima de las nieblas humanas.

¡Que Dios me permita gozar todavía por mucho tiempo tan sabrosas pláticas con él.

XXV.

En los penosos últimos años de este siglo la literatura que parece haber abandonado los libros, se ha trasladado á las tribunas y á los periódicos. Discurrir, ya no es una distraccion, es un trabajo; la sociedad en ebullicion dirige todas sus llamas hacia el mismo hogar. Desde Chateaubriand en el periódico *El Conservador*, hasta *El Globo*, hasta Mr. Thiers en *El Constitucional* y hasta Carrel y Armand Marrast en *El Nacional*, Mr. Chambolle en *El Siglo*, Mr. de Girardin solo contra todos en *La Prensa*, el nombrar los escritores de la prensa política, seria nombrar todos los hombres de letras. Todo aquel que tenia un pensamiento, una pasion ó un sueño tomaba la pluma en la mano. No es aventurado decir, que una coleccion de todos los artículos publicados en

las revistas ó en los periódicos de aquellos treinta años, seria, sin disputa, el libro mas bello del siglo.

Pero ¿qué mejor mentís arrojado á la faz de los denigradores de nuestra edad, que la *tribuna* de aquellos treinta años? Prescindiendo de toda vanidad de tiempo y de nacion, ¿veis en Europa, vislumbrais en la antigüedad alguna tribuna que pueda compararse á aquella que vió pasar en tan corto espacio de lugar y de tiempo, en la elocuencia de Mr. Lainé, el civismo; en la de Mr. de Serres, la grande polémica; en la del general Foy, el patriotismo; en la de Casimiro Perier, el valor; en la de Mr. Royer-Collard, los oráculos; en la de Mr. Guizot, la voluntad; en la de Mr. Dupin, la esplosion; en la de Mr. Barrat, la universalidad; en la de Mr. Passy, la ciencia; en la de Mr. Dufaure, la dialéctica; en la de Mr. Julio Favre, el talento; en la de Michel de Bourges, la revolucion; en la de Mr. de Montalembert, lo cólera cívica ó la invectiva sagrada; en la de Victor Hugo, la poesía vistiendo á la prosa con sus magníficos girones de púrpura; en la de Mr. Sauzet, la abundancia; en la de Mr. de Tracy, el *Wilberforce* de Francia, la magnanimidad; en la de Mr. Berryer, lo grandioso y lo patético; en la de Mr. Thiers, el prodigio.... Sí, el prodigio, porque este orador se lo debia todo á sí mismo; todo, hasta la palabra y el gesto, ó por mejor decir, suplía la falta de gesto y de palabra con el exceso de su talento. Desmenuzaba, dividia durante ho-

ras enteras el pensamiento, el buen sentido, y algunas veces el sofisma sin cansar al auditorio, sin agotar sus recursos. No daba grandes golpes, pero menudeaba tanto los golpecitos, que acababa por quebrantar los ministerios, las mayorías y los tronos. No tenía los grandes ademanes del alma de Mirabeau, pero tenía su fuerza en detalle; había transformado la clava de Mirabeau en la tribuna, en flechas. Con ellas hería á diestro y siniestro las asambleas; una llevaba escrito el razonamiento, otra el sarcasmo; sobre esta se leía el donaire, sobre aquella la pasión. Aquello era un nublado del cual no podía uno ponerse á cubierto. Yo de mí sé decir, que cuantas veces combatía el hombre político, admiraba á compás el supremo artista.

No quiero nombrar aquellos con quienes luché en una época memorable. Fuimos solidario. El nombrarlos equivaldría á nombrarme á mí mismo. El mismo silencio debe cubrirnos á todos durante algun tiempo.

Algunos de aquellos hombres acababan de morir, y sus cenizas yacen todavía calientes en nuestros cementerios; el mayor número vive todavía, envejece, ó mas bien se madura en el trabajo de las letras, que es la eterna juventud del espíritu, porque es su eterna reproducción por el estudio. Ahí están; á su sombra, detrás de ellos crece una multitud de jóvenes que anuncian para la Francia una inagotable generación de talentos.... ¡Atreveos, despues de haber pronun-

ciado tales nombres, á anunciar la decadencia de la inteligencia en Francia!

XXVI.

Pero descendamos un poco mas, si quereis, y mostremos con un solo ejemplo hasta qué punto el fondo del carácter de la nacion se habia en pocos años civilizado, templado é instruido por aquella literatura universal de las mismas clases iliteratas. Veamos si desde la cabeza de la nacion no habia descendido hasta los miembros inferiores, una cosa muy superior y desconocida de los pueblos antiguos.

Hace pocos dias que examinando algunos textos de la historia romana, leí en *Lampride* una grande convulsion de la soldadesca y del populo romano despues de la muerte trájica del emperador Cómmodo, y de la coronacion de Pertinax. El historiador parece haber reunido en un solo clamor las voces confusas, sordas y estridentes que se exhalan de una muchedumbre, como el choque de las olas, cada una de las cuales tiene su mujido al romperse sobre las peñas de la costa, formando entre todas un solo bramido. Este trozo es la música terrible de un motin anotada en gritos de muerte por un historiador. La ferocidad brutal y sanguinaria del pueblo romano endurecido por los espectáculos del circo se mani-

fiesta al desnudo. Escuchad, Lampride habla.

«¡Que se arranquen las insignias de su dignidad al enemigo de la patria.... al enemigo de la patria! al parricida, al gladiador, que se coja al parricida....! ¡Que se le arroje al muladar.... que sea despedazado.... el enemigo de los dioses, el enemigo del senado, á las cloacas....! á las cloacas....! que sea mutilado con garfios! habia decretado nuestra muerte, que sea despedazado....!

«Tú has participado de nuestros peligros ¡ó Júpiter! conservamos á Pertinax.... ¡Gloria á los pretorianos...! gloria al Senado, gloria á los soldados! Pertinax, te pedimos que el cadáver del parricida sea arrastrado..... arrastrado á las cloacas!.... Dí como nosotros.... dí con nosotros: Que los delatores sean arrojados á los leones.... Dí con nosotros, dí como nosotros, dí con nosotros: A las fieras el parricida! victoria para siempre al pueblo romano....! que se derribe el parricida, el gladiador...! rómpanse sus estátuas en todas partes, por todas partes! ¡Tú vives, tú vives, tú nos mandas, somos felices...! que los delatores tiemblen...! nuestra salvacion lo quiere...! que los delatores perezcan por el hacha y entre azotes...! á las fieras los delatores...! á las cloacas... á las cloacas... los gladiadores...! César decreta el suplicio de los gárrios...! que sea despedazado... que sea arrastrado...! ha clavado el puñal en el pecho de todos, que sea arrastrado...! no ha perdonado la edad, ni el sexo, ni

«parientes, ni amigos, que sea arrastrado...! ha
 «despojado los templos, que sea arrastrado...! ha
 «violado los testamentos, que sea arrastrado...!
 «ha puesto las cabezas á precio, que sea arras-
 «trado...! fuera del Senado sus espías...! á los
 «leones los delatores...! Repara los males que se
 «nos han causado...! Todos hemos temblado por
 «tu vida...! nos hemos arrastrado á los piés de
 »nuestros esclavos...! decreta, decreta el suplicio
 «del parricida...! Ven, preséntate, te espera-
 «mos...! Ah! los inocentes carecen todavía de se-
 «pultura...! Que el cadáver del parricida sea ar-
 «rastrado á las cloacas...! hizo abrir los sepulcros
 «y sacar de ellos los muertos...! al muladar, al
 «muladar el parricida...! que su cadáver sea ar-
 «rastrado...!»

XXVII.

Escuchad ahora como se espresa el pueblo fran-
 cés en medio del motin mas trágico que haya pro-
 ducido jamás una muchedumbre jadeante y voci-
 feradora en la plaza pública, entre el estampido
 de la artillería y el olor de la sangre. Yo soy *Lam-
 pride* en esta circunstancia.

Erase la tarde de la segunda jornada de junio
 de 1848. Un puñado de anarquistas ébrios de tin-
 ta por la mañana en algunas hojas incendiarias,
 y por la noche con el humo de los clubs comunis-

tas de los arrabales, habian construido barricadas y sitiaban á Paris sorprendido durante su sueño. Digo, un puñado (por mas que se estrañe) y lo diré hasta el fin; porque entrequinientos mil ciudadanos de Paris y sus afueras, no podian contarse, estoy convencido de ello, mas de mil doscientos á mil y quinientos fusiles parricidas, haciendo fuego desde los tejados de las casas y detrás de las barricadas sobre sus conciudadanos. El resto fluctuaba, contemplaba atónito, lloraba ó se estremecía como una masa de agua indecisa entre dos corrientes.

Regresaba yo del ataque de las grandes barricadas del arrabal del Temple, tomadas al finalizar el dia por la guardia móvil, las tropas y la artillería. Me acompañaban el bravo Duclerc, ministro de Hacienda, no menos impetuoso en el combate que prudente en los negocios, un jóven guardia nacional de caballería, llamado Lachaud, que se habia consagrado á mi servicio sin conocerme, y Pedro Bonaparte, hijo de Luciano, con el cual estaba unido por lazos de parentesco, y que acababa de perder á mi lado, el caballo que montaba.

Naturalmente inquieto del resultado de la noche y del dia que debia seguirle, porque no veia sobre el terreno las tropas que mandáramos acercar á Paris desde dos meses para el momento en que estallase aquella sedicion prevista de antemano, quise sin cuidarme del riesgo, reconocer personalmente el campo, el número y las disposi-

ciones del innumerable pueblo de artesanos y obreros que recorrían los bulevares desde la boca del arrabal del Temple hasta cerca de la Bastilla. Atravesé por entre las hileras de tropas que contenían la multitud en aquella altura, y me adelanté, solo con los tres hombres de corazón que me acompañaban hasta la mediación de la calzada; las masas del pueblo replegado sobre las dos aceras, se manifestaban admiradas de tanta audacia, y preguntaban quien era yo. Al saber mi nombre, el pueblo se precipitó sobre mí con los brazos levantados, jesticulando y vociferando en términos que mi caballo, asombrado del fuego que había sufrido anteriormente, se encabritó. Sujetáronlo aquellos brazos por la cabeza y las crines, y lo contuvieron acariciándolo. Un valiente guardia de la asamblea llamado Husson, antiguo militar, le asió por la brida, y me cubrió con su cuerpo en tanto duró el prolongado diálogo entablado entre el pueblo y yo.

XXVIII.

Andábamos diez pasos por minuto. Formaban aquella muchedumbre, no esa clase de hombres vagos ó desocupados, polilla de las grandes ciudades, sino algunos ciudadanos domiciliados en las tiendas de aquel barrio, honrados *artesanos establecidos*, médula de París, y una masa innu-

merable de hombres, de jóvenes, de mujeres y de niños del arrabal de San Antonio, que acudieron desde sus talleres y boardillas al bulevar, al oír los disparos del cañon. Esta multitud, tenia, generalmente, la mirada dulce, el aspecto enfermizo, el rostro pálido, y los lábios trémulos efecto de la agitacion. Conocíase en los trajes y en lo demacrado de los cuerpos la estenuacion de un pueblo á quien falta el pan y el trabajo desde algunos meses. Oía yo en lontananza y en mi derredor un zumbido sordo y prolongado como el que sale de una colmena en ebullicion.

Habia encargado á *Lachaud*, individuo del cuartel general, que me seguia á corta distancia, que anotase en su memoria y luego sobre el papel los gritos, los murmullos y las vociferaciones que escuchase, con el fin de conocer por este medio las quejas, los deseos y los cargos formulados por el pueblo, á fin de disponer los medios de conjurar el peligro con pleno conocimiento de causa. Hé aquí, pues, reproducidas literalmente las voces de aquella inmensa sedicion, tal como me ensordecieron al subir al cielo, y tal como las he copiado de las notas de aquel amigo.

¿Quién es aquel que monta el caballo negro...?
«¿Es un miembro del gobierno provisional...? Viva L...! Quiero estrecharle la mano... quiero tocar su caballo...! Voces de algunos hombres no mal vestidos situados en las calles de árboles:
«¡Muera L...! ¡Viva la república democrática y social...!» Millones de voces cubren con su chifla

aquel grito de muerte. Muchos obreros en mangas de camisa rodean el caballo de L. y le hablan todos á la vez unos desde cerca y otros desde lejos, estendiendo los brazos hácia él. «No tengais «miedo... no tengais miedo L...! no somos facciosos, «no somos bandidos... no somos asesinos...! ¡No «queremos sangre ni saqueo...! Somos honrados «trabajadores á quienes los disparos del cañon «han hecho salir de su casa, y que detestan como «vos á los que hacen fuego sobre sus hermanos...!

«Solo pedimos orden, trabajo y pan...! ¡Mirad, «mirad nuestras mujeres, nuestras hijas, nues- «tros niños que nos acompañan...! Miradlos como «tiemblan y como lloran...! Miradlos que pálidos, «flacos y mal vestidos están...! ¿Tenemos cara de «estar bien alimentados...? ¿tenemos cara de estar «bien alimentados...? Hace cinco meses que esta- «mos á media racion á fin de pagar la libertad en «lo que vale...! No nos pesa...! Pero la libertad «debe mantener al pueblo...! ¡Disolved la asamblea «nacional...! Fuera la asamblea nacional...! No «sabe hacer nada...! Está perdiendo el tiempo...! «Gobernadnos solo...! Sí, sí; sed gobierno solo...! «¡Gobernadnos solo...! Gobernadnos solo...!

«L...—Lo que pedís es un atentado criminal! «La asamblea es la Francia! Dadle el tiempo ne- «cesario; no se organiza un gobierno y un pueblo «en una sola sesion!

«*Las voces.*—No, no, no hace nada...! no nos «comprende... no conoce nuestras necesidades...! «Gobernadnos solo...! Os obedeceremos... lo jura-

«mos...! ¿No os hemos obedecido cuando nos pusísteis de centinela en las puertas de las casas de los ricos durante las noches de febrero...? ¿No os hemos obedecido cuando nos mandásteis apagar el incendio de las Tullerías y de Neuilly...? ¿No os hemos obedecido cuando no quisísteis la bandera roja...? ¿No os hemos obedecido cuando habeis suprimido la pena de muerte contra nuestros enemigos...? ¿No os hemos obedecido cuando nos llamásteis el día 16 de abril para libertaros de los comunistas que os tenían sitiado en el ayuntamiento...? ¿No nos hemos levantado, llamados por vos, en número de quinientos mil, contra ellos...? ¿No os hemos obedecido, el día 15 de mayo para libertar la asamblea nacional y para dirigirnos contra el hotel de ville, que ocupaba el cañon de los insurrectos...? Decidlo...! Decidlo...! ¿Cuándo hemos dejado de obedeceros...? ¡Somos pobres, pero somos buenos ciudadanos, buenos muchachos que os obedecerán siempre...! pero, gobernadnos solo...! Un gobierno, es pan para nuestros hijos...! Pan...! Pan...! El orden es la paz para nosotros, eso es lo que queremos!...

«*Clamor en toda la línea.*—¡Pan y paz...! Pan y paz...! Pan y paz...! basta de sangre...! No queremos sangre...! No queremos la insurrección...! Pero disolved aquella asamblea de charlatanes...! Mandad que cese el combate...! Mandad suspender el fuego de cañon...!

«*L...*—¿Quereis, pues, que dejemos asesinar

«todo Paris y la Francia, sin defender la vida de
«las gentes honradas como vosotros, contra un
«puñado de culpables...?»

«*Vocería general.*—¡Es verdad...! Es ver-
«dad...! No aprobamos su conducta...! No esta-
«mos con ellos...! No los conocemos...! Son malos
«ciudadanos...! Pero ¡acabad pronto, ó no respon-
«demos de nosotros mismos...! ¡Disolved la asam-
«blea...! Trabajo...! pan...! pan...! pan...! Paz y
«perdon...! perdon para los vencidos...! El enemi-
«go caído ya no es nuestro enemigo...! Los he-
«ridos al hospital...! Perdon para los vencidos...!
«Los heridos al hospital...! En febrero hemos lle-
«vado á hombros los vuestros y los muertos...!
«Nada de venganzas...! nada de cadalsos...! Per-
«don para los vencidos...! Un gobierno...! un go-
«bierno...! Pan y trabajo...! la libertad es la paz...!
«pero no lo olvideis, perdon para los vencidos...!
«perdon para los vencidos...! los heridos al hospi-
«tal...! humanidad para todos...! Somos fran-
«ceses...!»

Hé aquí, pues, literalmente copiados en el mis-
mo lugar de la escena los gritos confusos, lamen-
tables, y sin embargo, humanos de la mayor re-
belion del pueblo francés, comparados con los
gritos feroces, sanguinarios é implacables del
pueblo romano en una situacion idéntica de es-
plasion del alma popular...! ¡Cuán bien se mani-
fiesta el corazon distinto de los dos pueblos, en
sus gritos...! El circo y la esclavitud habian he-
cho feroces los instintos del populacho romano; la

libertad y la literatura penetrando desde treinta años hasta en las masas, habian humanizado, dulcificado y ennoblecido el pueblo francés. Si es susceptible de extravío, es incapaz de ser cruel en masa.

Aquellos que abrigan temores por la existencia de la sociedad en Francia, que se tranquilicen; este pueblo curado por su literatura, tiene buen corazon y mucho buen sentido. Pueden tener lugar veinte revoluciones, pero no habrá un solo cataclismo social. ¡Debe á la naturaleza su buen corazon, y á la literatura su buen sentido!

UNDÉCIMA CONFERENCIA.

JOB EN EL DESIERTO.

I.

Creo firmemente que este es el monumento literario mas sublime, no solo del espíritu humano, no solo de todas las lenguas escritas, y no solo de la filosofía y de la poesía, sinó el mas sublime del alma humana, creo que es el gran drama eterno que lo resume todo con solo tres actores; pero ¡qué actores...! DIOS, EL HOMBRE Y EL DESTINO.

No vacilamos en decir, que si la especie humana debiera desaparecer enteramente de la tierra (lo cual es posible) para dejar el lugar que ocupa en este pequeño globo, á una raza mas perfecta y mas inteligente, y que del naufragio general debiera salvarse una sola obra del hombre, esta

obra, debería ser el poema de Job. Bastaría ella sola para servir de epitafio á la humanidad muerta, y para inmortalizar, por los siglos de los siglos el génio humano ante su posteridad desconocida.

Mr. de Chateaubriand en las únicas dos páginas que le consagra, lo llama una elegía. ¡Puede llamarse una elegía, ese rugido del leon herido, luchando con las angustias de la vida, de la muerte, y de la duda, é interrogando al mismo Dios para que justifique sus decretos delante de su criatura! No; no hay poeta que pueda ponerse al lado de Job; podría leerse su libro sobre las ruinas del mundo, oyendo el estrépito de los planetas saliendo de sus órbitas, estrellándose los unos contra los otros; y es seguro, que la majestad de su acento igualaría al del derrumbamiento de la creacion.

II.

Homero solo es un narrador divino, cuyos cantos distraen de sus fatigas á los héroes sentados bajo la tienda despues de un dia de batalla. Se puede guardar, como lo hacía Alejandro, debajo de la almohada.

Los poetas indios son fabulistas maravillosos que revisten de formas fantásticas al Dios único é inmortal. Pueden leerse en las bibliotecas.

Los poetas chinos solo son teólogos muy doctos, pero tambien muy áridos, que otorgan al pueblo la concesion de algunas encarnaciones indias, y que pueden ser leidos en las horas de ocio.

Virgilio, es un consumado académico de Roma, que puede leerse en los colegios y en las academias.

Horacio, es un indiferente voluptuoso, un Saint Evremont romano, que se lee con gusto á la mesa.

Dante, es un teólogo popular, en versos unas veces triviales y otras veces sublimes, que puede leerse hojeándolo de la misma manera que se busca una perla en un monton de conchas.

El Tasso, es un poeta de fantasía y de aventuras amorosas, que puede ser leído en la corte para distraccion de las inteligencias.

Camoens y Milton, son dos magníficos ecos, el uno de Virgilio, y el otro de Moisés, que pueden leerse despues de sus respectivos modelos, elevándolos al mismo nivel.

El mismo Racine, el mayor de nuestros poetas, solo es el mas melodioso músico que puede oirse en un teatro, y que puede leerse como se escucha en el silencio del alma, la música de las lenguas.

III.

Pero Job! Job podeis leerlo delante del mismo

Dios, sin temor á distraeros de la majestad y del terror divino, pues sus versos parecen haber sido escritos sobre la página, con la majestad, el terror y la misma sombra visible de Jehová. En fin, podeis leerlo delante de la muerte, bañado con el sudor de la agonía, viendo levantada la losa del sepulcro donde vais á dormir el sueño eterno, porque ya la agonía no tendrá estremecimientos, ni la muerte horrores, ni el sepulcro tinieblas que no estén en su libro. ¡Qué poeta, es ese, que no tiene una cosa mortal ó inmortal á la cual no sea semejante! ¡Qué libro es ese que puede pasar en vuestra mano, de la vida á la nada, del sol á la oscuridad subterránea y del tiempo á la eternidad sin palidecer á vuestros ojos, y que puede ser leído desde los dos lados del sepulcro sin volver la hoja! Si se lee en el sepulcro y en la eternidad, estad seguros que se leerá este libro. Es el libro de las dos vidas.

¿Por qué? Trataremos de decíroslo.

IV.

No soy partidario de la escuela de las *Noches* de Young, ó de la de las lamentaciones de Jeremías. Ese sistema de llorar sempiternamente sobre todas las cosas humanas, no conduce á nada. Las poesías empapadas en lágrimas me producen el efecto de esas plañideras pagadas, que asistían

á las exequias de los antiguos, y que asisten á las de los orientales hoy en día, que se mueren de hambre si nadie las alquila pagándoles un tanto por cada sollozo durante tanto tiempo. Las lágrimas son disculpables dos ó tres veces en la vida, derramadas con mas frecuencia, afeminan; deben ser respetadas cuando se ven correr, porque han sido dadas por la naturaleza al hombre, como dá el rocío á las noches de los climas ardientes para reblandecer la dureza de un cielo de fuego. Son las gotas de la piedad que pasan por la esponja del corazón; pero no son el órgano del valor. Luego si el hombre carece de valor, no es hombre. Dadle una rueca y un lacrimatorio! Que hile su copo, y que lleve la cuenta de las lágrimas que se contienen en los ojos de un cobarde durante sesenta ú ochenta años de lloriqueo.

V.

Estoy dotado, como todos los poetas, de una fibra esquisitamente sensible, que debe por consiguiente, estremecerse mas pronto y vibrar mas profundamente al contacto rudo ó delicado de las cosas humanas. Creo que pocos hombres han sufrido mas que yo en curso de una vida, en la que el sufrimiento no me ha dicho todavía su última palabra...! Sin embargo, doy infinitas gracias á esta mi naturaleza, porque si es verdad que mi

fibra es muy sensible al dolor, no lo es menos á las impresiones dulces y embriagadoras de la vida. Mi fibra se inclina á la melancolía, pero nunca llega hasta la postracion; se endereza fácilmente, como un muelle de acero bien templado, que no se rompe por efecto de su elasticidad. Su equilibrio turbado incesantemente, é incesantemente restablecido, dá á mi alma cierta serenidad jovial que se destaca sobre un fondo de tristeza. Esta es la temperatura de este globo donde se muere, pero tambien donde se vive; de este globo donde se sufre, pero en el cual tambien se ama...

Así es que nadie es mas flexible que yo al soplo de los vientos túbio y alfcios de esta tierra, que reinan algunas veces durante la primavera, y tambien en el otoño sobre la epidermis del corazon. Nadie se ha embriagado con mas delicia que yo en una mirada, ni ha libado néctar mas dulce en una sonrisa, ni ha sentido mas encanto al dulce calor del sol, ni soñado con mas abandono durante una noche de verano, ni ha asistido con mas piadoso entusiasmo al espectáculo de las montañas, de los valles ó de los mares, y debo decirlo todo, ni ha espirimentado mas jovial alegría, algunas veces, en la espansion comunicativa de una mesa rodeada de amigos dando rienda suelta á los chispeantes rasgos de su ingénio, vaciando los vasos y remitiendo para otro dia las tristezas de la vida y la brutal inexorabilidad de la muerte. Nadie, estoy seguro de ello, ha gozado con mas confianza del cariño de sus amigos, fa-

milia adoptiva, parentesco del alma, público íntimo, que no son ni tan pérfidos ni tan indiferentes como suponen los corazones tristes, y que yo, por el contrario, los he encontrado tanto mas leales y mas cariñosos cuanto mayor ha sido mi infortunio.

Sí; seamos justos, hay tanto bien como mal en la vida; y puede decirse, con respecto á la existencia, lo que dije de nuestra pátria hace pocos años: La Francia tiene magníficos momentos y años bastantes feos.—Ni á la pátria, ni á Dios, ni á los hombres debe negárseles estos magníficos momentos! La ingratitud nunca ha sido la justicia, y sin justicia ¿dónde encontraríamos la filosofía de la vida?

VI.

A pesar de las disposiciones equitativas y equilibradas, y hasta diré felices, de mi naturaleza, afirmaré, con la sinceridad y la audacia de Job, que todo, bien pesado, bien nivelado, bien calculado, bien pensado y repensado, en último resultado, la vida humana (abstraccion hecha de Dios, es decir, del infinito) es el suplicio el mas divino é infernalmente combinado para producir, en un espacio de tiempo dado, en una criatura que piersa, la mayor cantidad de sufrimientos físicos ó morales, de gemidos, de desesperacion, de

gritos, de imprecaciones y blasfémias que puedan caber en un cuerpo de carne, y en una alma de... Ni aun sabemos el nombre de esta esencia que nos hace ser quien somos...! No es posible que un hombre, por mas cruel que se le suponga, pueda llegar á combinar con acierto mas infernal y mas sublime, semejante suplicio. Ha sido necesario todo un Dios para inventarlo.

VII.

Analizad de una sola mirada la profundidad de aquella combinacion verdaderamente sobrehumana, que produjo la invectiva de Job, é hizo delirar á Pascal, y que á mí, en mi juventud me inspiró unos versos concebidos en la meditacion de la desesperacion.

VIII.

Aquellos versos fueron solo la poesia de la desgracia de nuestro destino. ¿Qué sería si se analizase en prosa, si se escribiese con lágrimas, si se pintase con sangre? ¿qué sería si se llorase con sollozos reales? Job, lo hizo así; no intentaremos hacerlo despues de él. Empero tres cosas han resumido siempre para nosotros el horror del

destino indescriptible del hombre mortal sobre la tierra: las condiciones del nacimiento, las condiciones de la vida física y las condiciones de la muerte.

IX.

CONDICIONES DEL NACIMIENTO.

Job espresó la iniquidad aparente y verdaderamente atroz de aquellas condiciones, en uno de sus versículos, y yo tambien las he espresado en un solo verso:

«La insensible nada ¿te pidió el sér,
O lo aceptó?»

En efecto ¿puede haber algo mas monstruoso que el llamar á la vida (¡y qué vida!) y el despertar de una muerte no sentida para volver á morir en los tormentos de una muerte sentida, á un sér que no pedía ni aquel beneficio ni este suplicio, y que dormía su sueño de la nada? Vais á ver como aquel poeta vitupera á la omnipotencia arbitraria, buena ó mala que la sacó á la vida. Siéntese el pesar de haber salido del polvo, el deseo de la nada, y el odio franco y blasfematorio contra aquel que ha trasformado aquella venturosa nada en vida, aquel polvo insensible en hombre...! Jamás lábios mortales han dirigido al Creador un reto tan

difícil de contestar; jamás acaso, hombre alguno, despues de Job, ha sentido como yo la ingratitud y el horror del don impuesto de la vida, puesto que no había leído todavía á Job, cuando brotó de mi corazon aquel verso que no ha podido volver á entrar en él:

«La insensible nada, ¿te pidió el sér,

O lo aceptó?

¿Cuál es, en efecto, ese odioso contrato en el que se supone el consentimiento de una de las dos partes, que no puede rehusar ni aceptar, y en el que se condena á un suplicio que ninguna lengua pudo ni puede espresar, á un ser inocente de su nacimiento, á *un ser que no existía*...? Los políticos han hablado de un *contrato social*, en el que el pueblo no ha sido previamente escuchado; pero, ¿y de ese contrato humano y divino, de ese contrato entre la vida y la nada, entre la víctima y el suplicio, ¿qué dicen los políticos?

En cuanto á mí (prescindiendo de la inmortalidad) harto sé lo que debo pensar de ello. Haciendo caso omiso de algunos dias de embriaguez, en los cuales el hombre no razona precisamente porque está ébrio, cuento pocas horas en mi vida, en las que, si el Todo-Poderoso me hubiese consultado, no le hubiera devuelto con horror el don de la vida, y en las que no le hubiese dicho, como Job: Recoge tu fatal presente; déjame dormir en paz en la nada! En tu incomprensible creacion, solo es feliz lo que duerme...!

X.

Y ¿qué diremos de las condiciones de la vida física.

No quiero juzgarla ni la juzgo mas que por los rasgos dominantes generales y universales que la caracterizan; es decir, por las condiciones de una criatura animada que mata y devora á otra criatura animada para sostener y alimentar la vida de la una con la muerte de la otra.

¡La muerte sirviendo de alimento á la vida, y la vida alimentando á la muerte! ¡Guerra eterna entre todo lo que respira por disputarse un átomo de espacio, un instante de vida, como si aquel que posee todas las duraciones y todos los espacios se hubiera complacido en acumular miríadas de seres animados y amantes en el estrecho ámbito de un circo, con objeto de complacerse en aquella horrible carnicería, en aquella lucha sin trégua y sin fin de gladiadores incansables, provistos todos de una arma para matar, y todos teniendo el sentimiento de propia conservacion y de horror á la muerte, á fin de saborear el dolor y la agonía de la muerte...! El leon devorando al toro, el águila al halcon, el halcon á la golondrina, la golondrina al insecto, el insecto buscando su víctima en un rayo de sol; la víbora elaborando su veneno, oculta bajo la yerba, y espiando

el nido de la paloma para proporcionarse alimento...! Lazos de invencion infernal dispuestos en el camino de todos los seres de la tierra y del mar, por los bandidos de la creacion, para cojer á sus víctimas, desde la tela de araña y el agujero en forma de embudo de la hormiga-leon, hasta el maullido del tigre que imita el gemido de las madres para atraer los niños bajo sus garras! El hombre, en fin, convertido en gifero ó verdugo, haciendo de ciudades sus inmensos mataderos, donde corre la sangre y la vida por cloacas harto estrechas para que vaya á enrojecer las aguas de sus rios, el hombre, este despiadado consumidor de vidas, que mata á la paloma domesticada que se posa sobre su hombro, al cordero compañero de los juegos de sus hijos, la gallina que cacarea en los umbrales de su puerta, la golondrina, su huésped inocente que le confía sus hijuelos, el buey que ayuda durante diez años al labrador á cavar su surco...! y muy luego (pues tal es el progreso de la barbarie con que nos amenazan desde hace algunos meses, los proveedores de sangre) el caballo, su compañero en la guerra, que relincha de alegría al oir su voz, que llora sobre su cadáver, que combate en su defensa, y que muere por su salvacion ó por su gloria...! y muy luego, á no dudarlo, tambien, el perro, esta encarnacion de la amistad, que daría voluntariamente mil veces su sangre si se le pidiera; el perro que moriría gozoso por alimentar á los hijos de su amo, de la misma manera que desafía mil muer-

tes por defenderle á él.

¡Habladnos cuanto querais de las leyes del amor, y cantadnos las pastorales de la naturaleza y las maternidades de la Providencia, poetas, naturalistas ó filántropos, en presencia de esta antropofajía mútua, que es el crimen irremisible de todas las razas de la creacion, en las que cada familia tiene un Cain, y decidme, esta antropofajía mútua ¿no es una fatalidad del sér, el rescate de cada una de las horas de la vida por un crimen, el ejemplo, el consejo de la naturaleza dado por la potencia creatriz á sus criaturas?

En cuanto á mí (abstraccion hecha de la religion) diré, que esta condicion de la vida física, esta antropofajía de toda la naturaleza, hubiera bastado por sí sola para hacerme rechazar la existencia á semejante precio, y que si jamás una duda impía pasó por mi alma, fué al reflexionar acerca de esta depravacion sobrehumana, de esta malignidad premeditada y sanguinaria de la naturaleza; preguntándome con horror desatinado pero lógico: ¿Quién, pues, ha inventado esta ley suprema de destruccion? ¿Fué una bondad divina ó fué una perversidad satánica? ¿Habrá lucha allá arriba entre la divinidad del bien y la divinidad del mal? ¿Será posible que existan un Dios que crea y un Dios que mata, un Dios del amor y un Dios de la rabia? Y si es así, ¿cual de los dos prevalecerá....?

¿Será eterno el combate? ó bien ¿será que todo esto es solo un sueño malo? y ¿estaremos desti-

nados á existir poseidos, sin despertarnos, de esta pesadilla de la nada?

En este supuesto, la nada sin sueño seria preferible, como dijo Job: *y perezca la noche en que soñé por vez primera en las entrañas de una muger.*

Oh! cuán sábios fueron los indios negándose á ser cómplices de esta antropofajía, y diciendo: Moriremos, ó nos mantendremos solo con alimentos inocentes. No empaparemos nuestro pan cotidiano en sangre derramada voluntariamente.

XI.

Aquellas son las condiciones del nacimiento. Veamos ahora las condiciones de la muerte.

Vivimos muy poco tiempo, *ningun tiempo*, si comparamos este abrir y cerrar de ojos, que se llama vida, á la inconmensurable duracion de la eternidad que no tuvo primero ni tendrá último dia.

Vivir vale tanto para los hombres que son los que tienen el privilegio de prolongar mas tiempo su existencia, como respirar un cierto número infinitamente pequeño de soplos, con un fuelle que se llama pulmon, que hace latir un órgano llamado corazon, y circular una sávia roja llamada sangre, sacada del receptáculo comun llamado aire.

Vivir vale tanto, si os parece mejor, como ver cuarenta mil ochocientas veces (suponiendo ochenta años de vida) salir y ponerse un gran globo luminoso llamado sol sobre un globo tenebroso llamado tierra. Sustraed las noches que componen la mitad del número, y vivir querrá decir contar veinte mil cuatrocientos días. Sustraed todavía la mitad para aquellos que no viven ochenta años, y el resultado será diez mil doscientos días para cada uno en este descuento de las eternidades....! ¡Una gota de existencia evaporada al calor de un rayo de sol en este océano de la vida....! En verdad que hay motivo para hacer asomar la sonrisa á los lábios de los séres eternos, y para arrancar lágrimas de piedad á las mismas peñas.

XII.

Y ¿en qué se pasa este abrir y cerrar de ojos que llamamos existencia?

En vacilar sin equilibrio y en balbucear sin palabra durante los primeros años que se llaman dichosos, porque son aquellos durante los cuales el hombre no tiene la conciencia de ser, y que se parecen, en efecto, á la nada; en crecer otro número de años, y en recibir por trasmision de sus parientes, cierta dosis de ideas aceptadas, sábias las unas, necias las otras, las cuales constituyen

para el hombre el pensamiento de su tribu, lo que se llama civilizacion, si es civilizado, ó barbarie si no lo es; la diferencia no es muy sensible para quien contemple desde muy alto y desde la cima de las verdades eternas aquellas dos condiciones de la especie humana. Desde el crepúsculo á la aurora, hé ahí el intervalo.

XIII.

A los veinte años el hombre no ha vivido todavía, y ya ha pasado la tercera parte de su vida. A escepcion del corto número que encuentra la sopa boba, como dice el vulgo, el hombre pasa el resto de su existencia activa ganando afanosamente el pan: ¿y con qué trabajo y á costa de cuantos sudores?

Preguntádselo al labrador que abre el mismo surco, en el mismo cerro, bajo el mismo sol y con la misma lluvia, para enterrar en él durante sesenta años la misma semilla ó la misma raiz que contiene su mísera subsistencia!

Preguntádselo al marino que surca el Occéano de polo á polo cortando eternamente las mismas olas, y que pasa su vida orientando la misma vela henchida por el mismo viento, para llevar al precio de la continua ausencia un poco de oro á su familia, que lo convierte en bocados de pan.

Preguntádselo al soldado que malgasta los

mejores años de su juventud en aprender el manejo del arma y á andar á compás sobre los pasos de otro autómatas que le precede, que se ejercita en matar sin ódio, ó en morir sin que la gloria sepa su nombre, y que acaba por arrastrar sus miembros mutilados sobre un campo de batalla, sin otro premio que una ración de pan empapado en sangre!

Preguntádselo al minero que renuncia hasta al sol de los cielos y al aire de los vivos, para ahondar eternamente, como el topo, sus galerías subterráneas en los flancos de hierro, de cobre ó de ulla de las montañas, á fin de extraer un puñado de metal amonedado, que convierte en pan sobre la mesa donde se sientan su muger y sus hijos.

Preguntádselo al tejedor de telas que encerrado en una cueva húmeda gasta su vida pasando eternamente el mismo hilo por la misma trama, sentado delante del telar con que gana el pan.

Preguntádselo á todos los oficios manuales, con los cuales la inmensa multitud humana gana dia por dia su alimento cotidiano.

Ay! preguntádselo tambien á todas las profesiones liberales, que os parecen menos rudas porque el pecho del obrero intelectual no se agita como el del herrero; y sin embargo, en el fondo tienen el mismo trabajo con diferente nombre, sudor de la inteligencia en lugar de sudor del cuerpo.

Preguntádselo al magistrado cuya conciencia no conoce el reposo, al médico cuyas noches son

largas vigilijs, al ambicioso cuya sed de dominacion y supremacia sobre sus semejantes es inestinguible, al escritor, al poeta devorados por el insaciable deseo de descollar sobre sus rivales ó de sobrepujarse á sí mismos, séres tan sedientos de renombre, con el cual amasan pan para sus hijos, que si creyesen encontrar una nueva vena de talento en su misma sangre, se darían una sangría suelta para arrojar su vida al público en cambio de un poco de gloria ó de un poco de pan!

Hé aquí, pues, las condiciones universales de la vida física. No vacilo en afirmar despues de haberlas estudiado en todos los estados y en todos los países, que la vida no vale el precio de trabajos, penas, miserias y suplicios que cuesta, y que si el dia final se pusiera en los dos platillos de una balanza en uno la vida física y en el otro lo que cuesta el pan que ha alimentado la vida física, se vería que el precio que cuesta la existencia física es muy superior á lo que ella vale, y que al fin de la cuenta no es la pena la que queda deudora á la vida.

Et propter vitam vivendi perdere causas...!
dijo el poeta; es decir: «Perder para ganar en «vida todo cuanto puede dar deseos de vivir.»

Esta es la condicion del hombre de trabajo. Pero ¿quién es el que no trabaja, si se esceptuan algunos miserables, harto mas trabajados por su ociosidad y por sus vicios que no lo estamos nosotros por nuestras rudas ocupaciones del cuerpo y del espíritu?

En otros términos; pesad el grano de trigo que contiene la vida con la gota de sudor que contiene la pena, y vereis como la gota de sudor pesa mas.....! ¡Horror.....!

XIV.

Mas no es esto todo; las condiciones en que lo inevitable y la presencia perpétua de la muerte ponen á la vida, bastarian por sí solas para envenenar mil vidas si se reuniesen todas en una sola. La condicion del beneficio sería peor que el beneficio.

Apenas habeis respirado algunas olas de ese aire respirable que se llama vida, apenas habeis adquirido la costumbre de este inesplicable misterio que se llama ecsistencia, á penas os habeis aficionado, por habito, á esta ecsistencia, como el enfermo acaba por apegarse á su lecho de dolor, que es forzoso pensar en salir de ella. El principio de destruccion inherente á vuestra materia y contenido en ella como el gusano en la fruta, como la muerte en el tiempo, ó como el fin en el principio, comienza á disputaros palmo á palmo, dolorosamente la ínfima porcion de materia organizada; el reducidísimo punto de espacio y el pequeño relámpago de duracion que la naturaleza ha dado á una alma, bastante grande para contener eternidades, y bastante viviente para usar de los

mundos. Vuestros sentidos se embotan uno por uno como malas herramientas incapaces de trabajar vuestros propios pensamientos. A partir de ese día lleváis con vos, en vuestros sueños, en vuestras ambiciones, en vuestros planes, en vuestras alegrías, en vuestros amores, y hasta en vuestras virtudes (si teneis virtudes) no sé qué presentimiento de la brevedad, de la vanidad de todas las cosas y hasta de vos mismo, que se llama melancolía, hastío de la vida, que no es sino la sombra arrojada de la muerte sobre la vida. Esta sombra crece y se condensa todos los días con la rapidez del crepúsculo de los trópicos, que sucede al día sin dar tiempo á la degradacion de las horas de la tarde. ¿A qué conduce afeccionar una cosa cuando vais á perderlas todas juntas?

XV.

A lo menos, si el día y la hora de la muerte fuese conocido y estuviese fijado de antemano, por breve que fuese la vida se acomodarían los pasos al espacio que quedara por andar, y se podrían arreglar los pensamientos sobre su horizonte; no se fundarían largas esperanzas para un día de duracion, ni se limitaría la vista teniendo muchos años en perspectiva; se podría amar, trabajar, construir por minutos; se podría estrechar ó dilatar la suerte en proporcion al tiempo

disponible. Sería cosa muy triste, pero al menos nadie obraría como loco, ni se diría burlado por la naturaleza. El hombre podría pactar con su suerte; acaso acabaría por acomodarse con la nada; conocería su enemigo y lo miraría frente á frente; la muerte no dejaría de ser un abismo, pero dejaría de ser una celada; acercándose paso á paso hacia ella acabaría uno por conformarse; despojándola del imprevisto la naturaleza, la despojaría de la mitad de sus terrores. Pero nó; todo está perfectamente combinado y acabado en esta invencion de la muerte.

La incertidumbre de la hora combinada con la certeza de su advenimiento, hacen de ella para el hombre que piensa, no una muerte futura, sino una muerte presente, una muerte eterna, una muerte viviente, si es permitido emplear tan monstruoso ayuntamiento de palabras. Ya seais jóven, y esteis en la fuerza de la edad, ya os encontréis en la decrepitud, no teneis una probabilidad de mas ó de menos para creer que la muerte se olvidará de vos. Cuando comenzais una aspiracion nada os garantiza que la muerte no la detendrá en vuestros lábios. La muerte os desafía á que digais: Este instante es mio. Por el contrario, todo le pertenece á ella lo mismo el primero que el último suspiro. El porvenir está muerto antes de nacer para vos: hé ahí la perfeccion del suplicio! ;Humillaos, tiranos de la tierra, no habeis sabido inventarlo!

XVI.

Pero ¡mirad tambien de que manera este imprevisto de la muerte dispone de nuestras alegrías, de nuestras esperanzas y de nuestros amores! Depositais vuestro corazon todo entero en el seno de una esposa, jóven y amada, que no debe devolveroslo sino en la tumba; la muerte llega, os la arrebatada de entre los brazos burlando vuestras esperanzas, y el enterrador sepulta, sin verlo, dos corazones en la misma fosa....! Y esto acontece con nuestros padres, nuestras madres, nuestros hijos, nuestros amigos, nuestros contemporáneos, estos parientes del tiempo á quienes nos adherimos por contigüedad de cuna y por vecindad de sepultura; séres amados que creíamos habrían de sobrevivirnos, y cuyo número vemos disminuir prematuramente en derredor nuestro, dejándonos solos arrastrando la vida y forasteros entre generaciones desconocidas!

XVII.

Pero lo imprevisto de la muerte no es nada, nó, nada, comparado con lo desconocido del sepulcro. ¿A dónde vamos? y es mas, ¿vamos á al-

guna parte por tan tenebroso camino?

Cuando llega la hora del vacío del corazón y de la soledad que la muerte, llegada de improviso, hace en nuestro derredor, nos volvemos con ansiedad hacia el eterno contemporáneo de nuestras almas, hacia Dios, y buscamos en la religión el secreto del horrible incógnito de la muerte, el peor de los sepulcros para el sér reflexivo, porque los encierra todos. Lo desconocido, en efecto, dice *Pascal*, ¿no es lo infinito del terror?

Suplicamos, pues, por medio de las religiones de la tierra al Dios del cielo, que nos revele el misterio de lo desconocido de la muerte!

Pero aquí empieza otro suplicio todavía mas horrible, mas refinado que la misma muerte y que lo desconocido de la muerte: suplicio del alma que los contiene á todos en suspenso en una palabra: la DUDA! La duda, ese desconocido supremo y final en el mismo órgano destinado para el conocimiento! la duda, esa enfermedad de la inteligencia! la duda, esa noche que no existe en la atmósfera, pero que existe en nuestros ojos! la duda, esa irremediable ceguera del espíritu; (¡oh, que obra maestra de refinamiento en el suplicio!) La misma luz desfallece, y el hombre al mirarla solo vé sombras; hay manchas no solamente en el sol, tambien las hay en Dios...! Salgan los ojos de sus órbitas; ya no sirven para nada...!

XXVIII.

En efecto, el hombre, este miserable engañado por la vida, azorado por la muerte, pide á sus religiones al menos un Dios, un solo Dios, un Dios evidentemente justo, bueno, salvador y paternal para refugiar sus pensamientos y sus dolores en la misericordia infinita; y esas religiones en lugar de un Dios, le fabrican mil dioses, y le multiplican las angustias de la duda hasta en el remedio mismo de la duda, en la fé!

ADIVINA SI PUEDES, Y ESCOJE SI TE ATREVES...

Si recorre el espacio, si se remonta á la noche de los tiempos, encuentra casi tantas religiones como grandes divisiones de tiempo, ó grandes divisiones del globo; la creencia de Wichnú y de Brama en el Oriente, la de Fó y la de Confucio en la China, la de Zoroastro en Persia, la de Pitágoras en el Asia, la de Osiris en Egipto, la de Júpiter y su Olimpo, creencia de niños en mantillas, en Grecia, la de Teutates en la Galia, la de los dioses escandinavos en las Germanias, la de Jehová en la Judea, la de Cristo en el Asia menor y en la Europa romana, la de Alah en la Arabia, en la India moderna, en el Asia menor y en toda el Africa; y en estas religiones casi otras tantas subdivisiones, cismas, antipatías y ramas divergentes como de abolengos, disputándose los

símbolos y las interpretaciones y arrebatándose las unas á las otras los sectarios con la encarnizada polémica en los lábios, ó con la despiadada espada en la mano. Oh! Babel de dioses casi tan confusa como la Babel de los hombres! Verdaderamente lo mas hondo del abismo, el colmo de la enfermedad humana es, que cuando el hombre hastiado de la vida se precipita en la creencia de otra vida, única esplicacion del enigma de esta, encuentra ¿qué? otro incógnito mas pavoroso que el primero, mas allá de lo desconocido de la tumba, y teme estrechar entre sus brazos solo un sueño fugitivo creyendo abrazar en fin la eterna realidad de donde procede y á la que vuelve!

XIX.

En vano alzareis la voz contra este esceso improbable del suplicio mental del sér reflexivo. Este suplicio está á vuestra vista, acaso le teneis en el alma. Es evidente como la historia, palpable como la geografía de este triste globo. Podría hacerse una cronología de dioses como se ha hecho una cronología de dinastías reinantes en los diferentes imperios de la tierra; podría construirse una geografía de creencias humanas, como se ha construido con las comarcas del globo. Diríase que hay tantos climas diferentes en materia de inteligencia de las cosas divinas, co-

mo los hay en temperaturas atmosféricas. Podría hacerse mas hoy en dia; podría uno mismo recorrer en pocos instantes todos los diferentes climas intelectuales del globo, y darse uno cuenta por sus propias sensaciones, de las sensaciones de la multitud de razas y de pueblos que viven y que mueren bajo las diferentes latitudes del pensamiento.—«Verdad aquende el Pirineo, error allende»—esclamaba el religioso Pascal sondeando el horrible misterio de las opiniones y de las dudas de los mortales. ¿Qué hubiera dicho si viviera en nuestros tiempos, en que una civilizacion mas acelerada, y tanto, que casi suprime el tiempo y las distancias, permite al pensamiento del hombre llegar á todos los puntos del globo á la vez?

XX.

Supongamos, sinó, que un filósofo europeo pudiera confiar su alma reflexiva toda entera y durante algunos instantes á los hilos del telégrafo eléctrico, que dá la vuelta al mundo en siete segundos. Supongamos que este filósofo dá encargo á su alma de traer á su vuelta una relacion esacta de los grandes fenómenos intelectuales, filosóficos y religiosos que la hayan impresionado durante su rápido viage al rededor del globo terrestre. En el mismo espacio de algunos se-

gundos, el pensamiento con la velocidad de la chispa eléctrica, habrá cruzado por veinte ó treinta principales zonas religiosas del globo, sin contar infinitas subdivisiones de culto, creencias y divinidades. ¡Pobre pensamiento humano! ¿en qué estado de estremecimientos, espantos y horrores no volvería á buscar su natural refugio en el seno de donde salió, despues de un viage redondo por el campo de la duda, sobre la primera certidumbre racional y necesaria al hombre, la certeza de su Dios?

Esto hace temblar, esto hace vacilar las estrellas en la bóveda celeste; esto sumía á Job hasta en el ateismo; no lo manifiesta precisamente con palabras textuales, pero lo dice implícitamente en las quejas que formula y en las amargas recriminaciones que dirige á Dios por su conducta para con los hombres. Se vé que al dirigir sus punzantes é insolentes injurias al TODO-PODEROSO, solo se detiene ante la mas sacrílega de todas:—*¡Tú no existes!*—Y yo que tantas veces he murmurado, como Job, ó como el Dante, en los círculos infernales del suplicio de la vida humana, confieso que nunca he llegado hasta allí.

Demuéstrase, en Job, y en el hombre de quien es imágen, el esceso del dolor mortal, de la sensacion de la vida impulsada hasta la blasfemia y hasta la turbacion del entendimiento.

Pero tranquilizaos; no es la razon, es el instinto el que se manifiesta así en él como en nos-

otros; y menos todavía la fé cuando se tiene la dicha de poseer una.

Job, sale muy pronto, como todos salimos, si somos sensatos, de aquel abismo; de la misma manera que nos remontamos hasta la fé, que es la reverberacion del Dios vivo en nuestra alma, hasta la resignacion que es el *sacrificio*, sacrificio meritorio de la propia voluntad, á la voluntad suprema, en fin, hasta la alegría en las lágrimas, que anticipa la inmortalidad por la creencia de Dios sobre la tierra.

Vamos á examinar todos estos fenómenos intelectuales, humanos y divinos en el drama sobrenatural del poema de Job, cuyo asunto y actores dejo espuestos: DIOS, EL HOMBRE Y EL DESTINO.

Debo manifestaros ahora el lugar de la escena, la decoracion del drama, el desierto. El poeta de Dios no podía elegir uno donde mejor resonase aquel diálogo divino.

XXI.

EL DESIERTO.

Job es el poeta del desierto; probablemente por esta razon es el mas grande de todos los poetas. Tomo la palabra *grande* en su ascepcion la mas material, y la mas metafísica al mismo tiem-

po. El alma del hombre, á mi entender, es incontestablemente un principio inmaterial; no sabría probarlo, pero lo siento y lo creo; esta es la mejor prueba. El hombre solo está seguro de lo que cree.

A pesar de esta evidente inmaterialidad del alma, es evidente tambien que escepto la conciencia, que es innata en nosotros, (precisamente porque la materia no podía revelar á el alma la moralidad de que carece la materia, *nemo dat quod non habet*) es evidente, repito, que el alma humana, en tanto permanece asociada al cuerpo, recibe todas sus impresiones por los sentidos, especies de buhardas por donde penetra la luz en el calabozo donde se encierra el alma. Es de toda evidencia, por consiguiente, que el alma no es independiente del medio habitual en que el hombre vive. Negarlo, tanto valdría como decir, que el espectáculo no afecta ni causa impresion en el espectador.

Este brevísimo razonamiento metafísico, que nos ha salido al encuentro, y que no he querido escusar contando con la indulgencia de mis lectores, basta para demostrar, que el gran filósofo poeta, ó el gran poeta filósofo toma necesariamente su carácter, sus ideas, y sus imágenes de la naturaleza en que habita, ó que tiene mas comunmente á la vista. TAL NATURALEZA TAL ES TILO; este es, á mi ver, un incontestable axioma de buena literatura.

Así es que David y los profetas, son los poetas

del árido y monótono suelo de la Judea; aquella roca calcinada por los rayos del sol, en la que la sombra de la higuera y la gota de agua contenida en el fondo de la torrentera entusiasman á los poetas y hasta á los reyes, y en donde el alma, ¿ falta de naturaleza con quien conversar, conversa con Dios para consolarse de la pequeñez y esterilidad de la tierra.

Aquellos poetas sagrados solo emplean dos ó tres imágenes, y solo tocan dos ó tres notas sobre el arpa, como el torrente de lágrimas que resumen del corazon humano, y agudas como el grito del águila á quien la culebra ha arrebatado sus polluelos del nido. La melancolía de la que tanto hablamos y que es, efectivamente, el bordon y la nota fundamental del corazon conmovido, no procede de Virgilio, ni de la escuela romántica, ni de Mr. de Chateaubriand, ni de nosotros: procede de la poesía sagrada de la Biblia, ó mejor diremos, procede de la primera lágrima y de la primera contemplacion de la miseria infinita del hombre.

Así es que cada elemento parece haber tenido su poeta. Los hebreos son los poetas de las rocas. Homero, nacido en medio de las ensenadas, de las islas, de las olas, y de las velas de la Grecia marítima, es el poeta del mar. No existe un movimiento del flujo ó reflujo de las olas en la playa, la sombra arrojada de un promontorio sobre el agua, un susurro de la brisa entre la jarcia, ni un golpe de remo sobre la borda de la embarcacion que no se oiga ó que no se pinte en sus ver-

sos. El mar le pertenece; no es posible, después de él dar una sola pincelada al cuadro del Océano.

Virgilio y Teócrito son los dos poetas iguales de la tierra habitada, agrícola ó pastoril; labradores y pastores tienen en sus obras toda su poesía escrita en versos tan deliciosos, como deliciosas son las imágenes, las sombras y las aguas del paisaje terrestre; los labradores y los pastores deberían mantener constantemente colgados aquellos dos poemas en el yugo de sus bueyes, y en el collar del carnero padre que guía el rebaño.

Dante, es el poeta de la noche y de las tinieblas, de los aparecidos que frecuentan la oscuridad, de las sombras que atormentan la imaginación del hombre en tanto que las tinieblas de la noche reinan sobre la tierra.

Milton es el poeta del aire; sumérjese en él con su pensamiento de ciego, como el pájaro que no teme romper sus alas contra las paredes del eter. Pinta sobre un lienzo sin fondo y sin fin el cuadro de la batalla de Dios con los espíritus rebeldes, cuerpos aéreos que sucumben sin morir, y que caen rodando desde la inmensa altura de los cielos en los inmensos abismos del infierno, sin chocar nunca contra las asperezas impalpables del elemento ambiente de los mundos.

Camoens, el gran cantor lusitano, es el poeta de la curiosidad y de la audacia del hombre empeñado en terminar la conquista del globo terrestre. Embarca consigo su génio descriptivo, dá

la vuelta al mundo, dobla el cabo de las tormentas y canta inalterable al pié del palo mayor tronchado por el rayo de los huracanes. Naufraga, y nadando salva su vida perecedera y su poema inmortal del furor de los elementos. Es el cantor épico de la navegacion de los golfos, como Homero lo es de la costera, y el poeta de la geografia.

Todavía no ha nacido el poeta de la astronomía, Dios sin duda alguna, lo guarda entre los tesoros mas preciados de la creacion. Será el mas grande entre todos. En efecto, ¿qué es la tierra comparada con los astros del firmamento?

En cuanto á Job, lo repetimos de nuevo, es el poeta del desierto. Pero, ¿qué es el desierto? Es el espacio; y el espacio, ¿de qué es la imagen? de lo infinito.

En otros términos: Job es el poeta de lo infinito.

El desierto le dá su asunto, su inmensidad, sus colores, sus imágenes y su estilo. El infinito concentrado y repercutido en el fondo del pecho de un hombre, hé aquí Job.

XXII.

Hemos querido darnos cuenta en nuestros viajes, de una vez y por nuestras propias impresiones, de la impresion que produce en el alma del hombre el espectáculo del desierto. Hemos queri-

do hacer un ensayo del infinito (perdónesenos la audacia de la espresion.) Pero, ¿sobre qué hombre hemos querido hacer este ensayo del infinito? sobre un hombre de Europa, sobre un hombre estenuado y adelgazado por esto que llamamos civilizacion! sobre un hombre de inteligencia comun, de imaginacion limitada, de fibras de carne en lugar de fibra de acero! sobre un hombre amantado con leche de mujer, y no como Job, con médula de leones! ¿Qué puede ser este hombre comparado con el anciano de la tierra primitiva, con el titan, que recostado en un muladar, apostrofa á Dios sentado sobre su trono formado con los astros? Nada...! No importa; no tenía otro hombre para someterlo á la prueba. Yo era, lo que era, como el desierto ha sido siempre el desierto. *Quería ver, y he visto* como dice el poeta.

XXIII.

Los libros deben leerse en el lugar donde han sido escritos. Mucho tiempo hacía que tenía aquel pensamiento en la imaginacion, cuando resolví cruzar los mares para ir á empapar mis ideas en otras oleadas de aire que las que respiramos en nuestra pequeña Europa.

Tengo el convencimiento, de que al cambiar de aires cambiamos de alma; que cambiar, siquiera, de punto de vista, es cambiar de juicio en la

contemplacion y apreciacion de las cosas, y que el espacio es tan necesario al pensamiento como á los ojos.

Harto lo sabía Dios, cuando al aprisionar al hombre en este pequeño navio de algunas millas de estension de popa á proa, le dió, siquiera, por horizonte el espacio sin fondo del firmamento, que escita constantemente su pensamiento á sumergirse en este espacio, y que eleva su alma á la eterna persecucion del infinito, de astro en astro, de via láctea en via láctea, como por la gradacion resplandeciente y sucesiva de su incommensurabilidad.

Siempre tuve el convencimiento de que el cambio de lugar, la diversidad de horizontes en la tierra, el goce de cierta proporcion de espacio material, la locomocion, en una palabra, son, no solamente una condicion de grandeza en el alma y en la imaginacion, sino que tambien una condicion de exactitud en la inteligencia del hombre.

He experimentado infinitas veces, por mí mismo, que no cambiando de lugar y de residencia, mis ideas no cambiaban; que estas ideas, siempre las mismas á resultas de la monotonía del mismo lugar en el que fueron concebidas, acababan por petrificarse, ó por estancarse, y que estancándose en el alma se alteraban al fin y se falseaban.

El movimiento en prudente medida, es tan necesario como el aire á la inteligencia.

¿Quién habrá que no haya experimentado, que

al regreso de un largo viaje, y hasta de un paseo al aire libre, traía á su morada ideas que, de seguro, no llevaba al salir? Esto es debido, á que el espacio, elemento de grandeza y de verdad, y hasta óptica de las ideas, entra, en cierta proporcion en nosotros mismos. Es debido á que la estension modifica y rectifica la mirada de nuestra alma.

Desconfiad de la exactitud de las ideas concebidas por un solitario separado del grandioso espectáculo de la naturaleza, y encerrado entre las cuatro paredes de un calabozo, de una celda ó de una biblioteca. Desconfiad hasta de las ideas concebidas por uno de esos hombres que llamamos *profesionales*, encerrados en la monotonía de un estudio esclusivo, de una ocupacion única. La uniformidad del punto de vista limitado desde el cual considera las cosas, acaba casi siempre por falsear su observacion y su inteligencia; matemáticos abstractos, mecánicos de génio, industriales consumados, artistas prodigiosos, hombres de letras inmortales por el estilo, como J. J. Rousseau, artesanos, inventores de admirables procedimientos para perfeccionar sus especiales oficios, su inteligencia, sin embargo, por falta de movimiento y de espacio en su vida y en sus ideas, se falsea casi siempre en todo lo demás.

¿No habeis observado que todas las ideas falsas, todos los sueños incoherentes, todas las utopías absurdas en política y en constituciones sociales, desde los últimos treinta años, han salido

de la cabeza de uno de estos hombres sedentarios, reconcentrados en la contemplacion esclusiva de una profesion ú ocupacion única, careciendo de aire en los pulmones, de movimiento en los piés, de espacio para la mirada y de universalidad en el punto de vista? Esos hombres de taller, de mecanismo, de cifras, de mostrador ó de biblioteca; esos hombres *unius libri*, como los llamaban los antiguos *hombres que no saben leer mas que un libro*, son los hombres de quienes el proverbio nos manda desconfiar.

XXIV.

El comunismo, ese suicidio en masa y de un solo golpe de toda la humanidad, nació en los talleres; nació en el estrecho pensamiento de algunos proletarios hartos de sufrimientos, desheredados de su parte en los dones de Dios, pero ignorando completamente como el salario se reparte de cien y cien mil maneras sobre la tierra; no sospechando que al suprimir el capital suprimían desde luego todo salario, que al suprimir la propiedad para el individuo la suprimían para la masa, que al suprimirla para la masa, suprimían el salario, que al suprimir el campo suprimen la cosecha, y que al suprimir la cosecha suprimen la vida. Si aquellos hombres que no comprendían nada mas allá de su lanzadera ó su buril, hubieran te-

nido un simple conocimiento del arado que los alimenta, del buque que importa las primeras materias y esporta sus productos, de la moneda en que cobran su salario, del lujo que consume lo que ellos fabrican, de la posesion y de la herencia de la posesion, que dá verdadero valor á las cosas poseidas, no hubieran dejado exaltarse sus imaginaciones sedentarias por las locuras de la comunidad de bienes. Han delirado porque carecían de horizontes ante la vista, y de espacio donde mover sus ideas. El aislamiento de una idea la vuelve loca, como la prision celular vuelve loco al preso.

XXV.

El sansimonismo, nació del aislamiento de la idea económica, abstraccion hecha de cualquiera otra idea política y moral, en un robusto cerebro económico. Estoy muy lejos de confundir aquella idea científica con la idea brutal del comunismo y de la igualdad de bienes y de salarios. El sansimonismo solo es un desórden de ciencia en los adeptos de la economía política. Si no hubiera nacido en la biblioteca de un sábio á resultados del ayuntamiento estéril de la utopía y del guarismo, hubiera podido revelar á la administracion pública, al comercio y las industrias un sinnúmero de verdades prácticas, importadas por él á Europa.

mas en lugar de nutrir esas verdades al aire libre, las nutrió en el aislamiento de otras ideas, y este aislamiento falseó su juicio. En lugar de producir la luz, produjo una secta: así es que el espacio faltó igualmente á las miradas de sus sectarios.

Observad, sinó, como desde el dia en que sus apóstoles se dispersaron para viajar por toda la tierra, encontraron el espacio, y con el espacio el buen sentido. Salieron sectarios y utopistas, y volvieron de su viaje los primeros economistas y los primeros financieros de su siglo; el espacio los penetró de su claridad; andando, andando despojáronse de la preocupacion y revistieron la amplitud.

XXVI.

El furierismo nació en un mostrador, del aislamiento y de la estagnacion de una idea exclusivamente comercial que preocupaba á Fourier, su autor. La sociedad á sus ojos, ya no fué mas que un libro de partida doble haciendo balance de beneficios y pérdidas al finalizar una eterna asociacion de fábricas liquidadas por la eternidad. El aislamiento de aquella idea, acabó muy luego por hacerle delirar. El fabricante se trasformó en taumaturgo. Su mostrador que no dejaba entrar el aire, se pobló de visiones. Ofreció al hombre pasmado con tantos guarismos, que la asociacion

llegaría á trasformar hasta su naturaleza física y hasta los elementos inmutables de la creacion; la tierra, el océano, el aire, el agua, el fuego, los mismos planetas esos estuches que encierran las deslumbrantes joyas de Dios. En fin, exhalando el último aliento bajo el peso de sus milagros, dejó en pos de sí otra utopía no menos funesta (visto que toda mentira es perjudicial:) la utopía de la perfectibilidad continua é *indefinida* del hombre sobre la tierra; utopía cuyo último resultado lógico, caminando de consecuencia en consecuencia, sería el siguiente: Dios no ha creado al hombre; mas podría muy bien ser, que el hombre hubiese creado á Dios....!

Porque ¿dónde se detendría esta ascension indefinida y continua del hombre, no siendo mas allá de la misma divinidad....?

Esto mismo acontece con todos los demás sueños humanos nacidos en los calabozos, en las celdas, en los talleres, en las bibliotecas, en los mostradores y en los laboratorios donde no penetra el aire. ¡Estraño fenómeno! en todas partes donde falta el espacio, falta la verdad. Existe una misteriosa analogía entre la estension de las ideas y la estension de los horizontes. Es una cosa rara, pero es cosa simple. El alma no es independiente de sus sentidos.

Hé aquí, volviendo á Job, por qué el poeta del desierto, es el mas vasto de los poetas.

• • • • •
• • • • •

XXVII.

Hace veinticuatro años, que al embarcarme por vez primera para el Oriente, expresé en versos la curiosidad apasionada que sentía de experimentar por mí mismo las impresiones del desierto.

Seis meses despues del dia de mi embarque, recorrí durante sesenta dias, con una caravana, el desierto de Job.

Las impresiones que me causaron aquellas soledades, se grabaron tan profundamente y con tanta claridad en mi imaginacion, que las he reproducido, en parte, en una meditacion poética truncada, cuyos fragmentos conservo. Desde aquella peregrinacion por el desierto, he hablado tantas lenguas, que tengo que pedir indulgencia por mis reminiscencias poéticas.

XXVIII.

Demos al olvido aquellos débiles versos, y leamos el libro de Job; veamos por qué admirable circuito que dá la vuelta al mundo intelectual, el gran poeta y gran filósofo pasa de la fé á la duda,

de la duda á la blasfemia, de la blasfemia á la certeza, y de la desesperacion del espíritu á la resignacion razonada y al consentimiento del hombre hácia Dios, la sola sabiduría de los verdaderos sábicos, la sola verdad del corazon, así como es la sola verdad del espíritu.

La lectura del libro de Job, no es solamente la mas sábia leccion de poesía, es, además, la mas elocuente leccion de piedad.

Pero digamos, ante todo, quien era Job.

DUODECIMA CONFERENCIA.

I.

¿Quién era Job? preguntábamos al final de la anterior conferencia.

Nadie lo sabe.

Esto tambien se respondieron á sí mismos Bos-suet, La Harpe, el reverendo doctor Lowth, autor del curso moderno y mas erudito de la poesia sagrada, en fin, Mr. Cahen, el último y mas he-bráico traductor de la Biblia, en sus investigaciones mucho mas notables aún que su texto.

Nadie sabe quien fué aquel, el primero y el mas sublime, á mi parecer, de todos los poetas; nadie conoce quien fué el autor de aquel poema sobre-humano hasta cierto punto. No siempre aquel poema ha formado parte de la Biblia propiamente dicha; fué añadido al libro sagrado; acaso es an-

terior á él, é independiente del mismo. El doctor Lowth, profesor de poesía sagrada en la universidad de Oxford, que ha publicado dos volúmenes, que son de autoridad en la materia, rechaza la opinion que atribuye aquel poema á Moisés.

De este mismo parecer es el sábio traductor hebreo de la Biblia, Mr. Cahen.

En cuanto á mí, espondré franca y atrevidamente mi opinion respecto al autor del poema. Lo desconocido se presta admirablemente á las conjeturas; el mismo Bossuet, el mas ortodoxo de los comentadores, no las prohíbe. Sin embargo, mis conjeturas acerca de la obra de Job, no son, como pudiera creerse, puras escursiones fantásticas de la imaginacion; están fundadas y autorizadas con treinta años de estudioso exámen de las tradiciones, de las historias de los monumentos, de los filósofos y de las poesías del Oriente primitivo. Si no proponemos estas conjeturas como verdades, las ofrecemos como verosimilitudes tan aproximadas á la verdad, como la sombra se aproxima al cuerpo. Ruego á los lectores que las acepten tal cual las doy, es decir, como una opinion personal, que no debe creerse por la afirmacion, sino examinarse detenidamente.

La novedad ó estrañeza de tales opiniones nos prescriben esta precaucion oratoria; pero, cuando se haya leído y releído el maravilloso poema de Job, es posible que el lector se muestre indulgente con lo estraño y lo atrevido de nuestras conjeturas acerca del origen de aquel libro de un carác-

ter notablemente anti-diluviano.

II.

Véase, pues, lo que opinamos respecto de Job.

Desde luego, es notorio, segun ha podido deducirse de varios párrafos de estas conferencias, que disentimos completamente de ideas con los filósofos modernos del PROGRESO INDEFINIDO Y CONTÍNUO DE LA INTELIGENCIA HUMANA.

Estos filósofos, á fin de halagar galantemente á sus contemporáneos, á su posteridad y de halagarse á sí mismos, se encuentran en la necesidad de ver solo tinieblas, ignorancia y barbarie en el comienzo de la humanidad. Cierran los ojos á la evidencia de los monumentos sublimes ó divinos de la historia, de la sabiduría, de las teogonías y de las poesías primitivas; suponen que nada de esto ha existido.

Tal negacion de todo el pasado teológico, filosófico, poético, arquitectónico y hasta histórico, de la humanidad que nos precedió, les es absolutamente indispensable; porque sin ella ¿cómo podrían justificar á sus propios ojos la progresion indefinida y continúa del espíritu humano progresando de Brahamá, de Job, del Egipto, de la Judea, de la Grecia y de Roma hasta París en el siglo de Luis XV y en el nuestro? La evidencia los anonadaría. Nos preguntaríamos al leer los

filósofos de la India, el poema de Job, las legislaciones patriarcales de la China, la Biblia, Homero, Platon, el Evangelio, Virgilio ó Ciceron, al contemplar las pirámides, Palmira, Persépolis, el Partenon, el Panteon en pié todavía, al estarnos contemplando los mármoles de Fidias, nos preguntaríamos, repetimos, ¿dónde están las demostraciones de ese progreso indefinido y continuo de las facultades humanas?

Mas ¿qué importa? el sistema lo exige así; es preciso que el mundo asienta á ello; es forzoso que el hombre anterior á nuestra era, solo haya sido un informe esbozo de su creador, una especie de bruto ó de salvaje perfeccionado indefinida y continuamente, hasta llegar al estado de perfeccion en que le contemplan en sí mismos y en los demás, y progresando despues hasta alcanzar una especie de divinizacion indefinida tambien, respecto á la cual las estrellas podrían darnos alguna explicacion.

Ni una sola palabra creemos de tanta fraseología; estamos convencidos, que el estado salvaje es una enfermedad de la humanidad, y de ninguna manera su estado originario y normal.

Estamos convencidos que antes que nosotros ha existido una humanidad primitiva no menos bien dotada, y digamos francamente nuestra opinion, que es la de los libros sagrados de todas las grandes razas religiosas ó históricas del globo, que ha existido una humanidad mejor dotada de luces, de verdades divinas, y de facultades ven-

turosas que la nuestra.

Estamos convencidos, (sin poderlo demostrar ni explicar,) que en lugar de un progreso indefinido y continuo ha habido decadencia, eclipse de Dios sobre el hombre, un *Edem perdido*, como dicen los libros sagrados de todos los pueblos.

Estamos convencidos que los progresos dispersos, frecuentemente interrumpidos por recaídas muy reales y muy merecidas que se han verificado desde aquella misteriosa degradacion de la primera humanidad, solo con esfuerzos generosos y santos para reconquistar el bien perdido, para volver á nuestra primera inocencia, á nuestra ciencia y á nuestra felicidad primitiva.

Véase cuanta distancia hay entre nosotros y los filósofos actuales del progreso continuo é indefinido.

Solo estamos conformes en nuestro comun deseo de ver feliz y santificado al hombre, y en nuestros esfuerzos por hacerle adelantar un paso, ellos hacia un progreso indefinido y continuo, nosotros hacia un progreso real pero relativo.

¿Será necesario decirlo? Uno de nuestros principales argumentos en contra del progreso indefinido y continuo de la inteligencia humana, uno de nuestros principales monumentos ó testimonios de una condicion intelectual y moral del hombre primitivo superior á nuestra condicion presente, es precisamente ese libro misterioso de Job. El geólogo Cuvier halló *mastodontos* en las capas antidiluvianas del globo; Job es para

nosotros un mastodonto intelectual y filosófico hallado en las capas antediluvianas del espíritu humano.

Hay en él una filosofía que no tiene ninguna analogía, antes del renacimiento evangélico, ni con las filosofías indias, ni en las filosofías de la China, ni en lo poco que poseemos de la filosofía egipcia, ni en las filosofías paganas (escepto Platon y Epicteto) ni siquiera en las filosofías racionales, que se tratan de construir en nuestros dias, con restos desparramados.

¿De dónde pudo tomar la inteligencia de un pastor árabe del desierto de Hus, una filosofía tan atrevida, tan humana, tan divina, tan revelada, tan misteriosa, tan razonada y tan sublimemente discutida, cantada y pregonada como esta que vamos á examinar y leer, en un poema que fué escrito sobre la arena con un carrizo mojado en las lágrimas de un hombre....? Registrad todas vuestras modernas bibliotecas, y mostradme algo que se parezca á uno de aquellos sollozos, á una de aquellas blasfemias, á una de aquellas resignaciones.

Os reto á que lo encontréis.

III.

Pues bien; siendo una verdad evidente que no hay cosa que no tenga origen, me he pregunta-

do muchas veces ¿cuáles el de ese manantial subterráneo é inagotable de verdades metafísicas, filosóficas, teológicas, elocuentes y poéticas que cruzó las arenas del desierto, que se llama el poema de Job, y que causa la admiracion de todo el que sabe leer, de todo el que llega á comprender, y de todo el que se humilla orando sobre la tierra?

No vacilamos en decirlo:

Su origen no puede dejar de ser una tradicion antigua que se remonta mas allá de toda antigüedad conocida, y de una filosofía practicada por la humanidad primitiva, filosofía conservada, perdida y hallada que se remonta de generacion en generacion hasta la generacion primera puesta en comunicacion mas directa y luminosa con el autor de toda luz, Dios.

En contradiccion con los filósofos del progreso continuo é indefinido, es de toda evidencia que tanto mas se retrocede subiendo de civilizacion en civilizacion, de libro en libro y de tradicion religiosa en tradicion religiosa, hacia las profundidades de los tiempos desconocidos que se llaman antidiluvianos, mas y mas se vislumbran reflejos divinos ó crepúsculos de auroras luminosas en el espíritu humano.

¿Qué debe de lucirse de esto? Que hubo antes del diluvio general, ó si se quiere parcial, del cual dan testimonio todas las tradiciones orientales, una época superior en civilizacion á la que sucedió despues de aquel cataclismo de la humanidad; que aquella época de civilizacion antidiluviana

tocaba de cerca á otra época que le fué superior en inocencia, en ciencia, en facultades y en felicidad del hombre en la tierra antes de aquella grande y misteriosa decadencia, tradicion universal tambien, que espulsó á la primitiva humanidad del semi-cielo llamado el Eden, ó el Jardin; que algunas tradiciones de aquella filosofia del Eden habían sobrevivido en la humanidad decaida, y que, en fin, despues de aquel segundo naufragio de la humanidad antediluviana, algunas grandes verdades y algunas grandes filosofias conservadas en la memoria de algunos sábios ó profetas salvados de la inundacion general, ó parcial, sobrenadaron é inspiraron todavia de tiempo en tiempo el espíritu del hombre en el Oriente, tierra que se conservaba humedecida con las aguas de la gran catástrofe.

Cuanto mas se afirma uno en las tradiciones indias que dicen haberse salvado algunos naufragos sobre el Himalaya, tanto mas crédito se dé á los libros chinos que suponen haberse refugiado un corto número de pueblos en las montañas centrales; cuanta mas fé se conceda á los monumentos etiópicos del alto Egipto, que suponen á lo *Trogloditas*, labrando durante mucho tiempo profundas cavernas en los parages elevados para ponerse á cubierto de una segunda inundacion de las llanuras; y tanta mas fé se tenga en las narraciones bíblicas que nos muestran á Noé navegando sobre las aguas con su familia y una pareja de cada especie de animales, es tanto

mas imposible negar las tradiciones orientales que describen la sumersion de esta parte del mundo. Todas aquellas tradiciones sagradas ó profanas están de acuerdo en constar, que un corto número de hombres escapó del naufragio, y que aquellos náufragos abordaron aquí ó allí sobre el Himalaya, las montañas centrales de la China, las rocas de la Etiopía, las cimas de la América ó el monte Ararat, y fueron el tronco de la tercera humanidad.

La Persia, la Arabia y la Biblia dieron á aquellos náufragos el nombre de patriarcas.

Habiendo salvado algunos rebaños, se hicieron pastores en Arabia. En China fueron bajando de las montañas á medida que las aguas se retiraron de las llanuras, abrieron canales para darles salida, sanearon los pantanos y se hicieron labradores. En la Mesopotámia construyeron á Babilonia, la torre de Babel, ciudades y edificios que les sirvieran de refugio en el caso de un nuevo diluvio. En la Etiopía y en el alto Egipto abrieron inmensas catacumbas en los flancos de las montañas, capaces para contener poblaciones enteras. No es posible visitarlas hoy en dia sin que el espanto sobrecoja el ánimo; lo espantoso del terror explica solo la grandeza de las obras.

Mas aquellos supervivientes de la época antediluviana, no solo salvaron su vida, sino que tambien su inteligencia y su memoria; transmitieron á los patriarcas, sus inmediatos descendientes, ya sean los hijos de Noé, si se admite la

version bíblica, ya sea á los hijos de las razas indias, etiópicas ó chinas, si se admite la tradicion de aquellos pueblos de la estremidad del Oriente, transmitieron, repetimos, algunos vestigios de las verdades de la revelacion, de la filosofía y de la teología que la humanidad antediluviana poseía desde que saliera del semi-cielo, que llamaron el Eden: crepúsculo de la tarde despues de un hermoso dia de sol.

Job, á mi entender, era, indudablemente, hijo de una de aquellas familias patriarcales ó pastorales de la Idumea, mucho mas conôcedor que sus contemporáneos de las tradiciones y de la verdad de los recuerdos de la raza primitiva, hablando á los hombres, no se sabe cuantos años despues del diluvio, la lengua filosófica, teológica y poética que nuestros primeros antepasados habían cultivado y hablado antes del cataclismo físico, y moral de la humanidad, No puedo esplicarme de otra manera, esa fulguracion de luz, de divinidad, de ciencia, de sabiduría y hasta de language, en una época en que reinaba completa oscuridad sobre la tierra. Job, es pera mí, el Platon de aquella filosofía truncada, pero sobrehumana, que llamaré la filosofía antediluviana.

Dígase de ello lo que se quiera, esta es mi idea, no me es posible formarme otra al encontrar este diamante, tan divinamente tallado, en los arenales sin fin del desierto de Hus. Y esta idea no es nueva en mí, hace bastante tiempo que escribí lo siguiente respecto á Job, á resultas de un exá-

men que hizo de su libro, menos profundo que el actual.

IV.

He leído hoy todo el libro de Job. Este libro no es la voz de un hombre es la voz de un período de tiempo. El acento procede de los siglos mas profundos. Dícese que en la época en que el hombre se espresaba así, el mundo estaba en la infancia; sin embargo, todo indica en esta epopeya del alma, en este drama de los pensamientos, en esta filosofía lírica, en este gemido elegiaco, la sabiduría y la melancolía de los dias de adelante. ¡Cuantos años, cuantos siglos estuvo la humanidad acumulando removiendo, y escrutando sus pensamientos para llegar á aquellas conclusiones metafísicas sobre las miserias de su destino, y sobre los misterios de la Dívina Providencia! Pues qué! ¿sería posible que de improviso, desde el primer vagido de su alma el hombre hubiera hablado como Dios y como hombre á la vez? Aquel primer grito del corazon humano que espresa la cólera, el dolor y la plenitud; aquel rugido de la fibra del leon torturado en el corazon humano por la suerte ¿podía esceder todo cuanto el arte mas ejercitado del pensamiento y del estilo ha podido producir hasta nuestros dias? ¿Donde pudo aprender Job, su ciencia de la naturaleza, su experien-

cia de las cosas humanas, su hastío de la vida, su desesperacion suicida si no fué en la inmensidad de nuestras miserias y de nuestras lágrimas, acumuladas durante muchos siglos en el abismo de un tiempo ya antiguo?

Si algun libro ha pintado mas especialmente la poesía del hombre anciano, el desaliento, la amargura, la ironía, el reproche, la querella, la impiedad, el silencio, la postracion, y por último, la resignacion esta impotencia que se cambia forzosamente en virtud, y luego el consuelo que levanta por medio de la piedad divina el espíritu abatido; es indudablemente el libro de Job, aquel diálogo consigo mismo, con sus amigos y con Dios, ese Platon lírico del desierto.

No se sabe, ni aprosimadamente, en qué lugar y menos en qué tiempo brotó de la fibra humana aquel poema ó historia. Se ha supuesto que pudiera ser obra de Moisés; pero Moises, segun la Biblia, no era ni elocuente ni poeta, fué únicamente hombre de estado, historiador y legislador. Job, posée el language del mas sublime de los poetas que hayan articulado la palabra humana. Es la elocuencia y la poesía fundidas de primera mano, é invisible en la voz del hombre. Narra, discute, escucha, responde, se irrita, interpela, acrimina, dirige invectivas, reprende, estalla, canta, llora, escarnece, suplica, reflexiona, juzga, se arrepiente, se aplaca, adora y se cierne con las alas de su religioso entusiasmo por encima de sus propios laceramientos; en su inmensa desesperacion

justifica á Dios contra sí mismo, y esclama «¡Está bien hecho!» Es el Prometeo de la palabra, arrebatado al cielo cubierto de sangre y exhalando gritos entre las garras del buitre que le roe las entrañas. Es la víctima trasformada en juez por la impersonalidad sublime de la razon, cantando su propio suplicio, y arrojando como el Bruto romano, gotas de su sangre hacia el cielo; no como un ultrage. sino como una libacion al Dios justo.

Job no es el hombre, es la humanidad. Una raza que siente, piensa y se espresa con aquel acento es digna verdaderamente de cambiar su palabra con la palabra sobrenatural, y de conversar con su Criador.

Hé aquí las notas marginales encontradas en la Biblia de familia. Me limito á copiarlas.

V.

Hoy prosigo, analizo y cito.

«Había en tierra de Hus un hombre por nombre Job, y era un hombre justo.» Aquí se pinta un cuadro patriarcal y pastoral de la riqueza, consideracion y felicidad doméstica de aquel hombre dichoso y grande entre todos los orientales. Y luego en algunas estrofas rápidas como una manga de viento que arrebatara en pocos minutos todo cuanto coge por delante, la desgracia hiere con redoblados é incesantes golpes á Job; sus pas-

tores y sus rebaños son arrebatados por los enemigos de su raza; el fuego del cielo consume sus cosechas; los caldeos se llevan sus camellos; el viento del desierto derriba la casa donde comian sus hijos y sus hijas que quedan sepultados bajo los escombros. Rasga sus vestiduras, se repela la cabeza, mas no acusa al Soberano Hacedor de todas las cosas, se postra en tierra y adora.

«Desnudo salí del vientre de mi madre, dijo, «y desnudo volveré allá: el Señor lo dió, el Señor «lo quitó: como agradó á Dios así se ha hecho; «bendito sea el nombre del Señor.»

Hé aquí el sábio, hé aquí el hombre piadoso y de razon. El hombre de barro, de carne y de hueso reaparece; sin embargo, muy luego. No se siente el dolor en el instante de recibir el golpe, sino cuando se *enfria la herida*; cada cosa tiene su tiempo marcado, hasta el suplicio. El de Job se agrava; cae enfermo y languidece sobre su lecho como un animal inmundo que causa repugnancia hasta á su misma muger. *Múerete!* le dice. Pero su piadoso estoicismo resiste á semejante ultrage.

«Como una de las mugeres necias has hablado, «le contesta. ¿Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, por qué no recibiremos los «males?»

Sus amigos de lejanas tierras noticiosos de su ruina y de su asquerosa enfermedad, llegan mas bien para contemplar su miseria, que para consolarle y sostenerle. Siéntanse en su derre lor á

la manera de los árabes, y llenos de horror á la vista de sus llagas, permanecen silenciosos durante siete dias y siete noches. Indudablemente su presencia, su silencio y su fisonomía son un espejo donde Job vé reflejarse sus miserias mucho mejor que en su propio cuerpo. Véncese el sufrimiento y estalla primero con un gemido que rompe al fin los diques de su alma. Este gemido no es todavía mas que la espresion del dolor. Los amigos de Job condolidos al oir aquel prolongado sollozo, le ofrecen algunos de esos consuelos que humillan al hombre desgraciado en lugar de ayudarle á llorar.

Job siente palpar el ultrage debajo de aquella fingida piedad. Comienza á reivindicarse con una espresion un tanto orgullosa de su inocencia, y de la desproporcion entre sus faltas, si las cometió, y su castigo. Aparecen las primeras represalias del hombre contra Dios.

«¡Ojalá, dice, se pusieran, si fuera posible, en «dos balanzas aquellos pecados con que merecí «esta ira de Dios y los males que padezco!»

«Se vería luego que estos en comparacion de «aquellos pesaban mas que las arenas del mar.»

«No lloro ni me quejo de vicio, ni mis gemidos son de balde. Ninguno á quien le vá bien «se lamenta de su suerte. Porque ni el asno mon«tés rebuzna cuando tiene delante de sí heno en «abundancia, ni brama el buy acosado de hambre «cuando se vé en su pesebre abastado.»

«¿Quién me hiciera tan dichoso que lograra lo

«que pido, y me concediera el Señor lo que con
«tanto ardor deseo?»

«Que habiendo comenzado á reducirme á pol-
«vo, lo acabe de hacer, y no detenga su mano,
«sino que me corte hasta la raiz.»

Acábasele la paciencia, lo siente, y esclama:

«No soy yo de piedra ó de bronce para que deje
«de sentir: soy de carne y hueso, y por eso siento.»

Luego reprende con imágenes sublimes á sus falsos amigos la dureza de su corazon y su mentida conmiseracion, y les dice: «¿Acaso os llamé yo
«á mi lado?» Despues se conduele de su propio suplicio, dulcifica sus palabras, se apiada de sí mismo y trata de mover la conmiseracion de sus acusadores.

Ellos responden con esas doctas vulgaridades que tan fácilmente dan superioridad al hombre dichoso sobre el miserable. El diálogo se anima y se exaspera: «Hablas como la tempestad!» le dicen. Job trata de moderarse y de hablar la lengua de sus amigos, á fin de no soltar prenda. Su filosofía es irreprochable, pero es fría. Se comprende que no quiere decir todo lo que siente, que disimula, que sujeta su corazon entre sus manos. Suspira una elegía patética sobre las miserias y las inestabilidades humanas.

«El hombre, dice, nacido de muger, viviendo
«breve tiempo, está relleno de muchas miserias.»

«Que como flor sale, y es ajado, y huye como
«sombras, y jamás permanece en un mismo es-
«tado.»

«¿Y tienes por cosa digna abrir tus ojos sobre este tal, y traerle á juicio contigo?»

«Un árbol tiene esperanzas: si fuere cortado, de nuevo reverdece y brotan sus ramas.»

«Si se envejeciere en la tierra su raiz, y mu- riere su tronco en el polvo.»

«Al olor del agua retoñará y hará copa como de primero cuando fué plantado.»

«Mas el hombre despues que haya muerto y despojado que sea y consumido: ¿dime, dónde está?»

«Como si de la mar se retiraran las aguas, y un rio queda seco.»

«Así el hombre cuando durmiere no resucita- rá hasta que el cielo sea consumido, no desper- tará, ni se levantará de su sueño.»

Percíbese en esta terrible interrogacion la du- da suprema que empieza á blasfemar, la inmor- talidad que se desvanece, el ateismo que ronda en torno de la desesperacion. Los amigos le in- terrumpen y gritan, impiedad, escándalo. Re- prenden ásperamente al blasfemo. Job los escu- cha solo con el desprecio que produce el exceso del sufrimiento, y que viene á ser la única superiori- dad que el hombre tiene sobre la desgracia.

«He oido muchas veces cosas como estas, dice; consoladores gravosos sois todos vosotros.»

«Podía yo tambien hablar cosas parecidas á las vuestras: y ojalá estuviera vuestra alma en lu- gar de la mia.»

El furor le ciega, y esclama:

«Tierra: no cubras mi sangre, ni halle lugar
«para esconderse en tí mi clamor.»

Y encarándose con Dios, prorrumpe audazmente:

«Ojalá se hiciera el juicio entre Dios y el hombre, como se hace el de un hijo del hombre con su
«compañero.»

Luego continua:

«¿Pues por qué fin viven los impíos, son en-
«salzados y crecen en riquezas?»

«Su vaca concibió y no abortó: parió su vaca
«y no fué privada de su cria.»

«Salen como á manadas sus chiquillos, y sus
«niños saltan y juguetean.»

«Uno muere robusto y sano, rico y feliz.»

«Y otro muere en amargura de alma, sin al-
«gunos bienes.»

«Y con todo eso dormirán juntos en el polvo,
«y gusanos los cubrirán.»

El delirio aumenta. Opone á los razonamientos de sus amigos la prosperidad de los malos; no deduce, mas deja que otro deduzca de este hecho, la indiferencia ó la iniquidad de Dios por consiguiente el ateismo. Cruelmente satírico con la humanidad, levanta su sátira hasta el Creador de la humanidad, suponiéndole cómplice de lo que no castiga en el mundo.

Pero muy luego pesaroso y cual si aspirara á alcanzar el perdón de Dios y de sus amigos por su blasfemia, cambia de tono, y exala el himno mas inspirado y magestuoso que lábios de hombre ha-

yan cantado jamás al Todo-Poderoso.

«¿A quién has querido enseñar? esclama, ¿no ha sido á Aquel que hizo la respiracion?»

«Mira que los gigantes gimen debajo de las aguas y los que habitan con ellos.»

«Descubierto está el infierno delante de El, y no hay velo que cubra la perdicion.»

«El que estiende el aquilon sobre vacío, y cuelga la tierra sobre la nada.»

«El que ata las aguas en sus nubes, para que todas á una no se precipiten abajo, etc. etc.»

Despues cual si se arrepintiera de haber empequeñecido demasiado al hombre, entona el himno de sus grandezas, las enumera en sus múltiples industrias, cuyo recuento en aquella época dá testimonio de que el trabajo del hombre había ya transformado el globo. Diviniza la inteligencia, es decir, lo que él llama la sabiduría del hombre.

«La plata tiene un principio de sus venas; y el oro tiene un lugar donde se fragua.»

«El hierro se saca de la tierra, y la piedra derretida con el fuego se convierte en cobre.»

«Puso tiempo para las tinieblas, y el mismo (el hombre) considera el fin de todas las cosas, también la piedra de la oscuridad y la sombra de la muerte.»

«Un torrente separa del pueblo peregrino á aquellos, que olvidó el pié de hombre necesitado y son descaminados.

«La tierra, de la que nació pan en su propio

«lugar, fué destruida con el fuego.

«Hay lugar donde las piedras son záfros y sus
«terrones oro.»

«Su senda no la conoció ave, ni la miró ojo de
«buitre.»

«No la pisaron mercaderes, ni pasó por ella
«leona.»

«Al pedernal estendió su mano (el hombre)
«trastornó de raíz los montes.»

«Cortando peñascos sacó rios, y todo lo precio-
«so vió su ojo.»

«Escudriñó así mismo las profundidades de los
«rios, y sacó á la luz lo que estaba escondido.»

«¿Más, la sabiduría en dónde se halla? ¿y cuál
«es el lugar de la inteligencia?

«No conoce el hombre su precio (de la sabi-
«duría) ni se halla en la tierra de los que viven
«deliciosamente.»

«El abismo dice: No está en mí; y el mar ha-
«bla: No está conmigo.»

«No se dará por ella oro el mas puro, ni se pe-
«sará plata en cambio de ella.»

«No será comparada con los coloridos mas vi-
«vos de la India, ni con la piedra sardonicha muy
«preciada ni con el záfiro.»

«No se le igualará el oro ó el cristal, ni se da-
«rá en cambio de ella vasos de oro.»

«Cuanto hay grande y elevado no se mentará
«en comparacion de ella: mas la sabiduría se saca
«de lo oculto.»

¿«No se le igualará el topacio de la Etiopía, ni

«será comparada con las purísimas púrpuras.»

«¿Pues de dónde viene la sabiduría? ¿y cuál es el lugar de la inteligencia?»

«Escondida está á los ojos de todos los vivientes, aun á las aves del cielo está oculta.»

«La perdicion y la muerte dijeron: con nuestros oidos hemos oido su fama.»

«Dios entiende su camino, y él es el que sabe el lugar de ella.»

«Porque él vé los términos del mundo, y mira todo lo que hay debajo del cielo.»

«El que dió peso á los vientos y pesó las aguas con medida.»

«Cuando prescribía ley á las lluvias, y camino á las tempestades ruidosas.»

«Entonces la vió (la sabiduría) y la manifestó, y preparó é investigó.»

«Y dijo al hombre: Hé aquí que el temor del Señor esa es la sabiduría, y el apartarse de lo malo la inteligencia.»

Por efecto de una reminiscencia natural, un retroceso sobre sí mismo le conduce á recordar su juventud y su dicha de las que pinta un cuadro embellecido con los colores de los recuerdos y pesares. «Mas al presente hacen mofa de mí los que nacieron despues que yo: aquellos de cuyos padres no echaría yo mano, ni aun para que con mis perros guardasen mi ganado.» Indignado con su degradacion y exasperado con su miseria, se engrie con el recuerdo de su propia virtud, y esclama con orgullo: «¿Quién me acusa? Que el

«Todo-Poderoso me responda....!»

¡Detente, Job! interrumpen sus amigos escandalizados con su blasfemia; empero sus discursos no bastaron á sellarle los lábios, hasta que el Soberano interlocutor, el mismo Dios, bajo la forma de una inspiracion sagrada é irresistible interviene en el diálogo y lo anonada todo, amigos, enemigos, orgullo, murmuraciones, duda, querellas, blasfemias y hasta al poeta mismo, bajo la fulminante majestad de la palabra interna que retumba en el seno de Job. No, los hombres no tienen ni pueden tener acentos semejantes; Platon, Sócrates y Ciceron son débiles inteligencias puestas al lado de aquel poeta del desierto y de los tiempos antiguos.

«¿Quién es ese que habla sin reflexion mezclando verdades con nécias impertinencias?»

«Prepárate como hombre de corazon para responder á lo que te preguntare.

«¿Dónde estabas, cuando yo eché los cimientos de la tierra? Muéstramelo si lo sabes.»

«¿Quién hizo el plan, tiró el cordel ó tomó las medidas para su fábrica?»

«¿Me sabrás decir dónde se apoyan sus basas, ó quién puso su primera piedra angular?»

«¿Dónde estabas tú, cuando en el primer tiempo de la creacion del universo, me alababan todos los astros, y los ángeles alzaban voces de jubilo para glorificarme?»

«¿Quién puso diques á la mar, cuando al principio salía de madre, y se derramaba, anegando

«y cubriendo todas las cosas?»

«¿Cuándo siendo aún informe, la cubrí con una nube como con un vestido, y la ceñí de oscuridad del mismo modo que se faja un niño?»

«La encerré dentro de las márgenes que le señalé, y los cerrojos y puertas que le puse, fué decirle:

«Hasta aquí llegarás, y no pasarás mas adelante, y aquí has de quebrar la hinchazon y soberbia de tus olas.»

«Díme, despues que estás en el mundo ¿has mandado al crepúsculo de la mañana que luciese, ó has mostrado á la aurora el lugar en que debe despuntar?»

«Cuando la tierra se llenó de hombres impíos ¿la tomastes tú en la mano y la sacudistes, como se sacude una ropa, para limpiarla de tanta maldad?»

«El hombre que lleva impreso el sello de su creador, será convertido en lodo: y mientras subsista, será como un vestido que se envejece y consume.»

«Se quitará á los impíos la luz de la vida que se apaga con la muerte; y será quebrantado el poder y orgullo de los soberbios.»

«¿Has por dicha entrado á reconocer el fondo de la mar, ó te has paseado por lo mas profundo de sus abismos y senos?

«¿Has penetrado en las entrañas de la tierra, ó tienes conocimiento de toda su estension? Díme algo de esto si lo sabes.»

«Y sinó, muéstrame el camino por donde se vá
«á la casa que habita la luz, ó el lugar donde re-
«siden las tinieblas.»

«De manera que puedas decirme el destino ó
«paradero que tienen, y para qué fueron criadas,
«y lo que de ellas resulta.

«Cuando yo escribía estas cosas ¿sabías que tú
«habías de nacer, ó qué número de dias habías de
«contar en este mundo?»

«¿Has entrado en mis cámaras y arsenales, en
«donde tengo reservada la nieve y el granizo?»

«Que están preparados para castigar á mis
«enemigos á su tiempo, y para el dia en que les
«declaro la guerra.»

«Esplicame ¿cuál es el camino por donde se
«propaga la luz, y como por grados va creciendo
«el calor del sol sobre la tierra?

«¿O quién es el que abre el camino á la impe-
«tuosa lluvia, ó al sonoro trueno?

«Para que caiga no solo en lo cultivado y po-
«blado, sino en lo desierto, yermo y estéril.

«Y que inundándolo lo haga fértil, y que pro-
«duzca yerbas y pastos para los ganados.

«¿Quién es el que enjendra la lluvia, y á quién
«reconocen por padre las gotas del rocío?

«¿Quién es la madre del yelo, y quién produce
«la helada en el aire?

«¿Cómo es que el agua fluida y corriente se
«endurece á semejanza de piedra, y se cuajan y
«solidifican las superficies de los mares?

«¿Puedes tú acaso, hacer que las Pleyadas en

«la primavera abran el seno á la tierra, ó que esté
»inmóvil la Osa con las otras estrellas polares?

«¿Eres tú el que hace que aparezca á su tiem-
»po á los hijos de los hombres, el lucero de la ma-
»ñana, ó que les salga el de la tarde?

«¿Conoces este grande órden con que el cielo
»se gobierna? ¿explicarás tú en la tierra sus cau-
»sas y efectos?

«¿Podrás alzar la voz para gritar y mandar á
»las nubes, y que estas obedeciéndote arrojen un
»diluvio de agua sobre la tierra?

«¿Mandarás á los relámpagos y rayos que va-
»yan á alguna empresa, y obedecerán tu manda-
»to, y vueltos de ella te dirán: Aquí nos tienes de
»nuevo prontos á tus órdenes?

«¿Quién puso en el corazón del hombre la sa-
»biduría, ó quién dió instinto al gallo para que
»distinguiera las horas en que ha de cantar?

«¿Quién podrá explicar el órden y arreglo con
»que se gobiernan los cielos, y detener, ó hacer
»que cese su movimiento concorde, constante y
»arreglado?

«¿Cuándo este órden fué establecido en todas
»las cosas, desde que la tierra fué fundada, y sus
»pequeños polvos se formaron y solidificaron en
»terrenos, donde estaban?

«¿Por ventura, amaestrarás tú á la leona en
»el arte de cazar, y serás el que contentes y sacies
»el hambre de sus leoncillos?

«¿Cuando no se apartan de sus cuevas, y están
»echados en acecho de la presa?

«¿Quién, dime, provee de alimento á los polluelos de los cuervos cuando abandonados de sus padres, gritan á mí piando y bullendo alrededor del nido porque no tienen que comer?

«Has dado tú las alas al avestruz, el que (aunque no vuela) las tiene del mismo modo que la cigüeña y el gavilán?

«Cuando deja abandonados sus huevos en la arena, podrás tú empollarlos y sacarlos á luz?

«Su instinto no alcanza, lo que sin su abrigo les puede suceder, que los pisen ó quiebren las bestias, que libremente discurren por los campos.

«Es cruel con sus hijos, y los trata con tanta dureza como si no fueran suyos: inutiliza, cuanto es de su parte, todo el trabajo que tuvo en poner los huevos, sin que nadie le espante ni obligue á abandonarlos.

«Porque Dios no le dió instinto para esto como á las otras aves.

«Mas esta misma ave, cuando la quieren acosar, no hay caballo que la iguale en la carrera: ayudándose de sus alas, corre con tanta ligereza que deja burlado y muy atrás al caballo y al que va montado sobre él.

«Dime ¿sabrías dar al caballo la valentía que tiene, ó fuerza á su cuello, para que muestre su fuerza en el relincho?

«Le harás dar saltos imitando en la ligereza

«á la langosta? sus bufidos le dan majestad, con
«indicio de su ira, y causan en los que le miran
«espanto.

«Patea y escarba la tierra, acomete con brío,
«y lleno de corazon, se entra por medio de los es-
«cuadrones armados.

«No conoce miedo, ni le hacen volver atrás las
«puntas de las espadas.

«Aunque suene, y sienta sobre sí moverse la
«aljabá, vibrarse la lanza, y manejarse el escudo.

«Arrojando espuma por la boca y relinchando,
«levanta la tierra con las manos: no hace caso de
«la trompeta cuando toca á retirada.

«Luego que oye la señal de acometer, dice,
«mostrando su alegría: ¡Ah, ah! para entrar en
«accion. Se hace sensible al clamor confuso de los
«soldados, y á las voces con que los capitanes los
«alientan, y que despiertan en él su natural im-
«paciencia.

«Díme ¿tu industria alcanza á hacer que el
«gavilán se cubra de plumas, y que las mude es-
«tendiendo sus alas al viento de Abrego?

«¿Y serás tú el que mandes al águila que se re-
«monte por el aire, y ponga su nido en las cum-
«bres mas empinadas?

«¿Que more entre las breñas, en quebradas y
«escarpadas peñas, y en rocas inaccesibles?

.
«Job entonces respondió al Señor, y dijo:

«Yo, Señor, conozco que he hablado inconside-

«radamente y con ligereza: ¿qué es lo que yo puedo responderos? no quiero ser mas loco y así mucho quedaré.

«Algunas cosas he dicho, que me valiera mas «no haberlas pronunciado: de ello me pesa, y prometo no añadir á ellas ni una sola palabra.

.
«Y habló el Señor desde el torbellino, y dijo:

«Cíñete como valiente, y ponte á punto, que «voy á preguntarte y tú me responderás.

«¿Por ventura, pretendes pedirme cuenta de lo «que hago, y culparme á mí de injusto, á trueque «de aparecer tú justo é inocente?

«¿Por ventura puedes mostrar un poder igual «al mio, y que tu voz es semejante á la de mis «truenos?

«Vístete de majestad, elévate hasta el Cielo, «muéstrate lleno de grandeza, y hazte ver cubierto todo de luz y de gloria.

«Emplea tu furor en disparar á los soberbios, «y con una sola ojeada derriba por tierra toda su «arrogancia.

«No pares, hasta que privados de vida, los «tierras á un mismo tiempo, y los escondas á todos en el sepulcro.

«Si esto haces, confesaré yo, que eres poderoso, y que no necesitas de otro para salvarte.

«Considera la grandeza y fuerza del elefante, «á quien yo crié como á tí: y este se domestica «y come yerba y heno como el buey.

.

«Es una de las obras mas señaladas que Dios
«hizo entre los animales que hay en la tierra.

.
«Poniéndole delante lo que ama, es preso como
«con anzuelo, y le horadan las narices con palos
«agudos, para ponerle freno.

«¿Podrás, dime, pescar con anzuelo á una ba-
«llena (el leviatan) ó atar y enredar su lengua
«con una cuerda?

«¿Le atravesarás argolla en las narices, y ho-
«radarás con un garfio su mandíbula, para do-
«mesticarla y aplicarla á tu servicio?

.
«¿Quién tendrá la osadía para despojarla de
«su piel? ¿y quién habrá que se entre por las me-
«gillas de su boca para ponerle freno?

«¿Quién intentará abrirle las quijadas, que
«son como unas grandes puertas? ¿Quién no que-
«dará atemorizado al registrar el cerco de sus
«dientes espantosos?

«La piel de su cuerpo, como de un escudo de
«bronce fundido, está cubierta de escamas de im-
«penetrable dureza, apretadas entre sí estrecha-
«mente.

.
«Cuando estornuda, lo hace con tanta fuerza,
«que parece arroja fuego por las narices; y sus
«ojos son centelleantes y sangrientos, como los
«árreboles de la aurora.

«Por la boca despide centellas, que arden á se-
«mejanza de teas encendidas.

«De sus narices sale espeso humo, como de olla
«que hierve rodeada de llamas.

«De su boca sale un aliento tan ardiente, que
«puede encender brasas y levantar llamas.

«En su cerviz, como en asiento propio, reside
«la fortaleza, y todo lo destroza por donde pasa.

«Su carne es maciza y sus miembros muy uni-
«dos entre sí; aunque caigan rayos sobre ella, no
«le harán la menor mella ni la moverán de su
«lugar.

«Su corazon es duro como piedra, y apretado
«como yunque golpeado por el martillo.

«Cuando se alzaresobre el agua para pelear, los
«mas esforzados temblarán, y padecerán los efec-
«tos comunes, que trae consigo un escesivo miedo.

«Ni las armas ofensivas como la espada ó la
«lanza, sirvan para ofenderla, ni las defensivas
«como la coraza y otras aprovechan para repa-
«rarse de sus golpes.

«El hierro no la penetra mas que frágil paja;
«y el bronce es para ella como leño podrido y
«pasado.

«No huye de flechas, y las piedras despedidas
«con violencia por la honda, no le hacen impre-
«sion mas que si le tocara su blanda estopa.

«Cuenta por hojarasca el martillo, y no hace
«el menor aprecio de la lanza que vé blandir
«contra sí.

«Oscurece los rayos del sol con el agua que
«lanza en alto, y se echa sobre el oro, como sobre
«lodo.

«Hace que hierba, como olla, el fondo del mar,
«ó como caldera de perfumes y confecciones de
«ungüentos, que bulle al fuego.

«Deja en pos de sí, cuando nada, un grande
«surco de blanca espuma, y hace que parezca el
«mar cano, como lo está un viejo.

«No hay en la tierra, ni en las aguas, otro
«animal, que en fuerza ó en corpulencia pueda
«comparársele; no conoce miedo ni peligro.

«Mira con desprecio lo mas alto y sublime,
«porque es el rey de todos los animales en el mar,
«aun de los mas soberbios.

«Y respondió Job al Señor, y dijo:

«Sé que á todo alcanza tu poder, y que te
«están patentes todos los pensamientos de los
«hombres.

«Y siendo esto así ¿quién será tan necio que
«pretenda encubrir su pensamiento? Por tanto
«confieso que he hablado con demasía, y sin mo-
«deracion de cosas que son muy superiores á mi
«capacidad y saber.

«Dignaos, Señor, escucharme, mientras ha-
«blo: si lo teneis á bien, yo os prèguntaré, para
«que con vuestras respuestas me instruyais, y me
«comuniqueis vuestra luz.

«Hasta ahora, Señor, solamente os conocía
«por oidas; mas al presente os tengo delante de
«mí, y con vuestra luz habeis disipado de mi al-
«ma la ignorancia y el error en que antes estaba.

«Y por esto, me conozco y condeno á mí mis-
«mo; y en vuelto en polvo y ceniza, me duelo

«amargamente de haberos en alguna manera
«ofendido.

.
.
De esta manera todo vuelve al silencio, todo ocupa su primitivo lugar en el espíritu del poeta árabe, obedeciendo á la voz de Dios, de la cual es el eco su propia palabra. El dolor grita, el orgullo murmura, la desesperacion duda, la impiedad argumenta, el delirio blasfema, la amistad falsa ó impotente razona, el hombre condena y niega á su Dios, el Dios negado, pero indestructible, se levanta á toda su inmensa altura y habla en la conciencia por su propia voz; la creacion entera acude á dar testimonio, la Omnipotencia visible atestigua la justicia visible, el hombre confundido oscila entre su anonadamiento y sus esperanzas inmortales. El poema comenzado con una narracion, continuado como un drama, dialogado como una argumentacion, cantado como un himno, llorado como una elegía, vociferado como una blasfemia, herido por un rayo de luz sobrenatural, acaba con una adoracion como todo debe acabar entre Dios y el hombre.

Su lectura deja en el alma una vibracion semejante al sonido de la campana herida por los golpes de un badajo divino, que sonara el diapasón todo entero de las grandezas, de las pequeñeces, de las penas del espíritu, de las miserias del cuerpo, de las felicidades, de las angustias, de las esperanzas, de las dudas, de las murmura-

ciones, de las blasfemias, de la desesperacion, de los consuelos humanos, repercusion cuyas vibraciones difundidas por el aire inmóvil mucho tiempo aun despues del golpe, se confunden para siempre con la respiracion y con el pensamiento. Es una página arrancada de algun poema sobrehumano, escrita por un gigante de la inteligencia en la época en que todo era gigantesco en el mundo. Es un sillar de las ruinas de *Balbek*, cuyas dimensiones son tales, que se pregunta uno, qué mano de hombre ha podido remover aquel volumen de piedra, aquella masa de ideas.... Misterio.

VI. '

Esto es lo que yo pensaba del poema de Job, antes de que un estudio mas profundo, mas filosófico y mas estenso aumentase mi sorpresa y mi entusiasmo por este drama único.

He dicho único, sin temor á que los comentarios del doctor Lowth me hagan desdecir de esta afirmacion. En efecto, ¿pueden ponerse en paragon con este drama los de Sófocles ó Esquilo, que el doctor Lowth prefiere al de Job, considerado como obra de arte?

Echa de menos lo que Aristóteles llama la fábula del drama, es decir, el mecanismo casi pueril que escita la curiosidad del espectador ó del

lector, por el artificio de las situaciones en que el poeta coloca á sus personajes.

Precisamente la obra maestra de Job consiste, á juicio nuestro, en carecer de fábula. Pues qué! aquella sublime y tremenda situacion del hombre que duda, y de Dios que se manifiesta en sus obras, del hombre que murmura y de Dios que consuela, del hombre que blasfema y de Dios que castiga, del hombre, en fin, que se resigna y de Dios que perdona.

Y esta situacion que es la de la humanidad entera desde el principio de los siglos hasta el último dia del mundo, no es la fábula de las fábulas, el drama de los dramas, el interes de los intereses, y la curiosidad de las curiosidades?

¿No es la fábula del mismo Dios, la fábula que concibió, urdió y varió durante dias á millares sobre miriadas de criaturas?

¿Pues qué, Dios, en aquella fábula puede dejar de ser tan gran poeta y tan gran dramático como lo fueron Esquilo y Sófocles que nos cita aquel comentador?

¿Acaso, no será el hombre un personage tan interesante como *Edipo rey*?

¿Existe en el mundo una escena y un diálogo comparables en magestad trágica, en interés personal, en emocion vehemente universal, á aquella escena y diálogo entre el Creador y su criatura?

¿No es esta aquella *Divina Comedia*, cuyo título dió el Dante á su poema del Cielo, el Purgatorio y el Infierno, poema y drama que Job ha-

bía realizado antes que él?

¿Pues qué, aquella exclamacion trágica del *Edipo rey* en el drama de Sófocles: Oh! Citeron, Citeron! ¿por qué me recibistes en tu seno? ¿por qué, desdichado de mí, no hallé la muerte? puede ser puesta en parangon con aquel flujo blasfematorio del corazon de Job, cuando esclama en un apóstrofe no menos inagotable que los dolores de la humanidad:

«Perezca el dia en que yo nací, y la noche en que de mí se dijo: Concebido ha sido un hombre sobre la tierra!»

¿Encuétrase en Edipo algo que sea semejante por lo amargo de los recuerdos de su dicha y grandeza pasada, recuerdos que asaltan su corazon como verdugos que llegan uno en pos de otro, encargados de avivar con la comparacion, el dolor de sus presentes humillaciones, encuéntrase, repetimos, algo que sea semejante á estas tristes memorias?

«Cuando salía al lugar del juzgado y en la plaza pública me tenían preparado un asiento eminente y distinguido.»

«Me veían los mozos, y de respeto se escondían; y los ancianos, luego que llegaba, se levantaban y se quedaban en pié.

«Los príncipes cesaban de hablar y me escuchaban atentos.

«Los principales ni aun osaban resollar estando yo presente.

.

VII.

Hasta los recuerdos de su virtud le atormentaban.

Oigámosle:

«Los que me escuchaban me llenaban de bendiciones; y los que me veían daban testimonio ensalzando mi rectitud.

«Porque sentenciaba en favor del pobre, que por estar agraviado levantaba el grito hasta el cielo; y del huérfano que se veía sin socorro.

«Me llenaba de bendiciones aquel, que hubiera perecido, si yo no le hubiera alargado la mano; y llenaba de consuelo el corazón de la viuda.

«La justicia, como un manto y corona real, resplandecía en todas mis acciones y en los juicios que pronunciaba.

«Fuí el maestro de los ignorantes, y el que volví á poner en camino derecho á los que de él se habían extraviado.

«Era el padre de los pobres, y estudiaba con diligencia las causas de los desamparados, para entender y defender mejor su justicia.

«Quebrantaba el poder y violencia de los injustos, sacándoles la presa de entre los dientes.

«Y me hacía esta cuenta: en mi casa y en mi descanso llegaré hasta el día postrero, y multiplicaré mis días como la palma sus ramos.

«Mi prosperidad y la reputacion en que todos
«me tienen estará siempre en pié, y mi poder y
«fuerza se aumentará en mi mano.

«Mas al presente hacen mofa de mí los que na-
«cieron despues que yo: aquellos de cuyos padres
«no echaría yo mano, ni aun para que con mis
«perros guardasen mi ganado.

VIII.

Y el mundo entero tal cual es, con sus injusticias, sus recriminaciones, sus impaciencias contra el infortunio que se queja, y hasta contra aquel que se calla ¿no se muestra en toda su desnudez en el acento de aquellos falsos ó crueles amigos del hombre justo que yace delante de ellos sumido en el polvo?

«¿Cuándo pondrás fin á tu habla?» le dicen,
«entiende bien primero lo que te se dice, y des-
«pues responde si tuvieres qué.

«No solo no entiendes lo que te decimos, sino
«que nos tienes por bestias, y parecemos una
«cosa vil y despreciable á tus ojos.

«Se vé que el despecho é impaciencia te arre-
«batan el alma y te sacan la razon de su lugar.
«¿Crees tú que por tu respeto trastornará Dios
«el órden de su providencia, y que dejará sin cas-

«tigo á los impíos?

«No es cierto, que al malo se le acabará la
«felicidad, y que no quedará rastro de ella ni en
«salud, ni en hacienda, ni en hijos, como á tí te
«acontece?

IX.

Pero si la escena y el drama superan en interés todas las escenas y todos los dramas de la antigüedad, ¿qué diremos de las pasiones en ella descritas, y en qué drama las encontraremos, no solo tan patéticas, sino que tan patéticamente espresadas desde las lágrimas y los gemidos hasta la cólera y los rugidos? ¿Qué poeta cantó, gimió, ó gritó como aquel?

«El hombre nacido de flaca y débil muger, de
«corta duracion sobre la tierra, y lleno de trabajos y miserias mientras vive.

«Apenas se deja de ver, cuando semejante á
«una flor, es cortado y se marchita: desaparece
«como sombra, y jamás permanece en un mismo
«estado, porque es inconstante y mudable.

«Y vuestra Magestad se inclina hasta poner
«en él los ojos y á llamarle, para que dé cuenta
«delante de Vos de todas sus acciones.

• • • • •
«Bástale la brevedad de la vida y su miseria:
«no le sobrecargueis mas; dajadle respirar un po-

«co: sus mismos males le hacen desear la muerte
«para gozar de reposo, como desea el jornalero el
«dia de huelga.

.
Luego apartando su rostro de Dios y volviéndolo de improviso hácia sus amigos, esclama:

«¿Cuándo acabareis de angustiar mi alma y de
«molerme con vuestros discursos?

.
«Apiadaos de mí, apiadaos de mí, siquiera vosotros que decís ser mis amigos: bien veis la manera que me ha herido la mano del Señor.

«¿Por qué me perseguís, como Dios me persigue, y no quereis cesar hasta hartaros de mi carne?

Repuesto de este movimiento de cólera, se abisma, como se abisma la naturaleza en un mar de tristeza, comienza á recordar los sueños de felicidad de sus primeros años murmurando:

«¡Oh! quién me diera volver á ser como en los tiempos pasados, en aquellos dias felices, cuando Dios me tenía bajo su custodia y me defendía!

«Cuando la luz de su divino favor y benevolencia me alumbraba, y con ella caminaba yo seguro en medio de las tinieblas y noche oscura de los peligros.

«Como fué en los años de mi juventud, cuando Dios habitaba en mi casa, y tratándome familiarmente me comunicaba sus secretos.

«Cuando el Omnipotente estaba conmigo y me veía rodeado de mis hijos y de mis sirvientes.

Cuando era tan pingüe mi hacienda, y tenía en tanta abundancia los bienes y los frutos de la tierra.

En cuanto al language que pone en boca de Dios y á la energía de su pincel en las descripciones líricas que esmaltan el drama, cosas son que aparecen á la altura del Creador y de la creación. Así es, que la escena, la pasión y el estilo, todo es sobrehumano; y sin embargo, la filosofía del poema supera á la escena, á la descripción, á la pasión y al drama.

¿Qué filosofía es aquella?

Es el hombre todo entero, es decir, es la sumisión inteligente y razonada á la voluntad suprema, que es el poder supremo, porque es, al mismo tiempo la suprema sabiduría y la suprema bondad.

Oigamos, ya sea en los lábios del jóven *Elihu*, el de menos edad, y por consiguiente, el menos endurecido de los amigos de Job, y en los lábios de este último despues de su arrebató blasfemo, la espresion de aquella admirable filosofía antdiluviana que se hizo la filosofía del desierto de Hus; filosofía que el hombre jamás hubiera inventado, á no haberle sido revelada en sus comunicaciones mas íntimas y mas directa con la divina sabiduría, en aquella infancia de la humanidad inocente todavía en la época en que el mismo Dios, como un padre, y como una madre (segun la espresion sanscrita) educaba á su criatura en un Edem.

X.

Despues que Job hubo desfogado toda su cólera y desafiado al mismo Dios de probarle una sola falta que le hubiera hecho acreedor al castigo que le agoviaba, el jóven *Etiúu*; se levantó, y con la modestia propia de sus pocos años, dijo, volviéndose hácia los dos interlocutores de Job:

«Yo, á la verdad, soy mas mozo que vosotros, «que me escedeis en dias; por tanto me he estado «callando con la cabeza baja, y no he osado decir «ros lo que sentía.

«Porque esperaba que con la esperiencia de «vuestros muchos años, no os faltaría que decir, y «que por esta misma razon hablaríais acertada y «sábiamente.

«Mas, á lo que veo, aunque es cierto que hay «en los hombres una alma capaz de razon, y de «entender las cosas; esto no obstante, la verdade- «ra sabiduría é inteligencia vienen de particular «luz é inspiracion del cielo.

..... mas he visto, que no hay entre vos- «otros quien pueda convencer á Job, ni responder «á sus razones.

..... «Y pues, estos mis amigos se han acobardado, «se han quedado mudos y sin tener que responder:

«Quiero yo por mi parte responder, y hacer
«prueba de lo que alcanzo con mi ciencia.

«Porque estoy lleno de razones, y son tantas,
«que me hierven y no puedo contenerlas en el
«pecho.

«Hablaré, y con esto respiraré y descansaré;
«abriré mis lábios y responderé.

«Hablaré, ó Job, sin respeto á tu dignidad, ó
«persona, y no permitiré que un hombre tenga la
«osadía de pretender igualarse con el mismo Dios.

«No haré traicion á su causa, porque no sé el
«tiempo que viviré, ni si de aquí á poco me lla-
«mará á darle cuenta de mi vida.

Y, contemplando con cariñosa compasion el
dolor y la vanidad de Job, continuó:

«Oye, pues, Job, escucha mis palabras; y está
«atento á mis razones.

«Mis discursos serán hijos de mi sinceridad, y
«mis lábios no pronunciarán sino lo justo y la pu-
«ra verdad.

«Hombre soy como tú; iguales somos y forma-
«dos del mismo barro por la mano del mismo Ha-
«cedor.

Entrando á seguida en el fondo de su réplica
continuó:

«Digistes, pues, oyéndolo yo, y yo mismo per-

«cibí muy bien las palabras que proferistes:

«Limpio soy, inocente y sin pecado; no hay en
«mí, maldad que me condene.

• • • • •
«Atiende á lo que te digo; ya que no en lo de-
«más, en esto ciertamente das á entender que no
«eres justo; porque has pretendido, como de igual
«á igual, ponerte á disputas con Dios; y el hombre
«no es tal, que le pueda pedir cuenta de lo que
«hace.

«El motivo de tu enojo con él, es, porque no
«responde á tus dichos, dándote cuenta de todas
«sus obras.

«Mas este deseo es muy nécio; porque Dios
«cuando habló una vez, no repite mas lo que dijo:

«En las visiones, que de noche envía á los hom-
«bres, cuando están profundamente dormidos en
«su cama:

«Entonces es cuando hace conocer su volun-
«tad, amonestándolos y corrigiéndolos.

«Para que sepan lo que han de huir; y para li-
«brarlos del pecado, y principalmente del que mas
«aborrece que es la soberbia.

«Salvando su alma de la perdicion, y de caer
«en la espada de la justicia divina.

Otro modo tiene Dios de hablar al hombre, de
«avisarle y de corregirle, que es reducirle á una
«cama, haciendo que allí no tenga hueso que no le
«duela.

«Y que mire con horror y hastío el mismo ali-
«mento en que en otro tiempo hallaba todas sus

«delicias y contento.

«Se consumirá su carne; y los huesos que antes estaban bien cubiertos y escondidos debajo de ella, quedarán desnudos y se podrán contar.

«Su vida se acercará al último momento y á los accidentes mortales que suelen ser sus mensajeros.

«Si puesto en este estado, un ángel escogido entre millares le habla, haciéndole conocer cual es la obligacion del hombre:

«Dios se apiadará de él, y dirá á su ministro: «Basta ya, no muera; pues ha conocido la causa de su enfermedad.

«Y este hombre lleno de reconocimiento publicará y dirá delante de los hombres: Pequé: tras-pasé la ley de Dios, y no he sido castigado con el rigor que merecía.

«..... tú Job, no has hablado sino necesidades y tus discursos se resienten de doctrina no sana.

«No permitais, Señor y Padre mio, que se aparte de Job el azote con que le afligís, hasta acabarle: ni retireis vuestra mano de este hombre impío, hasta que vuelva sobre sí, y se reconozca.

«Porque á los otros pecados suyos, añade la blasfemia, hablando de Dios temerariamente.....

«¿Parécete, díme, puesto en razon, y que no
«merece ser reprendido lo que digistes hablando:
«Mas justo soy que Dios?

«Porque digiste á Dios: cosa indiferente es pa-
«ra tí, que yo haga lo justo, santo, ó lo mal hecho
«y que es pecado.

«Levanta esos ojos al cielo: mira y contempla
«el firmamento: ¿cuánto mas elevado está que tú?

«Si pecares, y tus maldades crecieren y se
«multiplicaren sin medida; ¿en qué podrás dañar-
«le ú ocasionarle la menor incomodidad?

«Atiende, Job, á todo esto que he dicho: pára-
«te un poco á reflexionar y contemplar las obras
«maravillosas de Dios.

XI.

Y el mismo Dios por la voz de Elihu, y por la voz interior de Job (no se discierne bien la intencion del poeta) dirige á Job aquella fulminante interpelacion. el reto divino de igualar ó comprender sus obras; tremenda interpretacion que

es el himno mas sublime que la Omnipotencia puede dirigirse á sí misma.

Job, vencido, anonadado por aquella enumeracion lírica de las obras de Dios, renuncia á toda discusion consigo mismo, ó con la elocuencia viviente de la creacion hablando con hechos á sus ojos é inteligencia.

«Hasta ahora, Señor, esclama, solamente os «conocía por oidas; mas al presente os tengo de-
«lante de mí, y con vuestra luz habeis disipado
«de mi alma la ignorancia, y el error en que an-
«tes estaba.

«Y por esto me conozco y condeno á mí mismo;
«y envuelto en polvo y ceniza, me duelo amarga-
«mente de haberos en alguna manera ofendido.

.

Hé ahí toda la filosofía de Job, y tambien toda la filosofía humana.

La terminacion de aquel canto sublime se resume, pues, no en el artificio de las estrofas sino en la sabiduría y en la santidad. El espectador de aquel drama humano-divino, no queda solamente conmovido, que queda tambien convertido y transformado, como debe proponerse por objeto toda obra de arte.

Si el arte no es el profeta de Dios, ¿qué será, pues? ¿el comediante del hombre?

XII.

Toda poesía que no se resume en filosofía es cosa de poca monta, y toda filosofía que no se transforma en santidad no puede ser mas que un sofisma. Examinemos la filosofía de aquel poema y veamos, si despues de tantos siglos de reflexion, de discusion y de supuesto progreso en el camino de Dios, hemos dado algun paso mas en aquella filosofía evidentemente innata, revelada ó inspirada al hombre de los tiempos antiguos, y que llamábamos, en el comienzo de esta conferencia la tradicion antidiluviana ó la filosofía del jardin (el Edem). Para esplicárnosla, rasumemos en nosotros mismos, nuestra filosofía natural, abstraccion hecha de aquello que nuestras creencias, nuestros dogmas, y nuestros cultos diversos puedan agregarle que sea símbolo, que sea verdadero, ó que sea tenebroso.

Yo os manifestaré la mia; y vereis al penetrar un momento en vuestra propia conciencia si mi filosofía está mas ó menos conforme con la vuestra, y si no se ajusta perfectamente á la filosofía del filósofo del desierto, Job!

.....

Hé aquí el language franco de un poeta ó de

un filósofo verdadero; hé aquí la filosofía de Job, despues que hubo encerrado en lo mas profundo de su corazon su orgullo, sus blasfemias y sus lágrimas, y que hubo pronunciado la frase sublime: «Me humillo y me arrepiento!»

Humillacion y arrepentimiento! Sean nuestras tambien estas dos palabras, y nos llevarán á la tercera que termina la Trinidad humana: *Espero.*

Estas tres palabras son toda la filosofía del mundo, así como fueron la filosofía del desierto. Job, las pronunció antes que nosotros, nosotros las repetiremos despues de él.

¡Buscad otras mejores!

LISTA DE SEÑORES SUSCRITORES.

(CONTINUACION.)

- 170 D. Angel de Vera.
- 171 José Fernandez de Cueto.
- 172 Francisco de P. Sierra.
- 173 Rafael Villagran.
- 174 Luis Vaca.
- 175 Francisco de Toledo.
- 176 Carlos Martinez.
- 177 Celestino Blasco.
- 178 Cayo Brieva.
- 179 Claudio Sanz de la Aceña.
- 180 Galo Pichardo.
- 181 Juan Redondo.
- 182 Vicente de la Aceña.
- 183 Cosme S. de la Hera.
- 184 Francisco Chico.
- 185 José A. Altadill.
- 186 Timoteo Merino.
- 187 Tomás Gonzalez.
- 188 Juan Ruiz.
- 189 Aurelio Orduña.

190	Manuel Perez.
191	Cayetano Perez.
192	Vicente Alonso.
193	Francisco Gomez.
194	Marcelino Izquierdo.
195	Eugenio del Campo.
196	José Velasco y Crespo.
197	Juan Perez y Gironés.
198	Manuel Rodriguez.
199	José Argona y Ortiz.
200	Ignacio J. Monasterio.
201	Antonio Diaz y Cos.
202	Tomás Fernandez.
203	Serafin Marin.
204	Manuel Martinez.
205	Felipe Muro.
206	José G. Boulandier.
207	Anselmo Gonzalez.
208	Patricio de Alvar.
209	Felipe Martinez.
210	Santiago Blasco.
211	Justo García.
212	Francisco Blasco.
213	Angel Llorente.
214	José Vidal.
215	Genaro Treyeran.
216	Matias Diaz.
217	Modesto Blasco.
218	Juan Cañas.
219	Rafael Mendez.
220	Vicente Nuñez.
221	Felipe Ruiz de Mier.
222	Isabel Tixe.
223	Genaro Barron.
224	Antonio Góngora.
225	José Martinez Espinosa.
226	Benito M. Corselas.

227	Antonio Maria de Zubia.
228	Antonio Sans Crespo.
229	José Baca.
230	J. de Tolentino.
231	Juan J. Bueno.
232	Salvador Jimenez.
233	Vicente Floranes.
234	José Gámis.
235	José Leonardo Kalita.
236	Enrique Montero de Espinosa.
237	Francisco Diaz.
238	Joaquin Casanovas.
239	Ramon de Galindes.
240	José Maria Verger.
241	Pedro de Sierra.
242	J. Alvarez Surga.
243	Francisco Bernis.
244	Adolfo Enrique Haselden.
245	José Maria de Luna.
246	José M. Olavide.
247	Manuel de la Puente y Pellon.
248	Francisco de Paula Rojas.
249	José Alonso.
250	Manuel Aceves.
251	Manuel Perez.
252	Enrique de Luis.
253	M. Lopez Montesino.
254	Francisco Espiau.
255	Agustin Roca.
256	Genaro Gomez.
257	Francisco Ortiz Cosgaya.
258	Antonio de Luna.
259	Luis Brabo.
260	Manuel de Luna.
261	Narciso de Castro.
262	Miguel Corona.
263	José R. de Quesada.

264	Francisco Torrent.
265	José Alvar.
266	Braulio Montes.
267	Ildefonso Saenz.
268	Fernando Diaz.
269	Eulalio Corchon.
270	Santiago Chinesta.
271	Vicente de Tienda.
272	Luis Marta García.
273	Manuel Muntion.
274	Toribio Martinez.
275	Manuel Marco.
276	Roman Hernandez.
277	Eduardo Marquez.
278	Gerónimo de Toca.
279	Dionisio Corchon.
280	Evaristo Rodriguez.
281	Maqueda y Guzman.
282	Cástulo P. de Leon.
283	Romualdo Fernandez.
284	Antonio Alvar.
285	R. Bajon.
286	Juan Naranjo.
287	Manuel Crespo.
288	Manuel Mateo.
289	Juan Perez Espejo.
290	Ricardo Gonzalez.
291	Mariano Martinez.
292	José Parajon.
293	Benito Redondo.
294	Manuel Antuña Argüelles.
295	Bonifacio Diaz Laruelo.
296	Andres Garcia Vinuesa.
297	Francisco Ballesteros.
298	Doroteo Vadillo.
299	Manuel Teruel.

(Se continuará.)

